

6
AÑOS CON EL DIABLO
GENESIS

José Manuel Mójica Legarre

editorial aqua
GRUPO ZARAGUA

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

© Del texto, José Manuel Mójica Legarre

© Portada, Juan Cañadas.

© De esta edición, Sioly Monsalve

ISBN: 978-84-96081-82-6

Depósito legal: Z-3911-2008

Impreso en España por Gráficas Vela

Para Laura; ella sabe por qué.

A MODO DE PROLOGO

Esta novela está basada en hechos reales por lo que, al seguir con vida, milagrosamente, muchos de sus protagonistas, he debido modificar nombres, fechas y escenarios para proteger su identidad. El hecho de que en las primeras páginas aparezca yo mismo como parte de la trama, no es un ejercicio de egocentrismo sino una prueba más de que, en realidad, todo sucedió tal y como lo relato.

Sé que habrá mucha gente que no creerá algunos de los hechos reflejados en estas páginas; son esa clase de personas que, ajenos a la realidad de la vida fuera de sus monótonas existencias, desconocen el hecho innegable de que, mientras ellos repiten una rutina sin altibajos, en el mundo hay miles de individuos, aparentemente corrientes, que son protagonistas de experiencias realmente impactantes; pero, por si

nadie lo ha notado, esta novela es distinta a las demás y prueba de ello es que habrán advertido la existencia de una serie de páginas de distinto color. ¿Me permiten un consejo? No las miren hasta que no hayan terminado de leer el libro.

Antes de escribir esta obra, me reuní con mi editor y amigo, Pepe Vela y, durante horas, discutimos la conveniencia de publicarla; al final, el cariño al trabajo que ambos realizamos pudo más que la cordura, o la necesidad de ser políticamente correctos en un mundo en el que cuando alguien se mueve no sale en la fotografía de familia, y el proyecto, convertido en realidad, está entre sus manos, en forma de libro. A ustedes, como lectores sagaces, les corresponde descubrir, entre líneas, qué partes pertenecen a la realidad y cuáles son producto de mi imaginación.

Agradezco el esfuerzo económico del editor para que me pudiese desplazar a Sudamérica, el de mucha gente por aguantar mis silencios, mis malos modales mientras escribía esta historia y la colaboración de las personas que se han brindado, de buena fe, a echarnos una mano en una aventura de este calibre que, como verán los que lleguen a las páginas finales, es un documento sin...

Pero bueno, eso es otra historia.

José Manuel Mójica Legarre

*El verdadero protagonista de esta historia,
es decir, la persona representada por Bertrand en la novela,
me pidió que incluyese un especial agradecimiento
a todas las personas que le acompañaron,
durante la niñez unos y en la adolescencia otros;
ellos fueron, según “Bertrand”,
quienes le brindaron la hermosa oportunidad de compartir juegos,
aventuras y experiencias, sentando las bases de una amistad
que perdurará en el tiempo y la memoria.*

*Vaya pues un especial saludo de nuestro protagonista
para **Gonzalín, el de “Pepe el Roxio”**, para **Rufo**, para **Javi**,
y también para **Eduardo, Guevara, Ana y Charo**;
sin olvidar a **Fonsi, Juan Ramón, Antonio y Fernando**,
que ya no están entre nosotros.*

El autor

Odia al delito y compadece al delincuente.

María Moliner
Cárcel del Pópulo, Sevilla

Zaragoza, España, 2006

La taberna “María Morena” era el único reducto de sombreada paz en aquella tarde más propia del agosto sevillano que de un junio aragonés a la ribera del Ebro; mientras esperaba degustar un gin-tonic que las expertas manos de Carlos se afanaban en preparar, y dicho sea de paso convertir el combinado en una obra maestra, me dedicaba a bromear con Mario López y Pepe Toledo, a la sazón dueños del local, chancéndonos sin atisbo de sensatez a propósito de las exquisitas setas salteadas y del excelente arroz caldoso con bogavante que acabábamos de comer.

Nos conocíamos desde hacía tiempo y nuestras diferentes maneras de ser nos hacían complementarnos sin demasiadas fricciones; quizás por eso nuestros mordaces comentarios, que siempre iban dirigidos a zaherir a uno de nosotros, no lograban sino provocarnos carcajadas que más tenían de sana complicidad que de burla amarga.

Como saben quienes me conocen bien, soy un hombre con costumbres cambiantes, culillo de mal asiento dicen algunos, y sin embargo me había aficionado a ir por aquel local siempre que se presentaba la menor ocasión. Alguna vez pensaba que mis reiteradas visitas eran debidas a mi amistad con Mario y con Pepe, el cocinero que bordaba los platos presentados a los comensales; pero, mirándolo bien, también tenían que ver con la asiduidad de mis visitas la exquisitez de las tapas, la bondad de los vinos, el oficio de Carlos, o que disfruto del jamón, de la cerveza de trigo y la conversación animada entre amigos de lengua afilada y cerebro ágil. En resumen, como ya se habrán podido dar cuenta, me gusta lo bueno, si llegar al sibaritismo más puro, y no he llegado a pesar los ciento cincuenta kilos que ostento con orgullo, los mismos que presionan la báscula de la farmacia las pocas veces que me subo en ella, por la rigurosa dieta que observo a diario.

De manera taimada Mario López, el supervendedor, me hizo una leve seña enarcando las cejas e, inmediatamente, inicié un ácido ataque a tumba abierta, contra los cocineros en general, colectivo al que pertencí durante años, cuyo único objetivo real era el buenazo de Pepe; pero intentar que se impaciente un chef de cocina que está acostumbrado a trabajar bajo presión a diario y que, además, ocupa sus ratos libres en practicar la meditación, es como enfrentar a un león con un mal palo así que, entendiendo que nuestros ataques no serían nunca respondidos, renunciamos de mala gana a nuestras perversas intenciones para con el beato de pronta canonización, San Pepe Toledo.

Estábamos buscando afanosamente un nuevo mártir para nuestros abundantes desmanes verbales, cuando el teléfono móvil se encabritó en mi bolsillo para avisarme de que algún rompelotas, que conocía mi número de teléfono y, seguramente no tendría nada mejor que hacer, quería hablar conmigo.

No sé por qué razón resolví responder, nunca suelo hacerlo cuando me encuentro en buena compañía, pero cuando escuché que mi interlocutor después de presentarse, confesaba que tenía una historia para escribir una novela y quería que yo la redactase por él, me arrepentí con propósito de enmienda y dolor de corazón por haberlo hecho. Pese a mi rechazo inicial, al oír el nombre de quien había facilitado mi número de teléfono, Mariana Alfaro, decidí que no estaría de más escuchar aquella “maravillosa idea tan interesante” que aquel tipo deseaba contarme. Concerté una cita para dos horas más tarde en el mismo lugar en el que me encontraba, para no tener que desplazarme a ningún lado; puesto a escuchar despropósitos, por lo menos estar cómodo.

Nada más terminar de atender la llamada me encontré con la desagradable sorpresa de que, el objetivo elegido por Mario y Pepe para dar rienda suelta a su creatividad oral, era yo mismo y, para evitar males mayores, me dispuse a salir de aquella refriega verbal lo mejor parado que fuera posible; pero desde los primeros compases de aquel intercambio de palabras corrosivas me di cuenta que llevaba las de perder y opté por una retirada estratégica y cobarde hacia la terraza que yacía somnolienta bajo los árboles de la plaza casi desierta, en donde me refugié hasta la hora de la cita paladeando el sublime gin-tonic salido de las manos de Carlos.

Yo no conocía sino el nombre de la persona a quien esperaba, Bertrand había dicho llamarse, pero no tenía ninguna duda en que él me identificase a la primera; mis doce arrobas castellanas encerradas en un metro ochenta de cuerpo, coronado por una cabeza adornada con una coleta pasada de moda, me hacían blanco fácil para quien tuviese mi descripción. Para ser completamente sincero, no tenía intención de escribir ni una sola línea de lo que iba a relatarme puesto que supuse, con pleno conocimiento de causa, sería otra más entre las muchísimas basadas en vivencias que la gente cree importantes para el perfecto desarrollo de la humanidad y que sólo lo son para quienes las han vivido.

Se acercaba la hora de la cita, cuando el motorista de una agencia de reparto local se detuvo ante la puerta de la taberna y, tras entrar en ella dejando la moto en marcha, salió acompañado de Pepe quien me señaló pronunciando mi nombre. El motorizado pidió que le enseñara mi documentación y cuando comprobó mi identidad, no sin cierta dificultad, en la cartulina plastificada de color rosa cursi, me hizo firmar un recibo y me entregó un sobre cerrado.

Me quedé embobado mirando cómo el motorizado se perdía a toda velocidad para integrarse, culebreando, al pesado tráfico de las siete de la tarde en Zaragoza. Al abrir el paquete encontré una nota, firmada por la persona a la que debería haber acudido a la cita, pidiendo excusas por no haber entregado el sobre en persona.

¡Aquello era el colmo! Ya no se molestaban ni en contar su historia en persona, ni en pagar una copa para compensar la

increíble molestia de escuchar un bodrio infame, sino que las enviaban por mensajero.

Profundamente molesto por aquella forma de hacer las cosas, eché un ojo al interior del sobre, más por curiosidad malsana que por verdadero interés de saber qué me enviaban; al comprobar lo que contenía, erguí la espalda y me incliné sobre los papeles para mirarlos con mucha más atención de la que hubiese querido reconocer.

Con dedos impacientes manoseé aquellas pocas páginas escritas a mano, algunos de cuyos párrafos leídos al azar, estimularon mi curiosidad. Me lancé a la lectura de aquellas frases escritas apresuradamente, que me fueron enganchando en la vorágine de un argumento que se desarrollaba a una velocidad escalofriante, sin ningún asomo de tregua para el protagonista del mismo.

La noche, sin darme cuenta de ello, se me echó encima al tiempo que leía la última página y guardé con cuidado los papeles en el sobre; sólo en ese momento, cuando los escritos no estaban a la vista, me di cuenta de que tenía entre las manos una fábula que podía convertirse fácilmente en una novela de aventuras.

Acababa de leer un argumento intrigante, el embrión de lo que podía ser una muy aceptable novela de aventuras, escrito en primera persona, con todos los ingredientes necesarios para mantener la atención del lector experimentado y cautivar a quienes sólo leen de vez en cuando. Como movido por

un resorte interior, llamé al número de teléfono móvil que aparecía escrito al pie de la nota y me puse en comunicación con el hombre que había inventado aquella historia. La voz que respondió mi llamada sonaba nerviosa cuando le expliqué que su relato me había impactado y que me gustaría hablar con él para saber más, nos citamos para desayunar juntos en la cafetería de un hotel cercano a la Plaza del Pilar.

A la mañana siguiente me acomodé al lado de la barra en la cafetería del hotel Inca, acompañado por las campanadas que desde la basílica del Pilar gritaban que nos quedaba una hora menos de vida y me informaban que el momento de la cita había llegado. Con el último tañido vibrando en el aire, entré en la cafetería un cuarentón moreno, de ojos vivos, que caminaba con los gestos de quien se ha visto obligado a vivir mirando frecuentemente hacia su espalda. Supuse que era él; su sonrisa al distinguir mi inmensa humanidad en precario equilibrio sobre una banqueta, cuyo asiento talla “S” contenía a duras penas mis rotundas posterioridades, confirmó mi intuición, que corroboró definitivamente presentándose como Bertrand: el hombre que tenía una historia que contar.

Tras unas frases de cortesía, en las que me sorprendió su perfecto acento castellano a pesar de haber nacido en Francia como ya había leído en su escrito, nos mudamos a una mesa y empecé a decirle cuánto me gustaba su argumento, que, por mi parte, no había ningún problema en desarrollarlo; pero también dejé muy claro que era necesario idear escenas menos imaginativas, un poco menos fantasiosas y hacer la historia más verosímil a los lectores.

La enorme taza de café que viajaba hacia mis labios se quedó a medio camino cuando aquel hombre me dijo que la historia no era inventada sino que, lo que él había anotado en los papeles, era un resumen apresurado de sus vivencias personales en Sudamérica. Sonreí para demostrar mi incredulidad y, durante aproximadamente una hora, escuché atentamente el relato más fantástico que había oído en toda mi vida; si Bertrand había pasado sólo por la décima parte de todo cuanto me había relatado, y además estaba vivo para contarlo, me encontraba ante un milagro con pies.

Traté de asimilar todo cuanto había oído de sus labios, relatado en primera persona y le pregunté si tenía pruebas de cuanto me decía; un poco abatido, mi interlocutor, reconoció que la relación completa de lo sucedido, su diario personal, lo había dejado en Colombia, en manos de un amigo suyo que vivía en Puerto Inírida. Según sus palabras, cuando salió de aquel lugar, presionado por las circunstancias, dejó en manos de su amigo una bolsa con ropa, efectos personales y el diario en el que había anotado sus impresiones a lo largo de aquellos años que cambiaron su forma de ver el mundo.

Las palabras que acababa de escuchar lograron relajarme por completo: deduje que el argumento de aquel hombre, lo que acababa de relatarme, todo era inventado, y di por sentado que aquel individuo fantaseaba intensamente con haber vivido todo cuanto ideaba su cerebro. No obstante, la idea general, el argumento que servía de eje a la historia y las situaciones que me había comentado, eran buenas, podían componer una novela interesante y, sólo por eso, creí que

merecía la pena seguir escuchando; pero cuando echó mano a su bolsillo y me entregó una serie de pliegos para que los ojeara, mi corazón comenzó a latir más aprisa: frente a mí tenía documentos oficiales, cartas con sellos y membretes, que corroboraban, casi punto por punto, la rocambolesca historia que Bertrand acababa de contarme. Tras examinar aquel manojito de papeles, le pregunté si podía hacer fotocopias y me respondió casi con dejadez que, si en realidad estaba dispuesto a escribir toda la historia, podía quedármelos. Tras asegurarle que me pondría en contacto con él muy pronto, me despedí, salí a la calle y tomé un taxi para ir en busca de mi editor ya que, si no me equivocaba, la novela que llevaba arrugada entre las manos era digna de ser impresa y publicada.

Pepe Vela, mi editor, me recibió como de costumbre, bromeando a propósito de cualquier cosa, que era su manera personal de fascinar a los demás mientras él pensaba qué debía decir o hacer para sacar alguna ventaja en las conversaciones de negocios. Cuando le conté todo cuanto me había sucedido en las últimas horas con el misterioso personaje que acababa de conocer y le hube relatado la historia completa, por supuesto resumida, le enseñé las hojas escritas que me había entregado Bertrand; las miró con la frialdad ofídica de un editor profesional, es decir, como si ante sus ojos tuviese la bazofia más infame jamás escrita y, tras confesar entre carcajadas que no me podía dar su opinión porque en realidad nunca había aprendido a leer, me invitó a tomar un café fuera de su oficina para que pudiésemos charlar con mayor libertad.

Tras escuchar atentamente el relato que le hice a propósito de aquella increíble historia, se tomó un tiempo eterno para mirar los documentos oficiales que tanto me habían impactado, entregados apenas unas horas antes por Bertrand; cuando los dedos de Pepe debían estar acalambrados de tanto hojear aquellas páginas, se arrellanó patriarcalmente en la silla, tomó aliento con fuerza y dio su aprobación al proyecto de escribir la novela y editarla siempre y cuando tuviésemos en nuestro poder el diario que Bertrand había escrito, puesto que su idea era la de editar la novela como si fuera una entrevista mantenida con un narcotraficante.

Mi alegría era tanta que le hubiese abrazado allí mismo y, sin perder tiempo, me puse en camino hacia mi casa, situada a un centenar de kilómetros de Zaragoza, para iniciar la, ardua pero necesaria, tarea de investigación que conlleva toda novela que debe situarse en escenarios reales.

Durante los días siguientes, aumenté de manera brutal las ya de por sí escandalosas ganancias de la compañía operadora del móvil, comprobé datos por medio de gentes a las que conocía, mantuve varias entrevistas telefónicas con Bertrand para que me aclarara conceptos, conseguí una carta de su puño y letra para la persona que debía entregarme el diario y concerté una reunión con Pepe Vela para darle cuenta de mis intenciones.

Para no tener que andar molestando a nadie para mis viajes, contraté los expertos servicios de Esteban Gericó, un taxista de Ejea de los Caballeros quien, con mucha frecuencia,

era el encargado de trasladarme a diferentes puntos de la geografía nacional cuando me veía en la obligación de dar charlas o pronunciar conferencias. Lector apasionado, Esteban es una de las pocas personas con las que se puede conversar durante el viaje sin tocar el tema de la política; sus experiencias como chófer de artistas famosos durante los veranos, salpimientan todos nuestros desplazamientos con anécdotas y chascarrillos por lo que, aquel viaje a Madrid, primera etapa antes de llegar hasta Colombia y Venezuela, pasó como un soplo de aire fresco en verano, ayudado por la falta de tráfico a horas tan tempranas de la madrugada.

Durante el tiempo que duró el vuelo de Madrid a Lisboa, que dediqué por completo a maldecir e insultar a la cúpula ejecutiva de la aerolínea TAP por querer poner tres filas más de asientos sólo para hacerme más incómodo el viaje, no pude pensar demasiado por tener las neuronas aprisionadas entre una monja andaluza y un sicólogo de animales; digo esto por el olor a perro que emanaba de sus ropas arrugadas; pero en el trayecto de Portugal a San Juan de Puerto Rico, lugar en el que nuestro avión haría la primera escala, me pude despachar a gusto dándole infinitas vueltas a todo lo sucedido en las últimas semanas y, sobre todo, las tareas que pensaba llevar a cabo en los próximos días.

Traté de hacer un balance mental, medio adormecido por el leve ronroneo de los motores. Según lo que Bertrand me había contado, la historia de aquellos años, empezó con una breve visita en Colombia, a un individuo llamado William, primo de su esposa, también colombiana, quien le había ofre-

cido, quizás por el cercano parentesco que le unía a la esposa de Bertrand, formar una sociedad, a partes iguales, para explotar un negocio de restauración: un restaurante-asador en la venezolana ciudad de Caracas.

Así pues, para seguir los pasos de Bertrand, este hombre singular, tenía pensado preguntar a unos conocidos míos por aquel colombiano y, una vez que supiera lo necesario para hacerme una idea exacta de quién era William, volar a Caracas para ver el negocio que había dirigido Bertrand, visitar después algunos de los lugares de la costa en los que se habían desarrollado algunas de las historias y viajar después a Puerto Inírida para encontrar el famoso diario que, siempre según la versión del protagonista de la historia, habría entregado a un conocido suyo poco antes de salir de aquellas tierras con destino a España.

Tras un viaje sin demasiada historia, gracias a que mi vecino el del aliento de dragón se cambió de asiento para estar más cómodo, previa escala en San Juan de Puerto Rico y Caracas, llegué a Bogotá en una mañana brillante que exhibía un cielo recién pintado de azul, con esos tonos reverberantes que sólo pueden apreciarse en el aire liviano de las grandes altitudes. Como ya conocía los usos del país por haber vivido en él con anterioridad, después de los pesados trámites aduaneros, dulcificados por el acento cantarín y la exquisita educación de los funcionarios, tomé un taxi para que me llevara al hotel, descansé unas horas para contrarrestar el desfase horario, hice algunas llamadas a mis antiguos compañeros de Radio Santa Fe, a Radio Santa Marta y a un buen periodista y mejor amigo,

con el cual había compartido ordenador y mesa de redacción en el diario “El Informador” de Santa Marta.

Podría resumir lo aprendido durante la conversación que mantuve con ellos, diciendo que el tal William era un personaje de mala catadura, con pocos amigos y vigilado de cerca por varios cuerpos de seguridad de la República de Colombia y por algunos otros con sede en el extranjero; abreviando, William Restrepo, natural de Apartadó, población bananera situada en el golfo de Urabá, era según la opinión unánime de todos mis antiguos compañeros un “triplehijueputa malparido” de aquellos que hacen historia.

Al final del día, cansado por las continuas y abundantes libaciones del líquido que vuelve tonto, llegado directamente de Escocia, además de la fatiga producida por el cambio horario, fui capaz de hacer un esfuerzo sobrehumano para arrastrarme, sin ningún tipo de ayuda externa, hasta la cama que me estaba llamando obsesivamente con sus dulces cantos de sirena desde hacía algunas horas.

Por otra parte, sin saber muy bien por qué, me encontraba inquieto, con una puntita ácida de ansiedad que no me permitía reaccionar como tenía por costumbre; sólo la proximidad de mi inmediata llegada a Venezuela y la natural impaciencia por el reencuentro con mis amigos me alegraba un poco los ratos en que la depresión intentaba anidar sobre mis hombros.

Era evidente que la alucinante historia de Bertrand, el extraño personaje que parecía ser William Restrepo y la can-

tividad de pormenores que iba conociendo día a día, dibujaban en mi cerebro un sólido argumento que, no sólo era interesante, sino que, además, tenía el discutible honor para Bertrand, de haber sucedido en realidad. Otorgando el beneficio de la duda al protagonista, debía suponer que todo cuanto él me había relatado era cierto; pero la solución final a ese dilema sólo podría darla la aparición del diario. Alguna vez me planteé la posibilidad de que tal documento no existiera, que todo fuese un bulo inventado para hacernos caer en el engaño; pero borré todos aquellos pensamientos para no enfrentarme a lo que esto supondría para mi credibilidad si mis peores presentimientos se convirtieran en realidad.

Lo primero que me sorprendió una vez llegado al aeropuerto Simón Bolívar en Maiquetía fue que sólo me concedieran quince días de visado como turista en Venezuela; pero no puedo culpar al funcionario de la DEX que me recibió porque tampoco yo había estado muy conciso en la explicación que di sobre lo que pensaba hacer durante mi estancia en territorio venezolano y, como estaba convencido de que con dos semanas tendría tiempo para llevar a cabo lo que tenía pensado hacer, no me preocupó demasiado.

Mi encontronazo, que no reunión, con Caracas, después de algunos años de ausencia, me llenó el alma de una tristeza blanda, derrotista; la carencia de alimentos básicos en los mercados, las calles más descuidadas que nunca, la chulería de los buhoneros como dueños incontestables de las aceras y, sobre todo, las expresiones inhabitualmente hoscas de los caraqueños que, a pesar del infierno que les había impuesto el man-

datario de turno, aprendiz de dictador, todavía tenían empuje suficiente para ser educados, dar los buenos días y reírse de ellos mismos como sólo las almas grandes, las que son capaces de mirar a la adversidad de cara y sin miedo, pueden hacerlo, me dejó el espíritu inerte, como hecho de algodón.

¡Cuántos buenos recuerdos! Las tascas de La Candelaria como última referencia de la restauración española tradicional, los restaurantes de Las Mercedes siempre dispuestos a ofrecer lo mejor y la agitada vida del centro de la ciudad con las torres del Silencio como mudos testigos de la existencia otrora suave de los venezolanos; pero también ¡cuántos malos recuerdos! Los círculos bolivarianos desatados imponiendo la ley de la violencia, el deslave de Vargas repartiendo muerte y desolación ladera abajo en busca del mar o el funesto 11 de Abril con la sangre de los manifestantes corriendo por la piel recalentada de un país salvajemente polarizado.

Esa misma noche fui a conocer el negocio de restauración que había regentado Bertrand con su pareja y, literalmente, se me cayó el alma al suelo. El ambiente sórdido de luces mortecinas, la clientela con ropas de dudosa limpieza, el griterío discordante de los borrachos y la capa grasienta que parecía envolver todos y cada uno de los elementos de trabajo que se utilizaban en el local decían claramente que, desde los tiempos que Bertrand se ocupaba del restaurante-asador, si era cierto lo que él me había contado al respecto, tanto el aspecto exterior, como la clientela y el ambiente, habían cambiado de una manera salvaje, radical.

A pesar del rechazo que provocaba en mí el decorado que me rodeaba en esos momentos, debo reconocer que mucho más que el escenario me molestaban los extras y los figurantes que se movían en él, eché mano de mi mejor acento venezolano, arduamente aprendido a lo largo de años de estancia en aquellas tierras, trabé conversación con la persona que atendía, mejor o peor, la barra, y tras un par de invitaciones y una suculenta propina, pude escuchar de su boca que el local pertenecía a un personaje colombiano muy rico que, de vez en cuando, aparecía por ahí a darse una vuelta y apreciar de primera mano cómo andaba su negocio.

Por otra parte, el presunto camarero, que sorprendentemente era al mismo tiempo gerente, relaciones públicas y segurata-vaciador del negocio, comentó que solía entregar las cuentas del restaurante-asador dos veces al mes a un abogado de Caracas quien, después de repasarlas y firmar su visto bueno, era el comisionado de ingresar los beneficios en una de la cuentas bancarias del colombiano.

En el taxi que me llevaba hacia el hotel, estuve pensando en las muchas diferencias que tenía lo que acababa de ver con lo que Bertrand me había contado; quise pensar que el negocio se había ido degradando con el tiempo y que la clientela ya no era la misma que él atendió en su época de hostelero encargado de aquel local; pero también barajé la posibilidad de que nos estuviese mintiendo por lo que intenté abstraerme de aquellos pensamientos en la, para mí, sorprendente visión de una Caracas nocturna, asombrosamente huérfana de gente, para aislarme y no tener que pensar en nada.

Durante algunos días, agasajé a mis amigos de Caracas. El único problema incuestionable del tiempo pasado en visitas, cenas, reencuentros, conversaciones, intercambio de noticias y parrandas de bienvenida, fue que el breve visado de turista que me habían concedido para quince días, se estaba agotando demasiado deprisa y, enredado en las actividades personales a las que me había obligado, todavía no había dado ni un paso en la dirección correcta para recuperar el diario de Bertrand; por esa razón, en lugar de viajar hasta Puerto Ayacucho en avión, como era lo más apropiado, decidí ir a San Fernando de Apure, donde yo había residido hacía algunos años, para pedir una prórroga del visado ya que supuse, con buen criterio como se demostró después, que en una ciudad mediana por no decir pequeña sería mucho más sencillo conseguir aquel documento que en Caracas.

Tras un viaje deleznable, la llegada a Puerto Inírida fue como abrir la puerta de una habitación que ha permanecido cerrada durante mucho tiempo, cuya penumbra, al desaparecer, nos muestra objetos que habíamos aparcado en la memoria; el embarcadero con sus sonidos y olores característicos me devolvió a una época que había enterrado concienzudamente tras montones de papeles, trabajo, artículos y conferencias. Nada más cumplimentar los trámites de la aduana, muy breves por cierto, facilitados por un carnet de reportero que aún conservaba de “El Informador” de Santa Marta, alquilé una habitación en el hotel Orinoco y llamé al amigo de Bertrand.

Cuando apareció el sonriente Freddy, un hombretón que rondaba los cincuenta años, de complexión fuerte y piel os-

cura, le hablé del francés, le entregué la carta dirigida a él y le expliqué el verdadero motivo de mi visita; juro que se me abrió el cielo cuando me dijo que todavía conservaba aquella bolsa de viaje con todos los efectos personales que Bertrand le había confiado para su custodia y que, efectivamente, había un diario dentro, además de algunas ropas, calzado y un par de libros que estaban, según aquel hombre, escritos en “extranjero”.

Aún a pesar de que la experiencia me aconsejaba mantener la boca cerrada y dejar hablar al hombre sin interrumpirle, me sentía tan excitado por tener el diario al alcance de la mano que, desechando toda prudencia, me puse a enumerar las razones por las que necesitaba aquel cuaderno y cuánto suponía para mí estar en posesión del mismo; el hombre escuchó con paciencia, olió la posibilidad de conseguir dinero fácil y, tras un silencio que Freddy dio por terminado con una sonrisa de triunfo, supe que acababa de meter la pata.

Aquel hombretón, después de arrellanarse en su silla, sabedor del interés que la editorial tenía por aquel diario, pidió aguardiente y, tras paladear con fruición un par de tragos, se avino a pedir una compensación por la entrega de los escritos de Bertrand y el tiempo que los había custodiado. En realidad, yo estaba preparado para entregar una cierta cantidad de dinero para “indemnizar” las molestias de Freddy; pero en ningún momento habría esperado lo que me dijo aquel hombre cuyos dientes de fiera al acecho reflejaban los rayos solares.

Después de otro trago de aguardiente, Freddy dijo que deseaba emigrar a Venezuela, país en donde residía un hermano suyo que había conseguido comprar unas tierras; el caso era, resumiendo mucho las lamentaciones de aquel moderno Jeremías, que necesitaban algunas cosas para empezar un negocio de ganadería. Como estaba esperando algo así, me dispuse a regatear la cantidad que me iba a solicitar y le pregunté cuánto necesitarían; me quedé a cuadros cuando entendí que estaba dispuesto a entregar el diario a cambio de, según sus propias palabras, “un par de favores”: quería que se hiciera una compra de madera en su nombre y, como regalo “de buena voluntad”, de ñapa diría un venezolano, un caballo para su hermano.

Una vez que pude superar la sorpresa de la inusual petición, le pregunté por qué razón no podía comprar él la madera; adujo que, la fuerza guerrillera que rondaba por las selvas del Guainía, no dudaría en cobrar impuesto y, por ello, era mejor que yo lo hiciese. Tras una peliaguda discusión, nos pusimos de acuerdo sobre la cantidad que se iba a destinar para la operación comercial de la madera y, tras un farragoso, pero educado, enfrentamiento verbal a propósito de la compra del caballo, logramos estrecharnos las manos sellando el acuerdo.

En cierto modo me sentía feliz de haber terminado con aquella parte del viaje: debía comprar cincuenta metros cúbicos de madera brasileña y, además ¡un caballo! Todo esto debía entregarlo a Richard, el hermano de Freddy que vivía en Cunaviche, población situada en el venezolano estado

Apure, quien, a su vez, me entregaría la bolsa que contenía los efectos personales y el diario de Bertrand que Freddy le haría llegar por caminos desconocidos para mí.

Decidí celebrar este éxito parcial con un nuevo café pero no lo pude disfrutar puesto que, para entrar de nuevo en Venezuela, no era suficiente el documento que me habían extendido en San Fernando de Apure. Estaba tratando de buscar una salida a esta situación comprometida cuando el barman me presentó a un personaje que acababa de entrar en el recibidor del hotel. Casi lloré de alegría al oír que, el recién llegado, era el representante consular de la República de Venezuela en Puerto Inírida. Tratando de sacar partido de aquella ventajosa e inesperada situación, le invité a sentarse, compartimos un café y, tras hablar durante un tiempo de las bondades de su país, le invité a la comida. A los postres, una vez que creí haber ganado su confianza, le planteé mi situación legal y me dijo, exhibiendo una sonrisa deslumbrante, que no veía ningún problema si yo me mostraba colaborador con él; esta colaboración cifrada en bolívares, me permitió salir a la mañana siguiente, tras la preceptiva visita a la policía judicial colombiana, con un papel que me había convertido mágicamente en ciudadano de Inírida. Alquilé una lancha rápida que me llevó hasta San Fernando de Atabapo y, desde allí, en una avioneta que cubría regularmente ese trayecto, salí en dirección a Puerto Ayacucho para, posteriormente, alquilar un jeep con conductor que me llevó hasta San Fernando de Apure.

Me alojé en el hotel La Torraca convirtiendo temporalmente mi habitación en la oficina de un comprador de madera. Tras

muchas llamadas de teléfono y alguna gestión no demasiado apegada a la legalidad, pude contactar con un contrabandista colombiano que accedió a entregar los cincuenta metros cúbicos de madera brasileña.

Para formalizar aquella operación, Wilmer, que así se llamaba el colombiano comerciante de maderas raras, me acompañó en su coche hasta Cunaviche en donde, en presencia del hermano de Freddy, al que habíamos localizado por medio unos conocidos del contrabandista, firmamos la compra de la madera. Después salimos los tres a tomar algo y, ¡oh sorpresa!, apareció un individuo que deseaba vender un caballo. Tras un corto regateo adquirí el animal, casi un potro, y volvimos a la Jefatura civil para hacer oficiales ambas compras; allí tuve que pagar “voluntariamente” un permiso de porte de arma blanca, a guisa de propina para el funcionario que extendió y selló los documentos escritos a máquina, además de “donar” veinticinco mil bolívares para reparar la motocicleta de la Jefatura Civil.

Hasta que la madera estuviese en poder de Richard, el caballo ya corría libremente por su finca, decidí visitar la bahía de Cochaima para conocer el escenario en el que se habían desarrollado algunas de las vivencias relatadas por Bertrand. Una vez allí, después de restaurar mi maltrecho estómago con un delicioso pescado a la plancha, aproveché esa especie de síndrome de Pickwick que me adormila en las digestiones, para contemplar la equilibrada hermosura de aquel lugar caribeño en todo su esplendor, bajo el terne sol de la tarde, al tiempo que me entretenía viendo a los pelícanos zambullirse por grupos en busca de pescado.

Durante algunos días, para empaparme bien del escenario real de la historia, estuve visitando la costa, viajé varias veces en barcas turísticas, para conocer la isla Cachicama, la Piscina del Mar y otros lugares por los que se había movido Bertrand.

Algún malintencionado podrá decir que casi disfruté de unas vacaciones pagadas, pero la verdad es que, mientras tomaba notas, imaginaba escenas y planteaba nuevas situaciones para la novela rodeado, eso sí, de un entorno maravilloso, tenía el pensamiento fijo en el diario de Bertrand, a quien algunas personas todavía recordaban, que si todo salía como esperaba, pronto tendría entre mis manos.

Cuando recibí la llamada de Richard diciendo que la madera había llegado a Cunaviche y que estaba conforme con lo que le habían entregado, ahogué un grito de alegría y le propuse que se acercase él a Puerto La Cruz para recibir el resto del dinero y entregarme en mano la bolsa de viaje que había pertenecido a Bertrand. Contento por hacer un viaje a la costa, sobre todo teniendo en cuenta que yo le prometí correr con los gastos de viaje y alojamiento, accedió a mi petición y, dos días más tarde, el famoso diario se encontraba entre mis manos.

Nada más llegar al hotel, abrí la bolsa para contemplar a mi gusto aquel documento. La imagen mental que me había hecho de él, algo literaria por cierto, era la de unas cuantas hojas encuadernadas con tapas de tela; pero el famoso diario no era sino un cuaderno tamaño holandesa, de hojas cuadrículadas llenas de una escritura irregular.

Del viaje de vuelta a Caracas recuerdo algunos pasajes intercalados en la lectura de aquel diario que atraía todo mi interés. Lo que estaba leyendo era algo que jamás hubiese podido esperar, material de primera clase para una historia épica que, a pesar de ser cierta, era increíble en todos los sentidos.

Aquel diario era una pequeña joya manuscrita, con algunos destellos literarios, que merecía la pena ser conocida por el mundo entero; pero una vez en Caracas me di cuenta de que podía tener muchos problemas si a la policía le daba por abrir aquel cuaderno en el registro de aduana; para curarme en salud resolví que el diario debía viajar solo, así que decidí enviarlo por medio de una empresa. El único problema no era tanto que el diario fuese descubierto sino que se perdiese por lo que, previendo los posibles problemas, lo más sensato sería crear una copia que fuese indetectable.

Me armé de paciencia para concebir una buena idea que me permitiera copiar el manuscrito con plena seguridad y, tras mucho discurrir, pensé que la mejor manera sería utilizar la informática a nivel usuario, la de andar por casa, vaya; al fin y al cabo, para ser agente de la DISIP no se necesitan muchos conocimientos de computación. En el escáner que un amigo caraqueño me prestó sin hacer demasiadas preguntas, copié las imágenes de las páginas del diario, una por una, y las había guardado en un CD. Con aquel disco compacto en mi poder, abrí mi ordenador portátil, descargué las fotografías que había hecho durante el viaje, las coloqué en la carpeta “Mis imágenes” y luego copié las páginas del diario.

Con todos estos elementos en mi ordenador, abrí el programa Power Point y me dediqué a la paciente tarea de insertar una imagen de cada página del diario por diapositiva, para luego ir las cubriendo con una fotografía por unidad, teniendo cuidado de que las páginas estuviesen bien ocultas tras las imágenes. Hecho el trabajo, seleccioné en la barra de herramientas la diapositiva número uno, seleccionar todo, formato, agrupar y así sucesivamente; si por mala suerte decidían revisar el contenido del ordenador, no encontrarían sino una colección de fotografías para hacer una presentación.

Una vez completadas todas las fases de mi ingenuo plan, con todo el dolor del mundo anidando en mi corazón, envié el diario a la oficina central de una agencia de reparto con oficinas en Zaragoza, entré en un locutorio donde consumí en llamadas el equivalente al presupuesto nacional de un país pequeño y, algunas horas más tarde, abordaba el vuelo que me llevaría de vuelta a España.

En Madrid me esperaba Esteban Gericó, al que había avisado por teléfono y, durante el trayecto hasta Zaragoza, hicimos bromas a base del Caribe, las mulatas y otras cosas que no vienen a cuento; el viaje por carretera con Esteban, en comparación con el aéreo, fue una bendición del cielo. Una vez en la capital aragonesa, llamé a Bertrand, le cité para horas del medio día, recogí el diario, que había llegado sano y salvo, y llamé a Pepe Vela, mi editor, para contarle todo cuanto había sucedido durante mi viaje pero estaba ocupado; decidí que era hora de presentarle a Bertrand y pensé que no sería mala idea tomar el aperitivo los tres juntos.

Bertrand fue el primero en llegar al “María Morena”. Nada más aparecer, después de los saludos de rigor, le entregué la bolsa de viaje con sus pertenencias y, en el momento de abrirla, pude leer que en sus ojos se desataba una tormenta de sensaciones, de sentimientos encontrados y de algo parecido a la nostalgia; pero cuando tuvo el diario entre sus manos, lo abrió, como acariciándolo y lo hojeó sin leer. Me dio las gracias, me lo devolvió con un lacónico “ahora es tuyo” y pidió una cerveza de trigo que paladeó en silencio mientras yo le hacía los honores a un Martini seco.

Cuando entró Pepe Vela, con su desparpajo habitual, hice las presentaciones protocolarias y, sin más pérdida de tiempo, comenzamos a conversar a propósito de cómo sería la novela. Mientras Bertrand pretendía que fuese algo personalizado, intimista y dramático, Pepe se inclinaba más por un texto que mezclara realidad y ficción y yo, no sé si por llevar la contraria, defendí la idea de escribir las cosas como habían sucedido porque, desde mi punto de vista, la realidad que habíamos vivido era tan interesante que no necesitaba de adornos literarios ni de subterfugios lingüísticos para hacerla atractiva a los posibles lectores. Al final, cediendo todos un poco, llegamos a un convenio honorable en el que nadie salía mal parado.

Pasados los primeros momentos de excitación por conocer las noticias que habían viajado conmigo, durante la comida sólo hablamos de generalidades, Bertrand me preguntó por su amigo Freddy, se interesó por la gente que había visto durante mi viaje y, después de tomar un café, se despidió hasta

muy pronto, esas fueron sus palabras exactas, llevándose consigo la famosa bolsa trotamundos. Cuando me quedé solo, dueño y señor de las páginas en las que Bertrand había escrito parte de sus experiencias personales, pedí un sorbete de gin-tonic para relajarme un poco y disfrutar del silencio.

Haciendo un balance somero, entre lo que traía escrito, y lo que me habían metido en la cabeza, tenía material suficiente para escribir tres novelas, dos guiones de cine, un libro de viajes y una colección de cuentos; para que aquella ingente cantidad de ingredientes no me agobiase demasiado, decidí soltar lastre de la única manera que sé: escribiendo.

Tomé un taxi, pedí al conductor que me llevara a San Mateo de Gállego y, en la cómoda sala de estar del “Boulevard los poetas”, casa que alquilé por una semana para poder estar en completa paz, empecé a escribir estas líneas. Estaba tan enfrascado que ni la alegría de Milo, el perro labrador de la familia, pudo sacarme del ensimismamiento. Por supuesto ni Anne, ni Miguel Ángel, ni la exquisita educación de sus hijas Anais y Chloe osaron perturbar mi concentración.

La guerra había comenzado.

EL DIARIO DE BERTRAND

NOTA DEL EDITOR

Tras muchas conversaciones, resolvimos que no merecía la pena corregir ni novelar demasiado el diario que José Manuel había traído desde Venezuela. Creemos haber hecho lo correcto al transcribir sus páginas literalmente. Si bien es cierto que el texto ha sufrido correcciones de índole gramatical y de sintaxis, así como se ha modificado la construcción de algunas frases para hacerlas más comprensibles, se ha respetado en todo momento el contenido exacto de sus páginas para que, en última instancia, sea el lector quien saque sus propias conclusiones sobre Bertrand y el extraño mundo en el que se vio obligado a vivir durante algunos años.

La mayor transformación que ha sufrido el diario que van a leer a continuación, es la sustitución de todos los nombres de las personas que aparecen en el mismo; pero, sin duda, el trabajo más ingente fue el de trasladar la acción a lugares geográficos de similares características para mantener en secreto la verdadera identidad de Bertrand y la de su actual familia.

Bertrand, después de vivir seis años en equilibrio, en el filo de una navaja afilada que podía herirle en cualquier momento, ha rehecho su vida y, actualmente, se gana el sustento por medio de un trabajo honrado que en nada se asemeja a su existencia anterior; después de haber dado un paso tan importante como el de hacer públicas sus vivencias, con el único objetivo de poner en guardia a todo el mundo sobre los letales cantos de sirena de quienes comercian con la muerte en polvo,

su protección personal y la integridad de su familia es objetivo primordial del Grupo ZARAGUA y de la Editorial AQUA, por lo que hemos hecho un gran esfuerzo para mantener su anonimato y, al mismo tiempo, respetar su deseo de hacer públicas las vivencias de este hombre para que sirvan de ejemplo a quienes aún creen que el dinero no mancha.

Es cierto que podíamos habernos conservado nombres, lugares y países en los que se centra la acción del diario, eso hubiera supuesto un esfuerzo menor para nosotros, pero no quisimos traicionar la historia real obviando que muchos de los personajes que aparecen en el texto original están muertos o cumpliendo condena en cárceles de todo el mundo.

Por otra parte, la violencia con la que los narcotraficantes suelen vengarse de quienes descubren sus sucios manejos, y el hecho de que algunas de las acciones relatadas están todavía bajo investigación por parte de algunas instituciones policiales, nos ha obligado a cambiar todos estos detalles que acabamos de mencionar.

Como última observación, debo decir que, una de las cosas que inclinó la balanza a favor de publicar este diario, fue que siempre se han editado obras referidas al narcotráfico desde el punto de vista de los cuerpos de Seguridad y de quienes se dedican a la lucha contra las drogas; pero no se conoce mucho de la vida y de los sentimientos de quienes comercian con estas mortíferas sustancias.

A partir de hoy, todos ustedes tienen la oportunidad inva-

luable de conocer a los mercaderes de la muerte desde dentro: hombres y mujeres que se rigen por un extraño código de honor, personas que mientras nosotros trabajamos para sobrevivir dignamente, ganan grandes cantidades de dinero que, a menudo, no pueden disfrutar. Todo el entramado de este submundo sucio, a veces degenerado, es el que describe Bertrand en su diario. ¿Quién mejor para contarnos los detalles que quien ha vivido con ellos? ¿Quién más capacitado para hablar de las drogas y del infierno que quien ha vivido seis años con el diablo?

Editorial Aqua

EL DIARIO DE BERTRAND

1

No sé cuánto tiempo hace que abrigo la idea de dar inicio a un diario en el que pueda garabatear cuanto me pasa por la cabeza porque mis pensamientos, a veces, no se reflejan en las palabras que salen de mi boca; es como si las ideas se desfigurasen por completo al envolverlas en palabras, en sonidos comprensibles para los demás. Es muy probable que yo sea, como muchos otros, una especie de grafómano, un escritor frustrado que se empeña en dejar para la posteridad todos sus pensamientos por escrito pero, si así fuera, no debería avergonzarme de ello; desde luego no sería el único ser humano que abriga la nada despreciable intención de legar a las generaciones venideras sus impresiones personales sobre el mundo que nos ha tocado en suerte a cada cual. Ahora bien, a poco que reflexione me doy cuenta que, mi verdadero propósito al escribir estas líneas, no es otro que el de componer un enorme inventario de sensaciones, arrumar un montón de sentimientos íntimos, que me permitan recordar al menos parte de lo vivido, cuando la vejez, apartando suavemente mis canas, llame amistosamente a la puerta de una memoria desgastada por años de experiencias, de alegrías y sufrimientos.

He pospuesto durante tanto tiempo el momento de comenzar a escribir en estas páginas, que me parece cosa de magia el ver cómo la roma punta del bolígrafo traza palabras inteligibles para los demás, dejando tras de sí un rastro de materia espiritual sobre el cuadriculado papel, en esta noche que es la primera de una nueva vida abierta ante mis vacilantes pasos. Mañana me estreno como socio en un restaurante asador, aquí en Caracas, y he creído que por fin ha llegado el momento oportuno para iniciar esta rara variedad de crónica personal escrita por un eterno idealista, yo mismo, que ha utilizado los primeros años de su vida en perseguir quimeras imposibles y en buscar perlas en los cubos de basura ajenos; pero, si lo que deseo en realidad es hacerme una memoria de papel para consultarla en mis años de edad caduca, justo es que empiece por el principio de una vida, seguramente igual a otras muchas, no vaya a ser que, cuando llegue al final del camino, se me haya olvidado el principio de mi propia vida.

No sé por qué me atrevo con esta tarea si ni siquiera estoy seguro de poseer la suficiente habilidad para hacer que este creciente montón de palabras escritas sean comprensibles para los demás. A pesar de todo, esta especie de fuego interno que me acuchilla cruelmente hasta el último rincón de las entrañas impulsándome a escribir, esta manía de la escritura que me acompaña desde hace algunos años debe tener, al menos lo pienso así, una salida válida al mundo exterior; pero no para ser examinado por los demás en una nueva variedad de exhibición de las desnudeces espirituales porque, lo reconozco, el impulso que me lleva a emborronar las hojas

no es para que sean leídas por otros: quiero escribir de manera egoísta sólo para mí, para no olvidar nunca ni mi reciente madurez, ni mi pasada juventud ni la ya lejana niñez.

¡Ah, la niñez! La siempre dorada infancia, adornada y dulcificada por el paso de los años, que todos atesoramos celosamente en algún rincón oculto del pecho, como un refugio en el que poder escondernos, cobardemente a veces, para ponernos a salvo de los salvajes embates de la existencia, fue en mi caso una época que podría definir, a estas alturas de vida, como razonablemente feliz. Ser solamente un niño con la inexcusable obligación de rasparme las rodillas, mancharme la ropa de barro o de verde hierba, sangrar por los codos y recibir reprimendas a diario por no obedecer a los mayores, es uno de los retos más impresionantes, más esforzados que puede enfrentar el ser humano: el de aprender de los propios errores, con la ventaja de no tener que avergonzarse del fracaso y poder celebrar todos los aciertos.

En aquel entonces, mientras duraron esos hermosos años en los que se podían tener un número infinito de mejores amigos al mismo tiempo, por desconocer la mala interpretación que de mayores le damos a la palabra pertenencia, pensaba que nacer en un pueblo de pescadores como es Cassis sur Mer, a las orillas del Mediterráneo más azul que ojos humanos hayan podido contemplar, era lo mejor que podía pasarle a un niño que abría los ojos a la vida con el ombligo al aire.

Experimentaba con total fruición la sensualidad de vivir, la apasionada libertad de aquellos largos paseos triscando a la

cabeza de un grupo de cachorros humanos que, si un día eran una partida de bandidos, al siguiente se convertían en fieros piratas perseguidos por la ley, acomodando sin esfuerzo su personalidad al argumento de la película que hubiésemos visto la noche anterior en el cine al aire libre. Era cuando vivía las más extravagantes fantasías recorriendo los montes preñados de plantas llenas de flores que siempre perfumaban los hermosos atardeceres mediterráneos, nuevos cada día, y sentía el placer de bañarme, sin otro traje de baño que la piel desnuda, en las más recónditas calas, respirando con frenética agitación después de bajar por los riscos a la carrera; todo aquello, según creía entonces, era imposible vivirlo en ningún otro lugar del reducido mundo que conocía.

Por otra parte, la ventaja de hablar dos idiomas, una de las pocas prerrogativas de ser un mestizo, hijo de español emigrado a Francia huyendo del hambre y de francesa nacida en el Midi, me permitía comunicarme con mucha más gente y, aquella circunstancia, me hacía sentir superior al resto de mis compañeros de moretones, peleas, rasponazos y juegos.

Las primeras batallas infantiles a pedradas, que ahora reconozco propias de todas las razas, comunes a todos los países, supieron educarme en la amistad incondicional, sin fisuras, y en las primeras nociones decepcionantes de odio, rabia o dolor, que me dejaban pequeñas cicatrices en la piel del alma que, a diferencia del resto de mi cuerpo, nunca llegaban a broncearse por completo.

La extraña voluptuosidad de tomar el sol suave de la mañana, totalmente desnudo, sintiendo el dulce frescor que me procuraba la evaporación, era un placer que les estaba negado a millones de niños de mi edad según decía mi padre y, sólo por eso, me sentía feliz, privilegiado, no por poder tomar el sol con la barriga llena, sin hambre, sino por ser distinto a los otros.

Disfruté plenamente de la niñez mientras pude; pero, desde aquellos tempranos días en los que cada minuto era una aventura por estrenar, cada día una caja de regalo por abrir, pendía sobre nuestras cabezas infantiles la amenaza cruel de pasar por una adolescencia neutra para desembocar en una vida monótona, lenta, gris, sin altibajos.

El futuro que me esperaba tras la pubertad era tediosamente similar al de todos mis vecinos; sólo la pesca de bajura en barcos que nunca perdían de vista la costa, la aburrida faena de días idénticos uniformados de mono azul en la próspera zona industrial de la cercana ciudad de Marsella o el duro trabajo como descargador en el puerto de la Joliette, aparecían como únicas probabilidades de supervivencia en un país que, una vez superada la amarga resaca de la Segunda Guerra Mundial y su laboriosa posguerra, navegaba por las calmadas aguas de la invariabilidad.

A mí, la verdad sea dicha, no me gustaba demasiado la pesca de bajura como oficio para desempeñar durante toda una vida; esto es comprensible si tengo en cuenta que muchas veces había sido capitán de piratas proscritos o jefe de bandoleros, a pesar de vestir todavía con pantalón corto, y no

podía convertirme en un humilde pescador sin opción a navegaciones aventureras. Aunque disfrutaba de los paseos en barca por la bahía, el duro trabajo que suponía arrancar los peces del vientre marino era algo que, para ser el único eje del futuro inmediato, no me seducía en absoluto.

No muy buen estudiante, nunca hacía más que lo justo para aprobar, me gustaba haraganear descalzo, pasear mi infancia medio desnuda por el muelle de los pescadores para, cuando llegaban las barcas al amanecer, sustraer algún pescado que, convenientemente negociado a la baja con algún cocinero, me reportaba algunos paquetes de cigarrillos en los restaurantes de la playa. El primer amor a la sombra de las ginetas, aquella niña parisina de caricia fácil que pasaba sus vacaciones de verano en Cassis, supuso para mí el descubrimiento de nuevas y dulces sensaciones, desconocidas hasta ese entonces, que muy pronto se convertirían en la parte más importante de los primeros quebraderos de cabeza que llegan del brazo de la adolescencia.

La anhelada mocedad se presentó de buena mañana sin previo aviso; una voz aún atiplada, sometida, enjaulada a la fuerza dentro de un cuerpo de hombre y aquellos movimientos desgarrados que evidenciaban mi falta de dominio sobre unos músculos en continuo crecimiento, dieron la señal de alerta: estaba convirtiéndome en un hombre válido para contribuir a la economía familiar; poco más tarde, casi sin haber disfrutado, se presentó la escandalosa juventud empujándome gradualmente al corrillo de los hombres que fumaban en el puerto.

Sin oficio ni beneficio conocidos, decidí entrar en el ejército para cumplir el servicio militar, obligatorio para todos los varones por aquellos años y, por ser distinto de los demás vecinos, me presenté voluntario al cuerpo de paracaidistas para terminar cuanto antes con algo que debía hacer; pero lo que en principio iban a ser algunos meses bajo la disciplina férrea del ejército, se convirtieron para mí en una experiencia única en la que a diario aprendía más cosas haciéndome sentir, por primera vez en la vida, útil para la sociedad en la que vivía.

Si bien la vida militar no me terminaba de convencer, quizás por el exceso de disciplina al que no estaba acostumbrado, la vida del paracaidista, la preparación para el combate cuerpo a cuerpo y las tácticas de Operaciones Especiales me inducían a un estado de bienestar hipnótico, al tiempo que me iban forjando un carácter voluntarioso, duro y luchador que marcaría mi vida para siempre.

El diario reto de superarme a mí mismo, comprender que el ser humano no conoce más límites que los de su propio miedo, y el continuado esfuerzo por mejorar el rendimiento personal por encima de cualquier otra consideración válida, además del duro entrenamiento para soportar condiciones ambientales que para los demás serían insufribles, fueron esculpiendo en mí una mentalidad fiera, quizás dura, que durante un tiempo anuló por completo conceptos como ternura o debilidad.

Otra de las cosas que debo agradecer al ejército, es la afición a la lectura que adquirí en la biblioteca del regimiento. Al no

disponer de más dinero que el de mi reducido salario de soldado, amén del que lograba comprando guardias a los compañeros que podían salir de fin de semana, me quedaba mucho tiempo libre por lo que, las visitas a la biblioteca para ojear algunas de las publicaciones ilustradas de actualidad, se fueron haciendo cada vez más frecuentes; las revistas fueron sustituidas de manera paulatina por libros de aventuras y, cuando quise darme cuenta, el lector pertinaz en que me había convertido, tras devorar a Karl May a Verne y a Salgari, había comenzado con autores de más calado.

Gracias a todos aquellos autores desconocidos hasta hacía poco tiempo, el pobre adolescente, casi inculto, que había ingresado en las filas de los paracaidistas, se había convertido en un mocetón duro, capaz de enfrentarse sin miedo a cualquier eventualidad, pero con cultura suficiente como para mantener conversaciones de todo tipo con cualquier persona.

Cuando terminé mi servicio militar como boina roja, tras varios intentos fallidos de acomodarme al rígido horario laboral impuesto por la industria pesada marsellesa, encontré un trabajo como descargador en el puerto de La Joliette y, a pesar del diezmo salarial que debía entregar a la mafia que entonces reinaba dentro y fuera del recinto portuario, me encontraba a gusto conmigo mismo y con el modelo de vida que había elegido; quizás el hecho de no tener que seguir un horario fijo, o el sobresueldo que conseguía con el pequeño contrabando de mercancías exóticas y las animadas reuniones vespertinas en los bares de la cercana Avenida de la Re-

pública, para tomar unas cervezas con los compañeros de trabajo, fueran todo cuanto entonces anhelaba para mi existencia. Cuando pensaba, no muy a menudo por cierto, en el futuro que me esperaba, estaba plenamente convencido de que una vida como la que llevaba no era tan mala y me permitiría a la larga, sin demasiado esfuerzo por mi parte, prepararme para vivir la vejez sin demasiados agobios económicos al tiempo que disfrutaba plenamente de mi recién estrenada juventud.

Las veladas de los sábados, si no tenía turno en el trabajo, me gustaba ir con los compañeros a tomar unas cervezas por los bares cercanos al puerto y, algunas veces, rodeado por una densa atmósfera de humo, tejida con voces broncas de hombres borrachos y gritos de falso enojo que salían de algunas gargantas femeninas, por lo general mucho más estrechas que sus sexos, yo creía protagonizar un guión de película en el que era un experimentado marinero, un valiente trotamundos conocedor de mil puertos, que recorría los mares a bordo de un barco enorme.

Si la borrachera era más que persistente llegaba a confundir, dentro de mis desatadas fantasías etílico-juveniles, los “Bar-Tabac” abarrotados de gente, tan típicamente franceses, con otros locales mucho más exóticos que mis sueños situaban en lejanos puertos, llenos de hermosas mujeres siempre dispuestas a complacerme, donde la miseria y la mediocridad debían ser mucho más soportables bajo la inmensa luz del cálido sol tropical, que envueltas en la niebla leve de los inviernos mediterráneos.

Una noche, mientras tomaba una copa con dos de mis compañeros de trabajo en el puerto, entraron en el bar unas muchachas que pidieron cerveza con un acento cantarín que yo desconocía. Posiblemente, mis veinte y pocos años de edad, mi inconsciente arrojo juvenil, el exceso en el consumo de pastís y la excitación que añadía la danza nupcial previa a la más que posible conquista, me empujaron a trabar conversación con ellas. Después que las jóvenes aceptaron, no sin algunos reparos, nuestra invitación, unimos ambos grupos para compartir mesa y, cuando quise pedir una ronda para todos, caí en la cuenta de que las parejas se habían formado, instintivamente, de manera no pactada, y andaban buscando el blando aislamiento que llevaría a la confidencia.

Recuerdo que escuchaba encantado de labios de Leila, la compañera que me había regalado la suerte, cómo ella había dejado su Colombia natal como otros muchos compatriotas, para buscar en Europa nuevos horizontes económicos que pudieran ofrecerle una mejor calidad de vida.

Mientras mis oídos devoraban ansiosamente sus palabras, aparentando una dejadez que en aquel momento estaba muy lejos de sentir, jugueteaba con los dedos de aquella joven, que se dejaba hacer con coquetería, clavando en mis ojos fascinados por su belleza los suyos negros, casi indios, misteriosos y prometedores ¡Qué lejos estaba Leila de saber que, para mí, convertido en marinero trotamundos gracias al Ricard, ella ya no era en esos instantes una joven colombiana emigrante en Francia, sino la princesa india de un exótico puerto a la que yo, aventurero audaz, hacía la

corte para convertirla en el primer nombre de mi enorme lista de amores!

Esa misma noche, cuando un tímido amanecer intentaba insinuarse más allá del Vieux Port, en la habitación de un hotel humilde, hicimos el amor de una manera posesiva, casi urgida, pasional que me descubrió un mundo erótico diferente al que había conocido hasta entonces; cuando despertamos después de un breve descanso, sin saber qué fuerza nos impulsaba, frente a la surtida bandeja del desayuno, comenzamos a charlar de manera natural sobre la posibilidad de compartir vivienda, cama y mesa a diario.

Sin boda oficial, sin firmas ni testigos, nos entregamos ilusionadamente a la dura tarea de iniciar una andadura en pareja que, como primer resultado visible, fue el de mantenernos alegres durante horas en una burbuja de felicidad en la que no cabía nadie más que nosotros. En muy poco tiempo comenzamos a empujar hacia el futuro, entre los dos, una vida sencilla, sin aspavientos, terriblemente parecida a la de millones de parejas jóvenes en todo el mundo. Mientras ella se ocupaba de las pocas tareas domésticas a las que debía hacer frente, yo seguía con mi trabajo en el puerto; pero, a diferencia de meses anteriores, las salidas con mis amigos habían menguado en favor de las noches frente al televisor y los paseos a las orillas del mar cuando el clima nos lo permitía.

Con la llegada del invierno, Leila comenzó a echar de menos el clima de su tierra tropical y el alegre talante de sus gentes tan comunicativas; daba la impresión de que las mañanas ne-

blinosas que parecían cubrir por completo los lisos recovecos argentados del Mediterráneo con una gasa tupida, la sumía en una especie de postración depresiva que muy pronto se tradujo en pequeños altercados irrazonables, cada vez más frecuentes, que yo trataba de soslayar a base de mucha comprensión, caricias y pequeños regalos que la hicieran olvidar lo gris del paisaje.

Por otra parte, el pago por mi trabajo como docker no daba de sí para hacer todo cuanto ambos deseábamos y por ello decidí enrolarme como marinero de cubierta en la tripulación de un pequeño barco que transportaba algunas mercancías, las que eran despreciadas por barcos de mayor calado, entre Marsella, Barcelona y Córcega.

A veces, apoyado blandamente en la deformada borda de la pequeña embarcación, contemplaba embelesado los lujuriosos atardeceres del Mediterráneo sobre la base rojiza de un horizonte majestuosamente sereno; en aquellos raros momentos de placidez, el salvaje olor que exhalaba la mar, la agitada aceleración de la vida de los puertos y la aureola aventurera que desde siempre ha rodeado a los marinos, me hacían sentirme bien conmigo mismo.

Desde mi punto de vista, las cosas comenzaban a marchar a nuestro gusto hasta tal punto que en los primeros meses de trabajo a bordo del barco mejoró bastante nuestra convivencia; pero cuando ambos creíamos superados todos nuestros problemas, incluso estábamos pensando en comprar un apartamento, la crisis económica que golpeó de manera des-

piadada a Europa en general, y a Francia especialmente, torpedeó de modo marrullero el barco en el que trabajaba, justo bajo la línea de flotación.

A la vía de agua abierta por la crisis se aunó el pesado lastre de las hipotecas que lo gravaban y, entre ambos, terminaron por hundir al armador quien, en un arrebatado de honradez, nos dio a cada uno de los trabajadores una buena cantidad de dinero a guisa de indemnización, suicidándose a renglón seguido para no hacer frente a las deudas que había contraído.

Una vez superada la primera sorpresa del paro forzoso, Leila y yo hablamos durante horas para decidir en qué debíamos utilizar aquel pequeño capital que no esperábamos, fantaseando con inversiones en pequeños negocios y comercios que nunca vieron la luz.

Tras mucho insistir, por medios que no puedo escribir en estas páginas, ella consiguió que nos pusiésemos de acuerdo en el destino definitivo que debería dársele a ese dinero que parecía llovido del cielo: viajaríamos los dos a Colombia en donde, con ayuda de William, uno de los primos de Leila que al parecer se dedicaba a la creación de negocios y a diversas actividades comerciales, lograríamos establecernos por nuestra cuenta en muy poco tiempo e iniciar así una nueva vida en la que, según nuestros planes, que en aquel entonces eran como sueños de muy fácil realización, todo andaría a pedir de boca.

Nuestra llegada al aeropuerto “Eldorado” cercano a Bogotá, o quizás el hecho de volver a pisar su añorada tierra, puso de

muy buen humor a Leila mientras que, a mí, me empotró en el cuerpo una especie de agradable cosquilleo, desconocido hasta entonces, que ayudó a despertar en mí el afán aventurero de aquel niño que no dudaba en jugarse la piel bajando a tumba abierta por los hermosos acantilados de Cassis.

El deslumbrante fulgor de una mañana tropical todavía por estrenar, resplandecía en mis ojos con un brillo especial que teñía en el paisaje la más vasta gama de colores cálidos que nunca había visto juntos en toda mi vida; definitivamente, la tibia luz del tímido sol mediterráneo, nada tenía que ver con aquella feroz explosión de amarillos y anaranjados que daban de vida propia al vigoroso verdor de la naturaleza sabiamente sometida por la mano del hombre.

Tras un breve trayecto en taxi hasta Bogotá, durante el que no pestañeeé para no perder ni un solo detalle del paisaje que desfilaba con presteza ante las ventanillas del vehículo, llegamos al hotel que habíamos reservado y, tras abandonar las maletas en la habitación sin siquiera preocuparnos por desahacerlas, salimos a desayunar algo por ahí, empujados por la impaciencia de Leila a quien, en ese momento, parecía faltarle tiempo para todo.

Leila parecía sentirse como pez en el agua en aquel ambiente que era tan extraño para mí; sus ojos brillaban como los de un niño al abrir los regalos la mañana de Navidad y, en aquellos precisos momentos, al observar de reojo su enorme felicidad, yo no podía sino congratularme por la sabia decisión que habíamos tomado al buscar una nueva vida en ese país

desconocido que me acogía, en mi primer día de estancia, con el paisaje más hermoso que nunca había contemplado.

Mientras saboreábamos sonrientes un delicioso “perico” y un refrescante jugo de lulo, observaba atentamente alrededor, como creía que hacían los viajeros experimentados, tratando de encontrar las diferencias de comportamiento entre la actitud de los muchos parroquianos que, a esa hora, tomaban café, comían o conversaban entre risas, con el de mis paisanos a la hora del taciturno café mañanero; la comparación entre la conducta casi autista en las mañanas marselesas, nada tenía que ver con aquella explosión de sonidos que transmitían fuerza suficiente como para afrontar dos jornadas al tiempo.

Leila había pedido, como postre, una ración de papaya, fruta tropical que yo no conocía e, ilusionadamente, con los ojos de una niña feliz, me la dio a probar esperando mi aprobación; a pesar de afirmar entre sonrisas que me agradaba su sabor, en el fondo me defraudó por completo ya que esperaba mucho más de aquel fruto exótico que tanto me había publicitado mi pareja; mentalmente me dije que los melones “Cantalupo” eran mucho mejores que aquella desabrida pulpa de tonos anaranjados.

Después del desayuno Leila me propuso dar un paseo por las calles y, durante algunas horas, nos dedicamos a caminar de manera pausada por el centro de Bogotá, como lo harían un par de turistas extasiados lo que, al menos en mi caso, no dejaba de ser verdad. Decir que mis ojos contemplaban aquel

entorno urbano tan diferente a los que yo estaba acostumbrado, sería incierto; la realidad es que lo devoraban.

Si la hermosa arquitectura colonial se acercaba en su concepción general a los templos y construcciones que yo había visto durante las vacaciones que disfrutamos una vez en España, tierra natal de mi padre, los rebuscados adornos, los colores vivos de sus fachadas y la luz que los rodeaba como un halo divino, las hacía radicalmente distintas. A pesar de que los edificios que estaba viendo llamaban mi atención de manera poderosa, el ambiente de la ciudad que creía adivinar, me parecía caótico, desordenado y como guinda a ese desagradable paste imaginario, la suciedad que podía verse en algunas calles no contribuía a que pudiese formarme una buena impresión del conjunto de edificios que llamaban Bogotá; pero si el aparente caos del tráfico y la evidente suciedad me impactaban de manera negativa, la gente que pasaba a mi lado, una desordenada mezcla de razas, tipos y colores conviviendo en aparente armonía, que juntos conformaban una masa eternamente sonriente, mostraba una pulcritud y un aseo personal, dentro de la evidente humildad de sus atuendos, que yo hubiese querido para muchos de mis compatriotas. Así, detestando la ciudad, pero complacido por sus pobladores, le dije a Leila que no estaría de más tomar una ducha y dormir un poco.

Ya de vuelta en el hotel, negligentemente tendido sobre la cama, mientras mi mujer tomaba una ducha canturreando un vallenato a voz en cuello, mi mente se ocupaba en racionalizar todo cuanto había visto desde nuestra llegada a Colom-

bia, intentando convencerme de que, empezar desde cero en otras latitudes, era lo mejor que podíamos haber decidido dada la difícil situación económica que se vivía en Europa; si hubiese albergado alguna duda al respecto, el excelente humor que demostraba Leila desde el momento en que pisamos tierra colombiana, la hubiese disipado por completo.

De cualquier modo, pensaba, seguir en Francia con aquella vida eternamente prisionera de las hipotecas, de los pagos pactados a futuro, recorriendo siempre la monotonía del mismo trayecto desde la costa francesa hasta Barcelona o Córcega, me había estado convirtiendo poco a poco en el ayudante de un camionero del mar, que distaba mucho de las aventuras que de niño tanto había soñado.

La gente suele fantasear con la vida de los marinos, quizás influida por la imagen transmitida vía Hollywood y televisión, de las aventuras trepidantes de quienes surcan los mares a diario. Es posible que, en el pasado, los marinos vivieran aventuras sin cuento, que tuviesen un amor en cada puerto y estuvieran hechos de una pasta especial para aguantar las largas travesías. En la actualidad, ir a bordo de un barco con todas las comodidades, en trayectos que no son demasiado largos, ha recortado las posibles aventuras hasta dejarlas en fantasías asequibles por internet; por otra parte, la facilidad de comunicación que existe hoy en día por medio de teléfonos móviles y otras ortopedias, hacen que el reporte con la familia sea diario y, por mucho que digan, ese contacto familiar reduce las ganas de iniciar aventuras amorosas con mujeres desconocidas.

En alguna ocasión he pensado que los avances científicos en lo que a genética se refiere, han evitado más de una infidelidad por parte de los marinos; pero debo reconocer que no es nada fácil buscar una aventura sentimental, o ir por el camino de la entropía, después de haber hablado con la esposa que, ni a diez mil kilómetros de distancia deja de relatar la fastidiosa cotidianidad de la familia ¿Quién puede pensar en hacer el amor después de oír que el niño mayor no hace sino jugar a la Play Station, que la mayor, que apenas ha cumplido los quince años, tiene novio y que el más pequeño ha roto la televisión de plasma?

En fin. La misma noche de nuestra llegada, después de que Leila concertase por teléfono una cita con William Restrepo, su primo el negociante, cenamos con él. Desde el primer momento se mostró muy cariñoso al darnos la bienvenida y escuchar todo cuanto quisimos contarle sobre cómo nos habíamos conocido Leila y yo, y las circunstancias que nos habían impulsado a viajar para instalarnos en Sudamérica.

Al final de una cena suculenta que se empeñó en pagar sin hacer caso de mis protestas, tras escuchar nuestras intenciones, propuso que nos hiciésemos cargo de un restaurante asador de su propiedad, cuyos beneficios repartiríamos a partes iguales; pero, como el asador se encontraba en pleno centro de Caracas, debíamos trasladarnos al vecino país, Venezuela, para tomar posesión del negocio. Bastó que Leila y yo cruzásemos una mirada para aceptar lo que William nos presentaba; su primo y yo nos dimos formalmente la mano en señal de acuerdo.

Tras una larga noche en la que visitamos varios locales de diversión, en los que Leila y su primo se hartaron de bailar alegres ritmos que yo no había oído jamás, volvimos al hotel para descansar un poco. Al día siguiente, firmamos algunos documentos que eran necesarios para hacernos cargo del restaurante y, con las llaves de nuestro futuro en la mano, las del negocio, pasamos por una agencia de viajes cercana al hotel, donde conseguimos dos asientos en el vuelo para Caracas y, a la tarde del día siguiente llegábamos a la Capital de la República de Venezuela.

Nada más llegar a Caracas, fuimos a ver el local y, preguntando en los negocios vecinos nos enteramos que aquel asador había sido cerrado por la falta de clientela; sentimos una gran decepción porque William había omitido aquello importante detalle. Fue como si el alma se nos escapara del cuerpo sin hacer ruido; pero habíamos llegado hasta ese punto y, al salir de Marsella habíamos quemado todas nuestras naves para no tener la tentación de volver: no quedaba, pues, sino seguir adelante con valentía, con fe y confianza sin sucumbir al impulso de mirar con nostalgia hacia el pasado reciente para compadecernos de nuestra mala suerte.

Y aquí estamos ahora. Leila duerme sonriente soñando seguramente en algo agradable mientras yo, atrapado en un insomnio hereje, estoy escribiendo estas líneas. Todo el esfuerzo que hemos realizado para mejorar en lo posible el local, se pondrá a prueba en unas pocas horas; los resultados nos dirán si teníamos razón o no porque, mañana, es decir dentro de un rato, se abre al público el restaurante-asador.

2

Hace varias semanas que no he podido abrir el diario, el trabajo en el asador ha sido muy intenso casi desde que abrimos, aunque estaba deseando escribir mis primeras impresiones a propósito de esta nueva manera de vivir que Leila y yo estamos aprendiendo; hoy que me siento especialmente contento, las cosas nos van realmente bien en el negocio, he decidido volver a esta crónica quizás empujado por la satisfacción de sentir que, por primera vez en nuestra existencia de pareja, el futuro se manifiesta ante nosotros magnánimo, resplandeciente y la vida nos sonrío mostrándonos su cara más amable.

Ningún comienzo es fácil y, el nuestro en el asador no ha sido la excepción, a pesar de que, en el momento en que abrimos las puertas, la gente comenzó a entrar en el local para ver qué cambios habíamos hecho en el interior.

Cuando Leila y yo creímos que el restaurante estaba dispuesto para iniciar su nueva andadura bajo nuestra inexperta dirección, abrimos al público sin demasiada esperanza de triunfar en un mundillo tan complicado como es el de la hostelería. No tardé mucho en darme cuenta de que no parecía tan difícil atraer a la clientela puesto que, para ser un buen anfitrión, sólo es necesario dispensar atención personalizada y, sobre todo, disponer de buenas materias primas que ofrecer a la clientela: resumiendo, buena carne, muy buenos profesionales, atención exquisita, música a gusto de todos y no ser tan avaricioso con las ganancias.

En el poco tiempo que lleva abierto el asador, apenas tres meses, es uno de los lugares más visitados entre los de su categoría en Caracas. Si al principio la gente de bien, la buena clientela, se mostraba reticente a visitarnos por la mala fama que había adquirido el local en su última etapa, cuando quienes vinieron para ver qué giro le habíamos dado al negocio, comenzaron a difundir el rumor de que la atención era buena, la comida excelente y el ambiente era apropiado para toda la familia, la afluencia de clientes dispuestos a dejarse unos bolívares en la caja aumentó visiblemente; pero si el incremento de parroquianos es evidentemente bueno para la cifra de negocio, también acrecienta el trabajo y, por tanto, la duración de la jornada laboral.

Las muchas horas de trabajo en el asador redujeron las de convivencia, aquello era algo obligado, lo que representaba menos tiempo para que Leila y yo disfrutáramos de nuestra compañía; pero, si al principio pensaba que esto podía resultar un entorpecimiento para nuestra relación de pareja, con el paso de los días se fue convirtiendo en un nuevo modelo de convivencia que nos permitía desarrollarnos individualmente sin la constante presión de la otra mitad del equipo conyugal.

Poco a poco, Leila y yo, nos vamos adaptando a nuestra nueva forma de vida aunque a veces ella me acuse medio en broma con un mohín personal, realmente gracioso como si estuviese haciendo pucheros infantiles, de que en ocasiones estoy demasiado embebido en mi trabajo y no puede divertirse en mi compañía tanto como quisiera; lo más que puedo hacer

en esos momentos es abrazarla, consentirla como a un bebé y prometerle que, en cuanto consolidemos el negocio, tendremos mucho más tiempo libre para nosotros.

Hay una anécdota que sí creo importante sentar en la columna del “haber” de esta especie de inventario, puesto que puede determinar mi nivel de adaptación a esta nueva vida que estoy intentando. Un día, sin darme cuenta, agarré un trozo de papaya, que por estas tierras venezolanas es conocida como lechosa y al morderla, pasada la primera sorpresa, ya no me supo a fruta desabrida sino que la encontré distinta, diría incluso deliciosa, si no me entretenía en compararla con el melón y otras frutas dulces que conocía desde mi niñez en Europa; quizás con ese detalle terminé por aprender que, el secreto de disfrutar la vida, consiste en no hacer comparaciones.

A pesar de que no he regularizado mi situación legal en Venezuela, lo que me obliga a viajar una vez cada tres meses a la frontera colombiana para sellar el pasaporte y conseguir un nuevo visado de turista, la policía no se suele meter conmigo ni acostumbra a molestarme demasiado por esta circunstancia y, ahora estoy convencido de ello, hacen la vista gorda conmigo y con mi situación ilegal.

Claro que yo no soy rácano con ellos a la hora de estirar mi mano y les invito a unos tragos regularmente, a parte de algún pequeño donativo cuando vienen a contarme sus apuros económicos, para asegurar un poco su “fidelidad”; con estos donativo creo haber hecho más fuertes a las empresas

farmacéuticas puesto que, cada vez que necesitan dinero, pretextan que uno de sus hijos necesita un “remedio” y no tienen plata para comprarlo.

Mientras tanto, la lista de clientes habituales aumenta sin cesar, cosa que a veces me hace hinchar el pecho y sentirme un poco superhombre, con lo que ahora puedo presumir de estar triunfando en un lugar donde otros, más profesionales que yo, habían fracasado.

Una de las cosas que más me gusta de este esforzado y con frecuencia esclavizador trabajo, es el contacto continuo con la gente. El hecho de ser dueño, o al menos socio, de un local de estas características, hace que las personas te vean como un amigo, como una especie de confidente capaz de escuchar las miserias que quieran contarle y, a veces, demasiado a menudo para mi mal, como un banquero que presta dinero sin interés, para solucionar pequeños problemas económicos que se presentan de manera inopinada.

Aunque con sólo molestarse en observar detenidamente a los parroquianos se podría hacer una enorme lista de clientes “tipo”, no dudo de que un sicólogo pudiera escribir una tesis sobre la multitud de caracteres diferentes, reflejo de la sociedad en que habitan y que suelen aparecer, o frecuentar, los comercios que expenden comida y licores.

Personalmente me gusta mucho conversar con el señor Flavio, un hombre muy culto que ha pasado ya la frontera de la madurez para entrar en una sabia senectud y, cuando viene

por el asador y se encuentra de buen talante, tiene a bien compartir su sapiencia conmigo de vez en cuando.

Flavio, que es un asiduo colaborador en diversos periódicos y revistas, luce su cabello completamente blanco con orgullo, como si fuese una corona de honor, dice él, y, cuando hablamos de Historia venezolana, hace hincapié en que la Campaña militar emprendida por Simón Bolívar no había sido para librar del pesado yugo español a las clases más pobres, como la mayoría de sus paisanos pensaban, sino para que los mantuanos, clase social a la que él pertenecía, no tuviese que pagar los elevados impuestos exigidos por el rey de España.

Defensor a ultranza de Francisco de Miranda, a quien Bolívar entregó vilmente en manos de los españoles, admirador de Antonio José de Sucre, quien opinaba que los militares debían dejar el mando a los civiles una vez terminada la guerra y seguidor de José Antonio Páez, por haber sido capaz de liderar a un ejército compuesto por hombres indisciplinados pero valientes hasta la temeridad, Flavio es bastante crítico con el comportamiento de Simón Bolívar, “El Libertador” y sus incomprensibles decisiones políticas.

A veces, en mitad de una conversación sobre este tema, se oyen voces, más bien murmullos, con entonación amenazante defendiendo a Simón Bolívar, voces que son cortadas de raíz por Flavio quien, sin temor a ser oído por todos, dice que muchos de sus paisanos confunden el patriotismo con el patrioterismo porque, según su opinión, cuanto menos se lee, más daño hace lo poco que se aprende.

Pero no sólo hablamos de la Historia de Venezuela, porque, en el cerebro de Flavio hay sitio suficiente para multitud de temas. Cuando hablamos de la paz, de la convivencia entre las múltiples razas y colores de piel que conforman el pueblo venezolano, tan parecida, al menos desde mi punto de vista, a la igualdad primigenia, Flavio, con mucha gracia, cita la frase que Pedro Camejo, más conocido como “Negro Primero”, le había dicho a José Antonio Páez: “En este país, negro gana a blanco sólo echando machete y halando escardilla”.

Otro de los clientes con los que suelo compartir conversación, es un tipo un poco raro que, desde el primer día que abrimos, visita a diario el asador para tomar un par de cervezas. Se llama Saúl y, aunque es caraqueño, ha vivido mucho tiempo en Colombia. Este hecho, unido a la gran admiración que siente por el vecino país, le hizo simpático a los ojos de Leila quien, tras haber mantenido breves conversaciones con él, me lo presentó una tarde; no puedo negar que sus opiniones sobre la vida me han sorprendido en muchas ocasiones por su arrasadora originalidad. Amante de la música mejicana, sobre todo de las canciones rancheras que hablan de amores machos, perdidos o malditos, le gusta tomar sus cervezas a los acordes de cualquier canción que le toque el alma.

Saúl defiende la peregrina idea de que, de vez en cuando, hay que emborracharse y sufrir con las rancheras, aunque no se esté enamorado o no se tengan penas de amores, porque eso ahorra mucho dinero en sicólogos y siquiátras; según él afirma convencido, una ranchera sustituye con ventaja a un confesor y, si Vicente Fernández hubiese nacido en el siglo

XV, el cardenal Cisneros no hubiera llegado a ser confesor de Isabel la Católica, añade con seriedad.

No cabe duda de que estoy muy contento con el desarrollo de mi vida en la actualidad. Si en la parte profesional está marchando con paso seguro hacia el éxito, en la parcela personal tampoco me da ningún motivo de quejas. La felicidad que tanto nombran los poetas, esa que termina en éxtasis, debe ser algo parecido a lo que estoy viviendo: un trabajo que me gusta, ganancias razonables que me permiten vivir sin ahogos al tiempo que puedo pagar las deudas contraídas y, sobre todo, una vida sentimental más que equilibrada.

Al principio me incomodaba un poco el hecho de que ella debiera viajar una vez cada dos meses a Colombia para entregarle las cuentas del asador a su primo William, como habíamos acordado en Bogotá cuando firmamos los papeles, desplazamiento que ella aprovechaba también para visitar a sus familiares más cercanos.

El viaje, además de ser caro y representar un gran esfuerzo físico, es muy poco seguro para ella debido a las sumas de dinero en efectivo que lleva encima; pero debo reconocerlo: la razón más importante es que debo pasar toda una semana privado de su presencia.

Ahora, una vez que he logrado acostumbrarme a esta circunstancia, no me molesta tanto su breve ausencia porque, cuando Leila está de regreso en Caracas, su carácter mejora considerablemente, las sonrisas menudean y se muestra muy

contenta; al parecer, las visitas regulares a su familia, la cercanía con su país de origen y la posibilidad de viajar con frecuencia, la mantienen equilibrada, yo diría feliz, lo cual mejora mucho las relaciones de pareja.

Debo reconocer que nunca he sido un hombre especialmente inclinado a la ternura ni a las frases dulces. A veces pienso que hay en mis genes una especie de incompatibilidad, seguramente heredada de mi padre, con las caricias y la declaración pública de los propios sentimientos.

Por una vez soy capaz de expresar en voz alta que amo a Leila con toda mi alma y agradezco mil veces al destino que nos pusiese en el mismo camino para compartir vida, sueños y sentimientos.

Parece ser que sólo me decido a escribir algo en este cuaderno cuando me siento feliz o recibo una gran alegría; debe ser que, inconscientemente, sólo quiero atesorar momentos felices para mi vejez, dejando para siempre a un lado las dificultades diarias y los pequeños problemas cotidianos que requieren soluciones urgentes o prosaicas.

Definitivamente, desde que estamos en Caracas al frente de este negocio, la vida me va mucho mejor que bien; incluso me atrevería a decir sin temor a errar que todo marcha de manera excepcional para nosotros, como compañeros de trabajo y también como pareja; quizás por esa razón, vuelvo a profanar estas páginas con mis impresiones personales.

Sucede que Leila volvió de uno de sus viajes a Colombia y me dijo que su primo William, muy complacido por la manera que tengo, bueno, que tenemos, de dirigir el asador que nos confió, quería hablar conmigo ya que, vistos los excelentes resultados económicos conseguidos en Caracas, él había pensado iniciar un nuevo negocio, también en sociedad con nosotros, que, de marchar del modo en que él suponía, podía proporcionarnos a todos muchos beneficios.

Tras una larga conversación telefónica que mantuve con William, en la que no escatimé alabanzas hacia la tarea que estábamos realizando en el asador-restaurante, nos citamos los

dos en Caracas para discutir los pormenores de la nueva empresa que él tenía en mente, sobre la que, por mucho que insistí, no quiso soltar prenda; al parecer, por lo que llevo visto hasta el momento, el primo de Leila es un hombre que habla poco y no es comunicativo en exceso, lo que indica que, por fuerza, debe reflexionar mucho antes de dar una opinión.

Tras los abrazos de rigor y la obligada visita guiada al negocio para que William pudiese observar las mejoras que habíamos realizado en el local, nos sentamos los tres para tomar un zumo de frutas y comentar las ideas que teníamos para desarrollar en el futuro con vistas a que la clientela, y las recaudaciones, aumentasen.

Aunque nos escuchó atentamente, William no disponía de mucho tiempo para permanecer en nuestra compañía porque, según él mismo confesó, otros asuntos de suma importancia reclamaban su atención en esos momentos. Para que pudiese acudir a las citas que había concertado, decidimos cenar solos los dos en el Restaurante Vulcano, cerca de la plaza Francia, para poder charlar con tranquilidad al tiempo que degustábamos algunas especialidades gastronómicas italianas a las que, el primo de Leila era muy aficionado.

Amedeo, uno de los socios del restaurante “Vulcano”, que también era cliente asiduo de nuestro local, nos saludó con una amplia sonrisa y, después de haberle presentado a William como mi socio, tuvo la agradable deferencia de instalarnos en una mesa de situación privilegiada.

Durante la cena, a la que no asistió Leila por haberse quedado encargada en el asador para vigilar la perfecta marcha del negocio, ambos comentamos lo bien que marchaban los asuntos económicos, y el inmejorable rumbo que le estábamos dando a un negocio que habíamos sabido resucitar después de muerto y enterrado; tras los postres, William soltó la carga de profundidad que traía en su cabeza: me propuso la compra de un pequeño barco de recreo pagándolo, eso sí, a partes iguales, para utilizarlo en el transporte de turistas y preparar algunas rutas de recreo que nos permitiesen ofertar viajes organizados por el hermosísimo Parque Nacional Mochima.

He de aceptar que, mientras estaba escuchando atentamente las explicaciones de William, mi mente sin freno volaba muy alto, acunada por las siempre adoradas imágenes de aventuras, tesoros, marinos y piratas, que me acompañaron en mis tardes infantiles tanto como en mis noches juveniles.

No puedo remediarlo; cada vez que alguien habla de mar, de navegación, descuelgo del armario de la memoria el uniforme infantil de capitán de piratas, y disfrazo con él mi imaginación para viajar a lugares todavía por descubrir. En aquel momento, sentado a la mesa de un lujoso restaurante, la perspectiva de cambiar las cuatro paredes de un asador por el infinito horizonte marino, mudar en mis ropas el olor a humo de leña por la limpieza del aire salobre durante los mágicos amaneceres caribeños mil veces soñados, la simple posibilidad de tener al alcance de la mano, al menos en parte, mis sueños infantiles y, sobre todo, la íntima convicción de que a la orilla del

mar Leila sería dichosa, me hizo completamente feliz predisponiéndome a favor de aceptar el proyecto de William.

Mecido por aquellos pensamientos agradables, casi sin darme cuenta de lo que hacía, consentí con la proposición de William tendiéndole una mano franca que él estrechó para sellar el acuerdo; decidimos no hacer contrato porque ya existía suficiente confianza entre nosotros como para no depender de papeles firmados y autenticados ante notario, además de que él adelantaba el dinero que yo no tenía con la única garantía de haber demostrado con mi trabajo en el asador que podía ser un hombre válido para su proyecto turístico. Tras pagar la cena, nos despedimos con un caluroso abrazo, no sin antes ponernos de acuerdo para hablar por teléfono a menudo; a partir de entonces, nuestras comunicaciones debían ser mucho más frecuentes puesto que, si bien yo era el encargado de hacer todo lo necesario para la adquisición del barco, él ponía el dinero y debía aprobar mis decisiones.

Como él no pudo pasar a despedirse de Leila, William debía continuar viaje enseguida para atender a otros negocios que exigían su presencia, me vi en la agradable obligación de ser yo quien le comunicase la decisión que su primo y yo habíamos tomado sin estar ella presente.

Si en un momento dado albergué alguna duda con respecto a la reacción de mi compañera al saber que cambiaríamos de residencia, de trabajo y que debíamos mudarnos a la orilla del mar, sus agudos grititos de alegría incontenible, la es-

pecie de baile tribal que interpretó dando saltitos sincopados en pleno comedor del asador sin importarle la presencia de los clientes y el beso a tornillo que me regaló ante los parroquianos que, por cierto, me dejó sin aliento, me informaron de que había tomado la decisión correcta cuando acepté liderar el proyecto propuesto por William.

Si las cosas marchaban la mitad de bien que lo había hecho el restaurante-asador, muy pronto estaría en condiciones de saldar la deuda con el primo de Leila y de comenzar a guardar un dinero que nos permitiese disfrutar con plenitud de la madurez feliz que se adivinaba en nuestro futuro.

La ubicación que habíamos elegido para fundar el negocio, en plena bahía de Cochaima, nos había parecido la más adecuada para que los objetivos que nos habíamos marcado, se cumplieran totalmente sin demasiadas dificultades. Todo esto que le expliqué a mi compañera, la llevó a un estado de beatitud que yo no le había conocido hasta entonces; su gran sonrisa iluminaba el local y, contrariamente a su costumbre, invitó a una ronda general para todos los presentes.

Después de una frenética noche de amor que Leila me regaló para demostrarme que su felicidad no era en absoluto fingida, pasamos varios días tasando el negocio para traspasarlo, haciendo inventario y liquidando los finiquitos del personal que trabajaba con nosotros para que, quien se hiciese cargo del asador, no tuviese excusa alguna para rebajar el precio que pensábamos exigir.

Cuando tuvimos todo preparado, empezamos a correr la voz de que deseábamos deshacernos del negocio para marcharnos de Caracas. Al poco tiempo se presentó un inversor portugués, que andaba a la caza de restaurantes para administrar, quien se interesó por las condiciones del traspaso.

Hasta ahora la vida me ha regalado la oportunidad de haber conocido mucha gente de diferentes carices y, a pesar de no ser un reputado experto en el mundo de la hostelería, me atrevo a sostener que no hay nadie en el mundo tan terco, tan porfiado y testarudo como el bendito portugués que pretendía hacerse con el traspaso del restaurante-asador.

Primero nos visitó como poco una veintena de veces, habló personalmente con nosotros en otras tantas ocasiones y nos hizo, sin exagerar, medio centenar de llamadas telefónicas para que le repitiésemos las condiciones que habíamos marcado.

En todas y cada una de las oportunidades, al final, pedía una rebaja en el precio del fondo de comercio, que según su opinión estaba sobrevalorado, y que nosotros no estábamos dispuestos a conceder; pero viendo que no había manera humana de que modificásemos a la baja nuestras pretensiones, el muy ladino, cambió de táctica.

A partir de ese momento, nos visitó llorando una veintena de veces, habló con nosotros personalmente, lagrimeando, en otras tantas ocasiones y nos hizo, como poco, otro medio centenar de llamadas telefónicas en tono suplicante. En todas y cada una de las oportunidades, al final, pedía una rebaja en

el precio del fondo de comercio, ya que él no disponía en ese momento de fondos suficientes pues era un pobre trabajador, rebaja que nosotros no le hicimos; pero viendo que no había manera de convencerlos, pagó la cantidad exigida, no sin antes hacer un último intento en compañía de una mujer de aspecto ordinario y unos niños con una fachada de higiene dudosa para movernos a compasión.

El resultado final de aquel calvario fue que, después de toda aquella historia teatral que había montado con el único objetivo de conseguir una rebaja, el portugués pagó una buena cantidad de dinero por el traspaso del restaurante.

Como hasta entonces Leila y yo habíamos vivido de alquiler en un apartamento amueblado cercano al local, no teníamos más que hacer las maletas para dejar definitivamente atrás aquella hermosa fase de nuestras vidas. Una vez que se acordó el traspaso y toda la documentación del asador estuvo firmada y en orden, volamos a Puerto La Cruz y, desde ahí, tomamos un taxi que nos llevó a Santa Fe, pequeño pueblo de pescadores, donde pensábamos residir, que recibía una buena afluencia de turistas ya que se encontraba en pleno Parque Natural Mochima.

Nada más llegar nos alojamos a la orilla de la playa en la Posada Café del Mar, que Flavio nos había recomendado, con cálidas palabras, antes de nuestra despedida en Caracas. Durante los pocos días que permanecemos en la posada, los justos para encontrar una vivienda de alquiler que se adaptase a nuestras necesidades, hice una buena amistad con Mat-

thias, el alemán que era copropietario del pequeño hotel-restaurante; la otra mitad de la sociedad era Magalis, su mujer: una hermosa morena que enseguida trabó relación amistosa con Leila.

Matthias, feliz de poder ayudar a un paisano europeo, era el orgulloso propietario de un peñero construido totalmente con madera, y fue quien me informó de las gestiones que debía realizar para comprar un barco de turistas y ponerlo a trabajar con mínimas garantías de obtener algunos beneficios. Cuando le pregunté a Matthias por qué razón su peñero estaba construido en madera y no en fibra o aluminio, me contestó que, si el peñero se rompe, la madera flota y el aluminio se hunde sin remisión.

Tras disfrutar de unas pequeñas vacaciones tan breves como merecidas, gozando de algunos atardeceres irrepetibles en compañía de Leila mientras saboreábamos buen ron con agua de coco y comíamos peces recién salidos del mar, comencé la tarea, totalmente nueva para mí, de buscar una embarcación que se ajustara a nuestro proyecto y, sobre todo, al presupuesto del que podíamos disponer.

Es cierto que William se había ofrecido para adelantar la parte del dinero necesario para comprar el barco, en el caso de que no me alcanzase para sufragar la mitad que me correspondía con lo que tenía en mi poder; pero una especie de orgullo mal entendido, posiblemente heredado de mi padre junto a la incapacidad congénita para dejar que mis sentimientos aflorasen, me empujaba a valerme por mí

mismo puesto que, según el punto de vista que yo defendía salvajemente ante Leila, bastantes favores le debíamos ya a su primo como para permitir que, además de todo lo que nos había ayudado, tuviese que adelantar nuestra parte en la inversión.

A pesar de conocer algo sobre barcos, gracias al poco tiempo que había pasado navegando en el Mediterráneo, y sobre todo a lo que había oído comentar a los patronos en los puertos, decidí apalabrar un barco, tripulación incluida, matriculado en Puerto la Cruz y bautizado como “Cormorán I”, que cumplía casi todos los requisitos para la ocupación que pensábamos darle; pero antes de adquirirlo, como la nobleza obliga, le hice unas cuantas fotografías, se las mandé a William y, sólo cuando éste dio su visto bueno vía telefónica, fui al puerto y lo pagué.

Estudí detenidamente las prestaciones que ofrecía el “Cormorán I”, tracé sobre un mapa las rutas turísticas más adecuadas en las que debíamos utilizarlo, comencé a repartir publicidad por todos los hoteles de la zona, labor en la que Leila se mostró especialmente activa, y para resolver las pocas carencias de la embarcación que habíamos adquirido, lo tuve en dique seco durante algún tiempo.

Me dediqué a mejorarlo, a remodelarlo a mi gusto, para que fuese mucho más cómodo para los pasajeros y, por ende más rentable; pero algunos dueños de barcos turísticos de la zona no parecían especialmente contentos con la idea de que alguien, un extranjero además, les hiciese la competencia en

sus aguas jurisdiccionales, y comenzaron a lanzar toda una serie de bulos, alimentando rumores sobre fallas inexistentes, con objeto de ahuyentar a las agencias de viajes que se interesaban por las condiciones económicas de nuestros recorridos turísticos.

Uno de los más activos en ese sentido, el de desprestigiar nuestro proyecto, era el hijo del dueño del hotel “Siete Delfines” quien, desde el primer momento, comenzó a poner todas las trabas posibles e imposibles a nuestras aspiraciones de entrar en el negocio del turismo marítimo.

Comenté con Matthias aquella desagradable circunstancia, que tanto comenzaba a preocuparme, ya que él conocería mucho más que yo al individuo en cuestión; el alemán se deshizo en improperios contra el tipo, me contó una historia rocambolesca a propósito de la construcción de una Marina con puerto deportivo incluido y me aconsejó que tomara las riendas del asunto puesto que, en caso contrario, si dejaba que al principio me perdieran el respeto, nunca podría dedicarme al turismo en aquella zona.

Era la primera vez que debía enfrentarme a un machismo, a una territorialidad mal entendida, que parecía obligar, a quienes no tenían más de un dedo de frente, a defender “su” territorio personal, ante los supuestos ataques de los extranjeros; por lo visto, sólo los mediocres tienen miedo a que alguien, venido de otro lugar, ponga en peligro sus puestos de trabajo, sus mujeres o sus negocios.

Una mañana temprano, mientras Leila y yo desayunábamos tranquilamente en el “Oasis Café”, apareció el niño del “Siete Delfines”, hablando en voz alta con el dueño, sin dirigirse a mí en particular, pero insinuando amenazas si “alguien” intentaba llevar adelante la peregrina idea de entrar de lleno en el negocio del turismo marítimo.

Nadie puede imaginarse el enorme esfuerzo que para mí supuso el aguantar las baladronadas de aquel pavoso mequetrefe con pretensiones de buceador profesional; pero cuando ya no pude más y me levanté para pedirle educadamente que se callara, en lugar de moderar su ofensivo lenguaje, echó mano de su vocabulario más despreciable para tratar de amedrentarme, o de ponerme en ridículo delante de todas aquellas personas para demostrar quién sabe qué superioridad.

Una niebla roja me cubrió los ojos y sólo recuerdo que la conversación terminó, de manera brusca, radical diría yo para no faltar a la verdad, cuando puse fuera de combate al niño aspirante a hombre recetándole, por vía epidérmica, un cabezazo marsellés, de orígenes claramente portuarios, marca “La Joliette, modelo Sábado Noche, talla XXXL”, que dio con él por tierra, acompañando a su prestigio y a su prepotencia.

En otras latitudes de clima mucho más frío, quienes son los encargados de velar por el orden público, la paz social y la apacible convivencia, seguramente me hubiesen molestado por aquella acción violenta, extemporánea, ejecutada a la vista de todo el mundo en un local popular; los inflexibles agentes de la policía de Santa Fe sólo me aconsejaron que

procurase no ser tan contundente la próxima vez, que intentase sujetar un poco mis nervios y, después de aceptar unos refrescos, se despidieron amablemente de mí sin más observaciones ni reprimenda alguna, mientras el cabo se embolsaba unos miles de bolívares que luego, al menos eso supongo, repartiría con sus compañeros en la tranquilidad del puesto policial.

Es posible que muchos de los habitantes de la vieja Europa, o de los que viven en los modernos EEUU, no entiendan la mecánica escondida en el lado lógico de los míseros sobornos que aceptan algunos policías en estas latitudes; pero para poder opinar con pleno conocimiento de causa, es preciso saber varias cosas. En principio es obligatorio decir que los sueldos tan menguados que cobran de la Administración, los obligan a vivir en casas humildes, a veces misérrimas, teniendo como vecinos, y a veces como compadres, a quienes delinquen por sistema u ocasionalmente para poder sobrevivir en lugares en los que el trabajo no es un bien necesario sino un tesoro raro que debe conservar, a toda costa, quien tenga la suerte de ser contratado por alguien.

No es que pretenda defender a los funcionarios que aceptan por sistema el soborno para no ver los delitos que cometen los ciudadanos, nada más lejos de mi intención; pero nadie que no esté en su pellejo, que no viva sus existencias personales con las dificultades que arrastran por sus penosos salarios, puede juzgar a quienes lo hacen. Normalmente, quienes se atreven a opinar de manera axiomática, pontificando con sus opiniones, suelen ser personas que lo hacen

adoptando palabras ajenas ya que caminan por la existencia sin mirar a los lados para aprender y sin conocer nada más allá de la mediocre realidad de su vida cotidiana.

Dejando a un lado el tema de los sobornos, que recordaré en mi vejez como una solución extrema para sobrevivir en una sociedad hostil que no los tiene en cuenta, vuelvo al tema por el que he abierto el cuaderno; además, para finalizar, si los políticos y los Jefes de Policía se corrompen para enriquecerse ¿qué de raro tiene que sus subordinados lo hagan para poder dar de comer a sus familias?

Una vez que el “Cormorán I” estuvo fondeado, refulgente al sol como una joya de mucho valor, en la bahía de Cochaima, tomé posesión de él como si fuera el capitán-armador más importante del mundo y sus alrededores; es posible que Onassis y Niarchos se revolvieran en sus tumbas al ver mi orgullo pero, yo, me sentía como nunca.

Me presenté yo mismo a la reducida tripulación, compuesta por un capitán y un marinero. El “Capi”, como es conocido por todos el ahora capitán del recién repintado “Cormorán I”, es un hombre que ronda el medio siglo de existencia, casi siempre a bordo de algo que flote, muy experimentado en la navegación de bajura y un gran aficionado al ron de caña, cuanto más fuerte, mejor; el marinero, llamado Reynaldo, cuya piel compite en color y brillo con la noche más oscura, es muy alto, de musculatura fibrosa y siempre lleva consigo un cuchillo de grandes dimensiones colgado del cinturón, como si fuera a salir de caza en cualquier momento.

Como no podía ser de otro modo, según yo lo llevaba planeando durante semanas, el primer viaje, esta misma noche, lo hemos hecho Leila y yo para estrenar la embarcación, con la excusa de comprobar las prestaciones de la embarcación y la valía de la tripulación, como si fuésemos clientes privilegiados de la empresa turística.

La verdad es que, si pienso que la tripulación es mucho más experimentada que yo y que el barco es uno de los mejores de su clase en esta parte de la costa caribeña, todo eso de la prueba sólo era una burda excusa para descorchar con mi pareja una botella de champagne francés que había comprado a un precio exorbitante, a la luz de la luna tropical.

Quizás fue la enorme luna que presidía el cielo o el dulce murmullo de las olas en los costados de la nave; el caso es que con la copa de champagne en la mano, mirándome en los ojos profundos de Leila, he vuelto a revivir aquella imagen soñada un sábado noche en un “Bar-Tabac” de Marsella, en la que yo me vi como un aventurero trotamundos y ella como la princesa india de un exótico puerto todavía por descubrir.

Pasado mañana, cuando por fin iniciemos nuestra primera singladura comercial llevando turistas de paseo, y con ella nuestra andadura oficial en esta nueva tarea, pondremos la primera piedra de un edificio que, si todo va bien, será el que nos acoja en los últimos años de nuestras vidas; las próximas páginas del diario, si es que algún día las escribo, serán las que digan si mis ilusiones se han cumplido por completo.

4

He releído la página anterior antes de ponerme a escribir mis impresiones en el cuaderno; aunque los asuntos del barco van bien, no están tan encarrilados como había creído en un principio pero, en general, no podemos quejarnos de cómo han empezado a funcionar los negocios.

La actividad del turismo en esta zona no es en absoluto comparable a la que tradicionalmente se realizaba en la zona del Mediterráneo mientras yo estuve embarcado con el barco de carga, ya que aquí, en la zona de Puerto la Cruz y Cochaima, si no se consiguen contratos con las distintas agencias de viajes que traen turistas, todo consiste en llegar el primero al embarcadero y disputar, a voces, los clientes a otros barcos que se dedican a lo mismo que nosotros.

No puedo negar que el griterío de los voceadores llamando la atención de los turistas, unido al enorme movimiento de personas a primera hora de la mañana, le dan un toque aventurero al muelle; pero también es cierto que este falso desorden fomenta, a la hora del primer café matutino, no pocos enfrentamientos verbales, cuando no alguna pelea a puño limpio, entre los voceadores y los tripulantes de las distintas embarcaciones.

Hasta en ese detalle, el del respeto impuesto por la fuerza, que no habíamos tenido en cuenta, a pesar de que ahora reconozco su importancia, hemos tenido bastante suerte por-

que la fama de su habilidad con el cuchillo, el tamaño de su cuerpo, la agilidad felina con la que se mueve y, sobre todo, la mirada penetrante y fría de Reynaldo, el marinero del “Cormorán I”, tienen la virtud, cuando se unen al mismo tiempo que una copa de ron, de frenar en seco a los patrones de barco que protestan por lo que ellos definen como nuestras frecuentes intrusiones en sus negocios particulares; nada de eso: mucha envidia es lo que nos tienen.

La pura verdad, y no es por echarme flores, ni adularme más que lo hacen a mis espaldas los competidores, es que las mejoras hechas al “Cormorán I” no sólo han convertido a la nave en un lugar muy cómodo para viajar, sino en un medio de navegación más veloz que el resto de la competencia; unos pequeños detalles accesorios, como lo son alguna ligera colación ofrecida a bordo, bebidas frías a disposición del pasaje y un buen puñado de ofertas turísticas con rutas que van desde Santa Fe a Mochima, a la isla Cachicama, a Isla Mono o la Isla de Plata, además de pequeños viajes a la Piscina del Mar, paradisíaco paraje muy solicitado por las agencias de turismo, o alguna excursión por encargo a lugares que los turistas eligen, han hecho del “Cormorán I” en estos momentos, uno de los barcos más solicitados de la zona, a pesar de las continuas protestas de nuestros principales competidores.

El único problema que podía preocuparme en estos momentos, que si debo ser sincero no me agobia en absoluto, es mi actual situación de residente ilegal ya que, a pesar de todo lo que voy avanzando en los negocios, todavía no me he

molestado en regularizar mi situación en Venezuela; ya se sabe, vas dejando las cosas de un día para otro hasta que, al final, las soluciones provisionales se convierten sin darnos cuenta en definitivas: Vaya; “provisional pa’ siempre”, que se dice por aquí.

Por si mi despreocupación en este sentido no fuese suficiente lacra para que regularice mi situación, un hecho fortuito me puso en contacto con la persona que me está sacando las “patas del barro”. Desde hace algún tiempo ya no es necesario que viaje fuera del país para mantener vigente mi visado de turista ya que un miembro de la DIEX, ciertamente un poquito corrupto como lo soy yo al pagarle, que viaja a Santa Fe con mucha frecuencia, se lleva mi pasaporte a Caracas cuando es necesario y me lo devuelve convenientemente sellado a cambio, como podía esperarse, de una cantidad razonable de dinero en efectivo para paliar las frecuentes “enfermedades” de sus hijos a fuerza de “remedios” que a buen seguro no comprará por la sencilla razón de que, a lo peor, ni tiene niños.

Leila sigue viajando con frecuencia a Colombia para entregar personalmente las cuentas a William, su primo además de nuestro socio principal, quien, por otra parte, siempre se muestra encantado con la manera que tengo de administrar nuestro barco y me alienta invariablemente para que vaya pensando en ampliar el negocio de turismo.

A veces pienso que a William, cuando piensa en mí, le gusta imaginarme cómodamente sentado detrás de una gran mesa

de caoba, manejando desde allí una flota de embarcaciones dedicadas al turismo, flotilla que, por otra parte, no sé si yo estaría dispuesto a formar y dirigir si eso supone abandonar la mar, la navegación entre las islas cargado de turistas que terminan la jornada con la piel color de gamba cocida, y el modo de vida que disfruto plenamente en compañía de Leila, mi pareja y la bendición de mi existencia.

La verdad es que mi vida transcurre plácidamente entre los viajes con turistas y los nocturnos, encabritados a veces, sa-raos playeros que, casi a diario por no extenderme en la frecuencia, convierten las plácidas sombras nocturnas de Santa Fe en una enorme fiesta con hogueras elevando sus pavesas al cielo tropical; pero todo esto tiene un pago que, a no tardar mucho, puede ser muy peligroso para mí: La abundancia de mujeres europeas, sexualmente liberadas, disfrutando de sus vacaciones, el ron que corre como agua en las fiestas, las comilonas y los bailes a la luz de la luna ofrecidos en honor a los turistas que nos contratan, a veces me ponen en la disyuntiva de ser fiel a Leila, o no serlo en absoluto.

Siendo la carne tan débil, en ocasiones me veo “obligado” a mantener con las turistas relaciones muy íntimas; diría amorosas pero no me atrevo a calificar de ese modo al “aquitepilloaquitemato” empleado para esos encuentros físicos.

Recapitulando un poco, ellas, las turistas que vienen solas a disfrutar de sus vacaciones, se encandilan con este francés, morenazo de ojos dorados que, además, es patrón de un barco en el Caribe y, como es sabido en todo el mundo, las

mujeres europeas tienden a humedecerse en el trópico debido a los calorones y al bochornoso clima al que no están acostumbradas en absoluto.

Entre que las damas quieren darse un revolcón conmigo, como arquetipo del macho aventurero capitán de barco en el Caribe para que el recuerdo del “pimpampum” les caliente sus ateridos huesos en las frías tardes invernales de una Europa bajo cero, y que yo ando todo el día con los ojos perdidos en mórbidas redondeces, porque ponga la mirada donde la ponga siempre me encuentro con metros cuadrados de piel al descubierto, más o menos roja, más o menos arrugada, más o menos bronceada, la continencia carnal, la castidad monacal a fuerza de sufrimiento, son unos extraños conceptos filosóficos o morales de difícil cumplimiento.

Sólo espero, por el bien de la pareja, que Leila no se entere de nada porque, para mí, sería muy difícil explicarle que estoy viviendo uno de mis sueños infantiles y, en el caso de que consiguiera decírselo, ella no lo aceptaría jamás.

Cambiando de tema, los jugosos beneficios que nos rinde el “Cormorán I” pueden calificarse, si los comparamos con los que recibe la competencia, como realmente espectaculares; desde hace tiempo algunas agencias de viaje, sobre todo europeas, incluyen en sus paquetes de vacaciones paseos en nuestro barco por lo que, prácticamente todos los días, debo salir a navegar y ya, en mi mente, constantemente acuciada por los generosos comentarios de William que Leila me transmite a la vuelta de sus viajes o él mismo hace cuando

hablamos por teléfono, acaricio en silencio la idea de comprar un segundo barco en el momento en que terminemos de pagar el “Cormorán I”, para lo cual ya no falta mucho tiempo.

La otra noche, una de las pocas que en los últimos tiempos he podido pasar en casa, le comenté a Leila lo que pensaba a propósito de ampliar nuestra flotilla a dos barcos, para saber cuál era su opinión al respecto, haciendo hincapié en que de aquella manera podría pasar mucho más tiempo con ella puesto que ya no saldría a navegar sino de vez en cuando.

Después de pensar lo que le acababa de comentar durante unos instantes, como si estuviera sopesando mi propuesta para dar su respuesta, se mostró encantada con el proyecto, feliz diría yo; me animó a que pusiera en práctica aquel plan y luego me lo agradeció como mejor sabe: Enrollándose a mí, rodeando mi cuerpo hasta el amanecer con la intensidad de una liana asesina, como un bejuco abraza a un árbol.

William, que parece tener un sexto sentido para adelantarse a todos mis pensamientos, a veces parece como si alguien le dijese al oído cómo van a producirse los acontecimientos, me comunicó por mediación de Leila, recién llegada de su último viaje a tierras colombianas, que se le había ocurrido una buena idea para acelerar el proceso de pago del barco y liquidar de golpe la deuda que habíamos contraído; pero, cuando le pregunté a mi compañera cuál era la solución, sólo me dijo que su primo no le había dicho nada.

Intentando aclarar aquel punto, llamé a William y, parco en palabras como siempre, me dijo que, para hablar de ello con plena libertad él deseaba que nos reuniésemos los dos en Caracas, aprovechando que, en próximas fechas, debía viajar a la capital venezolana. Acepté de buena gana su proposición y, en la fecha fijada me puse en camino.

Si el viaje de ida hacia Caracas había sido rápido y feliz, algo inquieto por lo que fuera a comunicarme William, no puedo decir lo mismo de la vuelta a casa; la reunión con el colombiano me había sumido en un mar de dudas y, después de mucho pensar, no estaba seguro de si Leila debía saber todo lo que habíamos hablado su primo y yo.

La propuesta que me hizo consistía, abreviando mucho todo lo que me estuvo contando durante la cena, en que yo podía hacer con el “Cormorán I” un par de viajes a la isla de Aruba llevando azúcar, refrescos solubles y bebidas de cacao en polvo que eran muy cotizadas ya que, tanto allí como en Curaçao, había gran escasez de estos productos.

En resumen William me dijo que, con sólo un par de viajes, podía sacar lo suficiente como para pagar la deuda que había contraído con él y me quedaría más que suficiente para depositar en efectivo la entrada de un barco mayor; incluso dijo tener noticias, me aseguró la fiabilidad de sus fuentes y yo le creí, que vendían una embarcación en Panamá, perfectamente ajustada a nuestras necesidades y, al parecer, estaba muy bien de precio. Aunque la idea de comprar un barco mayor era algo que me seducía, el hecho de convertirme en un contraban-

dista, en un fuera de la Ley, aunque fuera de inocuos productos dulces, me hacía sentir un poco inquieto.

William me convenció de que, aunque técnicamente se trataba de contrabando, en realidad la única ilegalidad que iba a cometer era el impago de impuestos por lo que, en caso de ser sorprendido por las autoridades de la isla, sólo podrían confiscar la mercancía y condenarme al abono de una pequeña multa en metálico. Al final, pudo más el afán de aventura, las imágenes soñadas durante la infancia y el recuerdo de los marinos bronceados por los soles de los siete mares que yo había visto en el puerto de la Joliette mientras trabajé como docker, que la cordura; esta me aconsejaba el quedarme tranquilo porque todo llegaría a su debido tiempo y la otra me empujaba a vivir una aventura excepcional.

De cualquier manera, pensé ¡a la mierda con todo! Estaba en el Caribe, tenía un buen barco bajo mi mando, junto con una excelente tripulación, y la vida estaba hecha para ser vivida sin impedimentos así que, un poco de aventura, pensé entonces, no me haría daño; pero no terminé de definirme con claridad ante William y prometí que le llamaría muy pronto para hacerle saber mi parecer.

Al final, como ya he anotado antes, me decidí a comentar el asunto con Leila, más que nada para conocer su opinión antes de dar mi respuesta a su primo; para mi sorpresa, cuando terminó de escucharme, se mostró encantada con la idea. Visto el cariz que tomaban las cosas, tras disponerlo todo para el

viaje, llamé a William para decirle que me iba a Panamá, a Ciudad Colón, con objeto de ver el barco que él me había dicho. Le dije que estaba decidido a seguir su consejo y a realizar algunos viajes a las Antillas Holandesas, con los productos solubles que había comprado para transportarlos.

William, después de asegurarme que yo, según su opinión personal, estaba haciendo lo correcto, lo mejor para progresar en los negocios, me propuso que, si no era demasiada molestia para mí, iba a enviarme una cierta cantidad de dinero para que yo se la entregase en mano a uno de los socios que él tenía en la población panameña de Ciudad Colón; ¿cómo iba a negarle un favor tan pequeño a quien, hasta este momento está haciendo tanto por mí y por Leila? Hubiera sido una marranada por mi parte.

Pocos días más tarde, mientras estaba viendo cómo el “Capi” y Reynaldo baldeaban la cubierta del “Cormorán I”, se presentó un hombre en el embarcadero y me entregó un paquete, de parte de William. Cuando el personaje se hubo marchado caminando dificultosamente por la arena, abrí el sobre y comprobé asombrado que contenía ochenta mil dólares en billetes de baja denominación.

Aunque en principio me quedé totalmente sorprendido de que William me confiara una suma de dinero tan abultada, estaba tan obsesionado con la compra del nuevo barco que, apenas unos minutos más tarde, ya había olvidado por completo los ochenta mil dólares junto a mis resquemores, embullado como estaba con el viaje a Panamá.

Los preparativos para mi viaje a Ciudad Colón, se han hecho de manera rápida, nunca apresurada, pero, evidentemente, han sido mucho más lentos de lo que yo hubiera deseado; mañana muy temprano salgo para el aeropuerto de Caracas, en donde tomaré un vuelo hacia Panamá para cumplir el encargo de William y, sobre todo, para echarle el ojo a ese barco del que, a pesar de haber visto solo algunas fotografías enviadas por el colombiano, me ha robado totalmente el sueño; no lo he visto flotar sobre la mar pero, una imagen a todo color, ha sido más que suficiente para enamorarme de esa embarcación hasta el mismo tuétano.

5

Recién llegado de mi viaje a Ciudad Colón me pongo a escribir afanosamente en el diario para poder anotar todo lo que estoy sintiendo en estos momentos y para no olvidar ningún detalle ni obviar los pensamientos que pasan por mi cabeza; en realidad estoy exultante de alegría por la hermosa embarcación que he visto en la dársena del puerto.

Si el largo viaje hasta Panamá se me hizo un poco largo por la preocupación que me producía el entregar al socio de William, alguien a quien yo no conocía ni de vista, la gran suma de dinero que el primo de Leila me había confiado, la vuelta a casa en avión se me ha pasado casi volando, nunca mejor dicho, impaciente como estaba pensando en la enorme alegría que Leila tendría al saber que, muy pronto, un nuevo barco se sumaría al “Cormorán I”; pero en el fondo, aunque no quiera admitirlo, hay algo que me preocupa profundamente: el aspecto del socio que el primo William tiene en Panamá.

Llegué en taxi, desde el aeropuerto, al hotel Panamá City en el que tenía reservada una habitación. Tras una ducha rápida para mitigar el enorme calorón que hacía del ambiente una esponja empapada en agua caliente, bajé hasta la cafetería del hotel y me dispuse a esperar pacientemente a la persona a quien debía entregar el dinero; aún no habían tenido tiempo para servirme el gigantesco zumo de fruta natural que había pedido, cuando un hombre de mediana edad, y también de siniestra catadura, tomó asiento a mi lado y, mostrando una

gran sonrisa, me sobresaltó al preguntarme, en voz baja, si yo era el primo de William. Al contestarle de manera afirmativa con un gesto de la cabeza, me tendió la mano amigablemente y, tras estrechársela, inició una conversación banal sobre la enorme humedad que hacía insoportable la ya elevada temperatura; ¡como si no fuera evidente que el calor reinante a esa hora sería capaz de hacer que las piedras del desierto se pusiesen a sudar!

Lo que menos me apetecía en aquel jadeante momento era discutir sobre meteorología porque, mi más íntimo anhelo, era entregarle al tipo los ochenta mil dólares de una vez para que se fuera y me dejase en paz; en la primera oportunidad que tuve, un corto silencio de mi forzoso acompañante debido a mis largos silencios, le entregué disimuladamente el sobre con el dinero para dar así por concluida la entrevista.

El hombre, tras contar con rapidez el dinero que contenía el sobre, pareció entender que ya estaba de más en la cafetería y, sin hacer intención siquiera de pagar las consumiciones, se levantó lentamente del asiento, me saludó con un guiño, se dio la vuelta, supongo que para enseñarme el florido diseño que combinaba chinos con flores en la parte posterior de su camisa y se dirigió hacia la calle con paso de bailarín salsero; ya sólo me separaba de la visita al barco la llamada de aquel hombre dando el visto bueno a la carga del material que posteriormente sería recibida en Colombia, hecho que se produjo a la mañana siguiente cuando ya me disponía a salir en dirección a Ciudad Colón, contraviniendo todas las recomendaciones que William me había hecho, para

ver el barco que pensábamos adquirir en cuanto tuviésemos el dinero necesario para hacerlo.

Después de recibir la llamada del hombre asegurando que todo había ido bien, me puse en contacto telefónico con William para referirle lo que su socio me había dicho y respondí a las preguntas que me formuló con respecto a la breve entrevista mantenida con el hombre de la camisa imposible, la noche anterior en la cafetería del hotel, cuando le entregué el sobre con el dinero; al parecer, el primo de Leila, estaba muy interesado en saber qué me había contado su asociado respecto a los negocios que tenían entre ambos y, al confesarle que no me reveló la naturaleza del comercio al que ambos se dedicaban, cambió radicalmente de tema y me preguntó, con una voz tranquila, si había ido a visitar el barco.

Le dije que estaba esperando terminar aquella conversación con él para acercarme a verlo y, de manera casi paternal, me regaló unos consejos que él creía importantes a la hora de adquirir una embarcación de segunda mano, seguramente con la intención de que los siguiese al pie de la letra.

Mi impaciencia era tal que, nada más colgar el teléfono, pedí in taxi que me llevase hasta Ciudad Colón para reunirme, por primera vez en mi vida, con el barco que me había deslumbrado desde el primer momento en que vi su hermosa silueta flotando en el cartón de una fotografía.

La embarcación, brillando bajo los rayos del sol, como una brasa en mitad de la noche, era lo más parecido a una mara-

villa flotante, con la pintura en perfecto estado de revista, de exposición estaría mejor dicho, y los visibles metales centelleando de puro limpios.

Subí a bordo tremendamente emocionado y, si escribo que acaricié la borda como quien toca a una mujer a la que se ama profundamente, no miento en absoluto; el barco, cuyo primer dueño había bautizado como “Shark”, se metió en mi sangre como un veneno letal que, en pocos minutos, latía en mis venas con una cadencia machacona, como si me estuviese diciendo al oído: cómprame, cómprame, cómprame.

Hablé con el encargado de la venta quien, tras guiarme en un recorrido por la sala de máquinas, los camarotes, la zona de carga y el puente de mando, se deshizo en alabanzas, por otra parte muy justificadas, hacia la nave que oscilaba levemente bajo nuestros pies al compás del agua. Para no mostrar mi gran entusiasmo, cosa que hubiese elevado considerablemente el precio final de compra, dije que, para lo que precisábamos, el barco era un poco grande y que, en el caso de que decidiésemos adquirirlo, tendríamos que hacerle algunas reformas para adecuarlo a las necesidades de nuestro negocio turístico.

Aunque el capitán no puso muy buena cara cuando le dije que lo consultaría con mi socio y le daría la respuesta en dos semanas, después del segundo ron que pagué en un bar cercano, estaba dispuesto, no sólo a esperar quince días, sino a no venderlo hasta pasados tres meses, y, cuando íbamos por la media botella de añejo, me prometió por su vida, con la

lengua anudada por el rudo alcohol de caña, que por tan sólo cien dólares, sería capaz de esperar cuanto fuese necesario ya que, el “Shark”, el barco que él cuidaba con tanto esmero según sus palabras, no podía tener otro dueño que yo.

Recién Llegado Santa Fe, excitado como estaba, le di la buena noticia a Leila sobre el impresionante aspecto del barco y su posible adquisición, pero guardé para mí la mala impresión que me había producido el socio de William; no quería preocuparla con mis impresiones particulares, aunque las ideas que me rondan por la cabeza desde el momento en que hablé con él, no son nada tranquilizadoras y un sexto sentido me avisa de que, el tipo de Panamá, no es trigo con el que pueda hacerse un buen pan.

Ahora ya no falta más que estibar todas las mercancías que transportaré a la isla de Aruba, en donde encontramos por medio de William, ¡cómo no!, un comprador que pagará la mercancía en efectivo cuando desembarquemos la carga; la descarga del material se llevará a cabo, posiblemente a finales de la semana próxima en un paraje arenoso, bastante solitario por cierto, que está situado en la punta noreste de la isla, cerca del faro California, en la zona de Arashi.

6

En los momentos más difíciles de la vida, esos que invaden nuestra existencia sin tomarse la molestia de llamar a la puerta, o pedir permiso para destrozarnos el futuro, uno puede llegar a pensar: Hasta este punto he podido aguantar, todo lo que me sucede es inaguantable, es totalmente imposible seguir adelante; pero siempre que aparece un peldaño más frente a nosotros, se consigue encontrar la energía suficiente que nos permite hacer el esfuerzo necesario para subirlo.

La capacidad de resistencia del ser humano parece ser infinita; y lo es siempre que se tenga la ilusión suficiente, la fe y la capacidad mental de abrir una ventana donde las puertas se cierran con un golpetazo brutal.

En un cuerpo de élite, como es el de los paracaidistas, en el que hice mi servicio militar, en muchas ocasiones llevan a los soldados hasta el extremo de la resistencia física y síquica, para que, cuando se encuentren ante situaciones difíciles, sepan reaccionar sin dudas; quizás le debo a esa parte del durísimo entrenamiento, el no haber caído en una espantosa depresión porque, lo que acabo de vivir, clama al mismo cielo.

Aunque hubo un momento en el que estuve tentado de tirar todo por la borda y cambiar de residencia, de ciudad o de país, por no ser posible cambiar de planeta, al final se impuso la fuerza de voluntad y el ansia de seguir en la pelea.

Estoy íntimamente amargado, brutalmente dolido sería una expresión más exacta, por la perversidad que parece imperar en el mundo, concretamente en los alrededores de mi mundo personal y, sobre todo, por la maldad de quienes, a sabiendas de que causan mucho dolor, no ven obstáculo moral alguno cuando de dañar al prójimo se trata.

La felicidad que atesoraba en el alma por nuestros pequeños triunfos cotidianos en el negocio del turismo, el orgullo de saber que estaba haciendo las cosas bien, que aún podía mejorar la situación en un futuro cercano y, por encima de cualquier otra consideración, la estabilidad amorosa que había alcanzado con Leila, se han ido al garete, sin siquiera despedirse, en el espacio de unas pocas horas.

La operación de las bebidas solubles para la isla de Aruba se saldó sin ningún tipo de problemas, tanto durante la travesía, que fue casi un paseo en medio de un paisaje de calendario con clase, como en el momento decisivo de la descarga; los beneficios que nos había rendido la mercancía vendida, convertidos todos ellos en hermosos dólares con la verduzca efigie de Benjamin Franklin, brincaban de alegría en mi bolsillo esperando ser utilizados.

Comprendo, no soy tan estúpido como para no hacerlo, que no está bien dedicarse al contrabando pero, de todos modos, casi da risa, si es que no causa vergüenza ajena, el decir que la mayor parte de la mercancía prohibida que fue vendida en las antiguas posesiones holandesas, estaba compuesta por fardos de Cola Cao y Tang con sabor a frutas tropicales.

El caso es que, una vez entregada la mercancía cerca del faro California, y cobrado el importe en su totalidad, nos dirigimos navegando tranquilamente, sobre una mar lisa como el pavimento pulido de un palacio de hadas, bajo un cielo claveteado de puntos brillantes, en dirección a la bahía de Cochaima, llegando a Santa Fe sin contratiempos dignos de mención, salvo el nerviosismo que me produjo contemplar en el horizonte, cómo dos nubes se enfrentaban lanzándose rayos que iluminaban sus algodanosos interiores.

El recibimiento que Leila me hizo al verme entrar en la casa, fue del todo espectacular y, aquella misma noche, después de la cena romántica que le ofrecí, seguida de un paseo descalzos por la arena de la playa, todavía tibia a esas horas, ella me demostró, más que nunca, cuánto me amaba.

Mientras hacíamos lentamente el amor, en medio de un total silencio tan sólo roto por nuestros afanosos jadeos, mirándonos al fondo de los ojos como si fuera la primera vez que nuestras pieles se unían, nos sobresaltaron unos gritos de alarma que despertaban a los vecinos y rompían la noche en millares de pequeños trozos hirientes.

A pesar de la fuerte resistencia que una Leila sobreexcitada hacía para que me quedara con ella, salté de la cama para ver qué sucedía, me asomé a la ventana y mi alma golpeó con ruido sordo contra el suelo al desprenderse de mi cuerpo: en medio de un indecente resplandor rojizo que iluminaba tétricamente la hermosa noche caribeña, el “Cormorán I”, abandonado a su desgracia, ardía de proa a popa.

Me puse apresuradamente el primer traje de baño que encontré y salí de casa a la carrera mientras Leila, en la ventana, se tapaba la cara con las manos para no ver aquel espectáculo infernal que se ofrecía, casi de manera obscena, a la curiosidad de todos los habitantes de Santa Fe.

Cuando llegué sin aliento a la orilla de la playa, tanto el “Capi” como Reynaldo, el marinero, trataban de abordar un bote que les permitiera llegar al barco para luchar contra las llamas; sin poder articular ni una palabra, me uní a ellos para guerrear contra el fuego con el único medio del que disponíamos: lanzando a la cubierta todo el agua del Caribe por medio de grandes cubos plásticos salidos de quién sabe dónde.

Mientras duró la pugna en aquel pequeño infierno en que se había convertido el “Cormorán I”, creo que me quejaba, sin advertirlo, con sonidos parecidos a los de los cachorros que duermen agitadamente, y me esforzaba al máximo para ganar terreno al incendio.

Las llamas buscaban el cielo con una fuerza arrolladora y, por momentos, me parecía estar en las mismas puertas del Averno intentando hacer que Satanás retrocediera; tratando de evitar el contacto directo con el fuego, me acercaba cuanto podía al casco de la embarcación despreciando el chisporroteo que, de vez en cuando, podía oír al socarrarse mi cabello.

Como alucinado por la danza salvaje de las llamaradas que nacían de la embarcación, multiplicaba mis esfuerzos para

hacer llegar toda el agua que podía hasta la cubierta; por momentos estaba tentado de abandonar aquella pelea desigual en la que el fuego llevaba las de ganar, pero una fuerza venida desde lo más interno de mi ser me impulsaba a seguir firme en mi pulso contra uno de los elementos más indomables de la naturaleza: El fuego sin control.

Fui consciente de que íbamos a vencer, cuando parte de la popa quedó libre de llamas; una vez que el “Capi”, Reynaldo y yo pudimos poner los pies en la cubierta ennegrecida del barco, ayudados por los numerosos vecinos del pueblo que habían llegado con barcas para acercarnos los cubos llenos de agua salada, pudimos hacernos dueños de la situación, finalmente, y extinguir la hoguera por completo cuando, por el lado de Occidente, se advertían ya las primeras luces rosadas del alba queriendo romper la oscuridad.

Un sucio amanecer cargado de nubes, afeado además por el humo grisáceo que seguía saliendo con machacona insistencia de la proa del barco, puso de manifiesto los daños que sufría el barco; afortunadamente para todos nosotros, no eran tan graves como habíamos supuesto en un principio a tenor de las llamas que envolvían al “Cormorán I”.

Un par de horas más tarde, sentado en la arena de la playa con los pies en el agua, meditaba en lo que podía haber causado el incendio cuando el “Capi”, me mostró un trozo de plástico azul, irreconocible y casi derretido, que había rescatado de la cubierta carbonizada. Aquel tipo de plástico, que parecía pertenecer a un recipiente rígido de los que se usan para

llevar combustible, no era de nuestro barco puesto que, las pimpinas que utilizábamos eran de color blanco.

Intrigado, levanté los ojos hacia el “Capi”. Su mirada me lo dijo todo sin necesidad de palabras: El incendio que había dañado una parte de la embarcación, había sido provocado intencionadamente por alguna mano criminal que deseaba nuestra ruina. Agaché la cabeza para que nadie pudiese observar el rictus de rabia que me contraía los músculos del rostro; justo entonces decidí que no podía quedarme para siempre sentado en la arena lamentándome por lo sucedido.

La sangre me dio un áspero vuelco en las venas cuando me incorporaba trabajosamente, vencido, fatigado después de la lucha nocturna contra el fuego, para dirigirme a cierto hotel de la playa y, caminando por la arena con la cara pálida y el gesto triste, vi llegar al individuo del “Siete delfines” quien, como adelantándose a las preguntas que pugnaban en mi garganta por salir, un con gesto de la mano, me decía que él no había tenido nada que ver con el incendio del “Cormorán I”.

Miré de reojo a Reynaldo y al “Capi” quienes, al unísono, me demostraron con su actitud calmada que debía creerle; con un gesto ampuloso, intenté que fuese generoso y sólo resultó falsamente teatral, le tendí la mano para reafirmar una inestable paz que, según todas las apariencias él no había roto.

Desmoralizado, tiznado y dolido, llegué a casa y abracé a Leila que, una vez repuesta de la desagradable sorpresa que había interrumpido nuestros escauceos amorosos, había asumido la

realidad con mucha más entereza que yo y, sobreponiéndose a la cruda realidad, buscaba soluciones urgentes a la situación que nos esperaba.

Después de ordenar mis ideas bajo el frío torrente de la ducha, llamé por teléfono a William para ponerle al corriente de lo que había sucedido durante la noche y de los daños que el fuego había causado en el barco. El colombiano, tras un largo silencio en el que creí adivinar una rabia apenas contenida, suspiró profundamente y dispuso que los beneficios obtenidos en el viaje de Aruba los utilizase para reparar el “Cormorán I” y que, mientras los arreglos del barco se llevaban a cabo, si me parecía bien, podía hacerle el favor de llevar más dinero a su socio en Panamá; estaba tan confuso en esos instantes que acepté sin pensarlo dos veces y, para cuando mi mente se encontraba en plenas condiciones de reaccionar, para poder decirle que no pensaba hacerlo, ya estaba de nuevo alojado en el hotel Panamá City.

Tras un viaje del que apenas tuve noticia por estar embebido en negros pensamientos que giraban siempre alrededor del “Cormorán I” en llamas, bajé a la cafetería, como en la ocasión anterior, para esperar al socio de William. La entrega del dinero se produjo sin novedad; me encontraba tan triste, tan deprimido, que ni la horrorosa camisa que llevaba el hombre, pudo mejorar mi estado de ánimo.

Al día siguiente, cumplimentado el protocolo de recibir la llamada telefónica avisándome que la estiba de la carga había sido hecha, y el preceptivo aviso al primo de Leila, salí en di-

rección a Ciudad Colón para hacerle una visita al “Shark”. En plena contemplación de la embarcación sobre las aguas, una belleza de ensueño, me dio la impresión de que el destino se burlaba amargamente de mí; en lugar de “Shark” podía estar mirando al “Mother Fucked of Seven Seas”, porque cada vez estaba más lejos de mi alcance.

Una vez en casa, tuve la enorme satisfacción de ver que el “Cormorán I” ya estaba en condiciones de navegar y, para evadirme por completo del enorme disgusto que me había causado el atentado contra la embarcación, delito del que todavía no se conocía al autor, me puse manos a la obra en el negocio turístico apostando en la tarea de conseguir clientes todo el empuje que todavía me quedaba.

Los días se fueron sucediendo sin grandes diferencias entre unos y otros, lo que hacía de mi existencia una línea plana, gris, sin altibajos; pero la situación económica que teníamos ya no era la misma de hacía unas semanas: A causa del dinero invertido en la reparación del barco y las pérdidas sufridas por no poder salir a navegar con grupos de turistas, me había ido enterrando hasta el cuello, de manera paulatina, en un cúmulo de obligaciones y deudas.

Una noche en la playa, contemplaba cómo un mar casi sin olas lamía tiernamente la arena; pensé que me encontraba justamente en la situación que había llevado al suicidio al armador marsellés que me había contratado apenas dos años atrás. Sentí un escalofrío al pensar que ya habían pasado más de cien semanas desde que pusiera por primera vez los pies

en el continente americano porque, desde mi punto de vista, el tiempo había transcurrido a una velocidad endiablada.

Mientras fumaba el enésimo cigarrillo del día, trataba de encontrar una solución a todos los problemas económicos que debíamos enfrentar en los próximos meses y, tras mucho meditar, pensé que debería realizar algunos viajes más a la isla de Aruba para conseguir algunos beneficios que desahogaran nuestra maltrecha economía; el único problema era conseguir dinero para comprar un nuevo cargamento.

Tras una noche de insomnio, decidí llamar por teléfono a William y éste, tras escuchar las razones que esgrimí con mucha vehemencia, al final se decidió a prestarme el dinero necesario para acometer de nuevo la empresa del peligroso contrabando de chucherías y bebidas solubles.

La vida, que a veces nos acorrala en un rincón del ring para golpearnos con saña, parece darme una nueva oportunidad puesto que mañana, si nada lo impide, salgo con las bodegas del “Cormorán I” cargadas hasta los topes de cacao y fruta en polvo, con destino a la isla de Aruba, para repetir esa especie de contrabando descafeinado que me permitirá salir de las deudas más urgentes; pero esta vez no quiero dejar nada al azar.

Escarmentado por el incendio del barco, he decidido, para este segundo viaje, asegurarme contra un posible incidente a bordo del “Cormorán I”. Tengo muy claro que el incendio no fue fortuito y, como medida preventiva de seguridad, por

si quien le prendió fuego al barco me busca las espaldas de nuevo en Aruba o en Cochaima, he contratado a tres policías de Santa Fe quienes, vestidos de paisano, pero armados con sus revólveres reglamentarios, podrán custodiar el barco en Aruba mientras se lleva a cabo la operación del cobro de la mercancía, y de vuelta en Cochaima velarán por la seguridad de la nave organizados en turnos.

Esta vez no habrá sorpresas.

7

¡Qué hijos de puta! Esto ya va mucho más allá de la mala suerte para convertirse una verdadera conspiración contra nosotros, contra nuestro negocio de turismo, orquestada cuidadosamente por alguien que busca afanosamente, con tozudez, la ruina total y definitiva de nuestra empresa.

La desesperación que me invade en estos momentos es tanta que, al no poder desahogarme con nadie como yo quisiera, me he inclinado por escribir estas pocas líneas; el dolor que me atraviesa el pecho impidiéndome respirar, la rabia que me ahoga y la impotencia al saber que nada puedo hacer para evitar lo que ya es pasado, son tan brutales que de seguro no pertenecen a este mundo; ningún ser humano que tenga los pies sobre este planeta abandonado de la mano de dios, puede sentirse tan desgraciado, sin terminar muriendo de pena, como me encuentro yo a la hora de garrapatear mi más oscuro y triste padecimiento encima del papel en blanco.

El negocio de Aruba se realizó sin complicaciones; ambas operaciones, la entrega y el cobro de la carga se desarrollaron a la perfección y, como estaba tan contento por el magnífico desarrollo de las maniobras, me dirigí con el “Cormorán I” hacia Oranjestad para llamar por teléfono a Leila; se mostró tan ilusionada al conocer las buenas noticias que, durante algunos minutos, proyectamos unas pequeñas vacaciones para disfrutarlas cuando volviera a casa.

Como era de obligado cumplimiento también llamé a William para ponerle al corriente de mi modesto triunfo; tenía el orgullo herido por el incendio del barco en Santa Fe, casi tanto como por el dinero que tuvo que adelantarme y quería, de alguna manera, reivindicarme ante el primo de Leila.

William me escuchó con talante tranquilo; creo que me lo imaginé sonriente al otro lado de la línea. Después de felicitarme efusivamente por el éxito alcanzado, me aconsejó que descansáramos todos en Oranjestad aquella noche y, para premiar sus esfuerzos, invitase al “Capi”, a Reynaldo y a los tres policías, a una buena juerga en un conocido local de la ciudad, al parecer propiedad de un conocido suyo con el que mantenía relaciones comerciales; en el colmo del desprendimiento, se veía verdaderamente contento, me dijo que no pagase nada porque él, personalmente, llamaría al dueño para hacerse cargo de la totalidad de la factura.

Llegamos muy alegres al restaurante que William nos había indicado, nos presentamos al dueño, que por cierto ya nos estaba esperando, y tomamos asiento en una mesa que estaba preparada de antemano, con todo lujo de formalidades y delicadezas, para nosotros seis.

Tras una magnífica cena, en la que brindamos varias veces por el éxito de nuestra empresa, al grito unánime de “borracho no come dulce, y si come lo vomita”, nos saltamos el postre para pasar directamente a los licores, dando buena cuenta de alguna que otra botella de tequila. Cuando ya íbamos a salir del local camino a otros lugares de diversión, posiblemente

mucho menos sanos que un restaurante cerca del embarcadero, me llamó el dueño del local para decirme que, si pensábamos zarpar al día siguiente y no teníamos demasiada prisa para llegar a nuestro destino, podía ofrecirme un buen negocio.

Escuché lo que tenía que decirme y, sin dudar, acepté la proposición que me hizo. Por lo visto las cosas volvían a salirme bien; el pulso de mi vida retomaba la cadencia habitual que se había roto durante algún tiempo. No sólo había llevado a buen puerto la transacción de las bebidas solubles sino que para mi mayor alegría, por mediación del dueño del local en el que acabábamos de cenar, también había conseguido que un grupo de turistas españoles de paso por Aruba, dirigidos por dos guías venezolanos, contratasen nuestro barco para navegar, durante toda una semana, hasta las costas Venezuela.

Aquel viaje turístico, con el que no contaba al salir de Santa Fe, nos reportaría una buena suma de dinero que, si bien no acababa con todos nuestros problemas, al menos nos sacaría de apuros momentáneamente. Por una extraña asociación de ideas, de esas que no puedes explicar el por qué, me vino a la mente un dicho que mi padre utilizaba a menudo en su lengua materna: El castellano. “Dios aprieta; pero no ahoga”.

Mientras el barco zarpaba en dirección este-sudeste con destino a la isla de Los Roques y más tarde seguir viaje hasta Margarita, lugar en el que terminaba el periplo turístico de nuestros pasajeros, me sentía realmente feliz cargando en el

bolsillo el confortable peso de los billetes conseguidos en Aruba y la abultada cantidad percibida gracias al servicio contratado por los turistas que habían alquilado el “Cormorán I” para toda una semana de navegación.

¡Por fin todo volvía a funcionar en mi existencia como lo había hecho hasta entonces!, al menos desde que había puesto los pies en Sudamérica. La vida tenía de nuevo ese color suave, amable, casi cursi diría yo, que me permitía caminar otra vez por la existencia con la sonrisa a flor de labios. El sol iluminaba plenamente mi camino vital despejando las dudas y los temores que me habían atenazado el alma durante algún tiempo. Al parecer podía seguir escribiendo las páginas de mi historia, de mi leyenda personal, sin más problemas. Al menos así lo pensaba en esos plácidos momentos; pero la vida me esperaba escondida, afilando sus garras más hirientes a la vuelta de la esquina, para darme un grave revolcón.

Ya habíamos superado por completo el largo de Bonaire y pasábamos navegando a velocidad moderada frente a las costas de la Isla de las Aves, muy cerca de su lado más meridional, en una noche hermosa y calmada, como la de una postal pedante; el cielo, sin siquiera el rastro de una sola nube, aparecía decorado por millones de puntos brillantes mientras que la luna iluminaba a duras penas el horizonte, que en esos momentos parecía tener una textura aterciopelada, jugando con un mar liso como una losa de mármol pulido.

Yo fumaba apoyado en la borda pensando en que todo se iría arreglando poco a poco, mis ilusiones trataban de con-

vencerme que todo retomaría su curso habitual aún antes de lo que pensaba, mientras los turistas dormían en sus literas ajenos por completo a la belleza de la mar en calma. Mis especulaciones, quizás deformadas por el peso de los billetes que abultaban el bolsillo de mi pantalón, giraban en torno a la idea agradable de que aún teníamos muchas expectativas de poder recuperarnos antes del fin de año; aquella esperanza, aquella forma de ver las cosas que hubiera sido impensable algunos días antes, hacía que me sintiera razonablemente feliz.

Cerca del puente de mando los guías turísticos, junto a los policías que nos protegían, comentaban gesticulando y hablando de manera ruidosa los últimos resultados del béisbol. El irónico enfrentamiento verbal, cargado de bromas y juegos de palabras ácidos, arreció entre caraquistas y magallaneros, como siempre que se encuentran forofos de ambos equipos; mientras los seguidores del Caracas defendían el histórico palmarés de su equipo, los “turcos” del Magallanes trataban de ridiculizar a sus contertulios en una disputa, rellena con corrosivos comentarios, que no tenía fin.

A pesar de que me encontraba distraído escuchando la alegre algazara de aquellos hombres, un destello en la superficie del mar, posiblemente un débil reflejo de la luna, llamó de manera poderosa mi atención justo por un momento; pero cuando fijé bien la mirada en el lugar en el que creía haber divisado el leve centelleo luminoso la primera vez, me pareció distinguir, a la luz tenue de la luna, la silueta de una pequeña nave que se acercaba a nosotros desde la Isla de las

Aves, navegando en dirección a nuestra posición a gran velocidad, casi sin ruido, dejando una leve estela tras de sí.

Cuando quise avisar al “Capi” de lo que acababa de ver, todas las luces del “Cormorán I” se apagaron al unísono y, como si se hubiesen puesto de común acuerdo, los motores, con un acceso de tos tísica, cesaron de empujar la embarcación hacia su destino.

Un silencio profundamente brutal, plagado de amenazas indefinidas se instaló en el barco anulando, de un solo golpe, la fantástica belleza de la noche caribeña; tan sólo algunas tímidas olas golpeando rítmicamente el casco del barco, se atrevían a romper aquella inesperada quietud, que daba la impresión de ser tan pesada como el plomo.

Una barca de mediano tamaño se emparejó al “Cormorán I” y, a penas un instante después, subían a bordo ocho hombres fuertemente armados, pertrechados como para declarar la guerra contra un pequeño país; cuando pude reaccionar, una vez superada la sorpresa que me había causado la aparición del grupo, busqué afanosamente con la mirada a los policías que venían con nosotros con objeto de pedirles ayuda; pero cuando pude verlos fue para encontrarme con una sorpresa desagradable ya que dos de ellos estaban siendo encañonados por uno de los guías turísticos que habían subido en Oranjestad.

En medio de un paisaje que tan sólo unos momentos antes era idílico, el impresionante silencio que nos rodeaba, denso

como un pozo lleno de mercurio caliente, le ponía una nota salvajemente tétrica a esa escena alucinante que yo creía, en aquellos momentos, parte de una pesadilla de la que no tardaría mucho en despertar.

Mientras el otro supuesto guía, ahora sé que no aquellos hombres no eran profesionales del turismo sino piratas de la peor calaña, empujaba a los somnolientos turistas hacia la bodega del barco, en medio de la noche sonó un disparo que nos tomó por sorpresa a todos; el eco del estampido roló bajo las estrellas hasta quedar colgado de la luna poniéndonos a todos la piel de gallina.

Como si fuese una película reproducida en cámara lenta, pude ver, entre sorprendido y horrorizado, cómo el otro policía al que tenía encañonado uno de los presuntos guías, perdía parte de la tapa craneal en una asquerosa explosión que lanzó al aire salpicaduras de hueso fragmentado y masa encefálica, cayendo muerto sobre la pulida cubierta.

Aquel disparo que había hecho estallar la noche en pequeños trozos hirientes que se desparramaron por la cubierta del “Cormorán I” hiriéndonos a todos, pareció poner en marcha una espeluznante película de terror, escrita por un guionista sicópata, cuya banda sonora parecía haber sido compuesta por el mismo demonio, con pedazos del horriblo fragor de una batalla y los estertores agónicos de personas injustamente ejecutadas; a pesar de que todos parecían moverse lentamente, al menos ante mis ojos, la verdad es que aquello no duró más que unos pocos minu-

tos, convertidos en eternos cada vez que recuerdo aquella espantosa escena.

De pronto, como si alguien hubiese dado la señal de partida para un combate brutal, como si la banda imaginaria de aquel batallón de asesinos hubiera tocado a deg, ello, en todo el barco al mismo tiempo se desató una tormenta salvaje, atroz, de gritos, disparos y carreras de gente que no se dirigía hacia ninguna parte en especial. La confusión de aquel momento no puede ser comparada a nada que hubiera visto hasta entonces; a pesar de haberlo intentado en repetidas ocasiones, mi pensamiento y mi memoria no pueden todavía precisar los movimientos exactos de cada uno de los protagonistas, incluido yo mismo.

Reynaldo y el “Capi”, mucho más experimentados en esas lides violentas, se habían parapetado fuertemente en el puente de mando del barco y hacían fuego con unos viejos revólveres, de los que yo mismo desconocía la existencia, contra aquellos piratas que intentaban hacerse con el pleno dominio de nuestra embarcación; pero los asaltantes eran muy superiores en número, además de emplearse con una agilidad pasmosa, y en muy poco tiempo la balacera se había terminado de un solo golpe, tal como empezó.

Cuando el silencio volvió a tiranizar la noche apretándola con sus aceradas garras, nuestro buen Reynaldo, el bravo marino color de noche oscura, yacía muerto de un balazo en el pecho sobre el puente de mando, al lado del “Capi” quien, a su vez, trataba de contener la abundante hemorragia que surgía de su hombro izquierdo; por parte de los asaltantes, tres

de sus cuerpos yacían en posturas increíbles, como muñecos rotos, igual que marionetas a las que de pronto les hubiesen cortado los hilos que las manejaban. Sus compañeros de abordaje los miraron con cruel indiferencia, como quien observa un montón de fardos inútiles; se les notaba acostumbrados a ese tipo de situaciones, y, tras cogerlos por la manos y los pies, los balancearon sobre las borda, arrojándolos al mar sin demasiadas contemplaciones.

Sin haber podido reaccionar por la velocidad a la que se estaba desarrollando todo, me vi de pronto rodeado por el resto de los piratas exigiendo a voces que les entregase todo el dinero si quería continuar respirando; para salvar mi vida y la de los pasajeros, les entregué todo cuanto había ganado en esos días maldiciendo entre dientes el no haber tenido la idea de esconderlo antes en algún rincón del barco.

Cuando los ladrones volvieron a su embarcación llevando consigo, además de mi dinero, las cámaras, los pasaportes y todo cuanto de valor llevaban los turistas en sus equipajes, sólo el motor de la nave asaltante alejándose hacia el norte, de nuevo en dirección a la Isla de las Aves, rompía neciamente el sanguinario silencio de una noche que, habiendo comenzado como el sueño de un hada en el Edén, se había convertido en la pesadilla trágica de un demonio neurótico.

Una vez solos, recuperada mi capacidad de reacción, en primer lugar me ocupé de cubrir a nuestro buen Reynaldo con una lona, para evitarnos a todos la sangrienta visión de su cadáver, después me aseguré de que el “Capi” podía valerse

por sí mismo en el puente de mando; por último bajé a la bodega para liberar a los turistas, encender el generador y poner en marcha los motores.

En el reducido cuarto de máquinas, cuyo suelo estaba sorprendentemente lleno de aceite derramado, me encontré con la desagradable sorpresa de que el cuerpo de otro de los policías estaba al lado de los motores literalmente cosido a balazos; se habían ensañado con él de tal manera que, cuando lo fuimos a levantar, parecía un muñeco desarticulado, como si fuera de alguna clase de algodón excepcionalmente sucio y pesado.

Quien no haya tenido la mala suerte de encontrarse en una situación parecida, no puede ni siquiera imaginarse la cantidad de sangre que contiene un cuerpo humano; los tan comentados cuatro litros y medio que nuestro corazón bombea de manera incansable por nuestras venas y arterias, según nos enseñan en la escuela, parecían campar a sus anchas por el suelo, elevados a la enésima potencia, sin mezclarse con el aceite.

Después de poner en actividad todos los mecanismos del “Cormorán I” y calmar a los pasajeros con un trago de café muy caliente con ron puro de caña, me aislé durante unos momentos en la proa, recibiendo el viento en el rostro, para tratar de poner en orden mis confusas ideas.

Es cierto que había oído hablar con cierta frecuencia de estos asaltos en mar abierta pero no podía explicarme

cómo habían elegido nuestro barco si, especialmente en aquellas aguas, navegaban barcos de turistas con mejores botines que el que nos habían robado; seguramente alguien había informado a los piratas de que yo llevaba encima una buena cantidad de dinero en efectivo.

A pesar de la preocupación que me causaba el asalto sufrido, y el enorme desánimo al saberme de nuevo arruinado, en aquellos dolorosos instantes, pude darme cuenta de que faltaba uno de los policías que había contratado en Santa Fe. Pensé que formaba parte del grupo de los asaltantes, lo que explicaría el hecho de habernos elegido como víctimas del abordaje, o que los piratas se lo habían llevado con ellos a guisa de rehén o, como última posibilidad, lo habían matado arrojando después su cadáver al mar; sólo días más tarde, cuando el policía volvió a Santa Fe y pude mantener una conversación con él, supe lo que en realidad le había sucedido.

Al parecer, cuando el agente se dio cuenta de que nosotros llevábamos las de perder en aquel abordaje violento y que los asaltantes habían matado a sus dos compañeros, comprendió que no saldría nunca con vida del barco si continuaba a bordo. Amparado por las sombras, me contaba con los ojos húmedos por el recuerdo de aquellos angustiosos instantes, bajó a la sala de máquinas y agarró uno de los bidones de aceite que había para usarlo en los motores, lo vació por el suelo y, aprovechando un descuido de los delincuentes, saltó al mar por la borda con el bidón vacío, cerrado, a guisa de boya flotante, como único apoyo para salvar su vida; después de permanecer tres días a la deriva, cuando

ya el agente había perdido todas las esperanzas de sobrevivir, fue encontrado por una embarcación que le rescató y le llevó hasta el puerto de La Guaira.

Nuestra llegada a la bahía de Cochaima fue lo más triste que yo haya vivido jamás. La sensación de haber sido, una vez más, derrotado por un destino esquivo, teñía de luto la mañana caribeña ocultando un sol que, para el resto de los mortales, iluminaba el paisaje con fuerza.

Los vecinos, que ya conocían lo que nos había sucedido en alta mar con los piratas, nos esperaban distribuidos en grupos por la playa y abrían filas respetuosamente a mi paso, en silencio, dándome cariñosas palmadas en la espalda para tratar de comunicarme su comprensión, para demostrarme su apoyo incondicional y tratar de inyectarme ánimos en mi decaída esperanza; aquella gente humilde mostraba la grandeza de su alma, la limpieza de sus sentimientos, la magnanimidad de su respeto hacia nosotros, manifestándome su solidaridad con la presencia de todos los habitantes sobre la tibia arena.

Una vez en casa, todo el peso del universo se apoyó en mis hombros hundiéndome en la desesperación más profunda; roto por dentro, sin futuro, arruinado, no pude hacer otra cosa que abrazarme a Leila y dejar que un torrente desbordado de lágrimas amargas mojara su pecho.

Sí; gemí. Lloré durante muchas horas, cobijando mi dolor; quizás también mi supuesta cobardía por no haber sabido conservar nuestro dinero, y lo hice en aquellos tiernos brazos

que no cesaban de acariciarme; sollocé sin ruido por mi pasado, por mi presente y, sobre todo, por el incierto futuro que nos esperaba, si es que alguna vez podíamos levantar cabeza después de aquella serie de infortunios que, desde hacía algún tiempo, parecían perseguirme sin dar una ligera tregua para que pudiese reponerme entre una y otra.

Lloré como lo hacen los hombres más desesperados, como los condenados a muerte en la víspera de su ejecución: Sin lamentos violentos ni espasmos dolorosos, derramando en cada lágrima un poco de la fe perdida y un trocito de esperanza en un mañana que no sabía si deseaba afrontar.

No sé en qué momento me quedé dormido, posiblemente todo aquel agotamiento acumulado, toda la tensión nerviosa que había estado arrastrando durante semanas, al final pudo más que el dolor lacerante que me taladraba los rincones más escondidos del alma; pero lo cierto es que cerré suavemente los ojos sobre el hospitalario pecho de Leila, aunque no puedo decir que descansara. Un cúmulo de horribles pesadillas plagadas de piratas, de sangre derramada y cuerpos destrozados salpicaron con profusión las horas que permanecí, ahora lo sé, no dormido sino totalmente inconsciente, en una especie de coma profundo que me sacó de la vida durante algunas horas.

Tras declarar en la Capitanía de puerto de Puerto La Cruz y presentar la obligatoria denuncia por los hechos acaecidos durante el asalto al “Cormorán I”, que habían costado varias vidas humanas, volví a casa roto, rendido, sin nada que pu-

diese considerar de mi propiedad y con muchas deudas por pagar en un futuro inmediato.

Después de que Leila tratase en vano de consolarme con dulces palabras, con un ramillete de razones que justificaran mi vuelta a la lucha cotidiana, me recordó que debía poner en conocimiento de William todo lo sucedido para saber qué decidía su primo. La verdad es que ya lo venía pensando desde que llegué a Santa Fe y estaba retrasando el momento de hacerlo, a pesar de saber que era mi obligación; pero, en el fondo, sentía vergüenza por tener que reconocer ante William, una vez más en muy poco tiempo, que mis planes habían vuelto a fracasar.

Pasé unas horas plagadas de dudas, durante las cuales me entretuve peligrosamente en llenar mi cabeza con los más negros pensamientos, dando vueltas en redondo sin llegar a ninguna conclusión válida; al final, ante la inmediatez de la ruina total que se avecinaba, tragándome el orgullo que me quedaba como quien debe engullir un higo chumbo entero, sin pelar, me decidí a llamar al primo de Leila.

Debo reconocer que William escuchó en respetuoso silencio todo el relato pormenorizado que hice de cuanto nos había sucedido y que su respuesta, como siempre, me sorprendió. El colombiano me dijo que no debía desesperarme; desde su punto de vista, lo que me estaba pasando, sólo era una racha de mala suerte que cualquiera podía sufrir y que él estaba dispuesto a prestarme toda la ayuda y el dinero que fuesen necesarios para volver a empezar.

Definitivamente, William, es una gran persona con una enorme voluntad para ayudar. En aquella conversación también me propuso que, para conseguir algo de efectivo que me ayudase a salir de los primeros gastos, hiciese una nueva entrega de dinero en Ciudad Colón pero que, en esta ocasión, debía vigilar en persona que la carga fuera embarcada con garantías.

Se lo agradecí; muy pocas personas me han ayudado tanto y nadie me ha sacado de tantos apuros como él; en realidad no puedo hacer otra cosa que acceder a su petición.

Mañana viajo a Panamá.

8

¿Qué dios envidioso y contrahecho se está cebando conmigo para que todo me salga mal en los últimos meses? ¿Qué destino adverso me estaba reservado desde el vientre de mi madre para que cada uno de los proyectos que emprendo acabe en fracaso? Son preguntas, posiblemente sin ninguna respuesta, que de vez en cuando estallan en mi cerebro con la violencia destructora de un obús, dejando en mi alma la amargura de no saber qué hacer con la vida que me resta.

A veces culpo a la mala suerte que parece acorralarme o al destino que se ha torcido frente a mí, como castigo por algún desmán cometido; pero al final, cuando todo parece perdido, aparece la mano salvadora de William que me saca de los problemas económicos, una y otra vez, pidiendo a cambio algún pequeño favor que termina pagando con creces, como en el caso de mi último viaje a Panamá.

Si en los viajes anteriores me había remitido a poner el capital enviado por William en manos de su socio, el de la camisa imposible, en esta ocasión, para ganar un dinero que necesitaba con más urgencia de la que reconocía, también debía supervisar que la carga estuviese bien estibada en las bodegas del barco antes de pagar al capitán por sus servicios, cosa que me pareció un poco extraña al principio puesto que podían pagar el flete al recibo de la mercancía en tierras colombianas.

También es cierto que el personaje encargado de entregarme el dinero en Santa Fe me pidió que llamase a William antes de viajar a Panamá y que, éste, se mostró un poco secretista en sus razones al aconsejarme que en el muelle fiscal no pronunciase nunca mi verdadero nombre bajo ninguna circunstancia; pero ya me estaba acostumbrando a la especial forma de ver la vida en estas latitudes y, si William me decía que lo hiciese de ese modo, así lo haría, sin hacer preguntas embarazosas ni pedir razones, porque le debía demasiados favores.

Llegué al muelle fiscal de Ciudad Colón y, cuando me preguntaron quién era y hacia dónde me dirigía, dije el primer nombre y el primer destino que me pasó por la cabeza; sin hacer más comprobaciones, me dejaron pasar sin problemas, ayudado eso sí, por el hermoso billete de veinte dólares que le regalé al uniformado de guardia, a guisa de generoso donativo para “obras de caridad”.

El muelle fiscal era un lugar realmente descuidado, sucio, donde abundaban las basuras amontonadas sin concierto. Un sitio en el que convivían sin atacarse unos a otros las ratas y los gallinazos; a estas aves de aspecto desagradable, por no decir totalmente repulsivo, no las molestaba nadie porque llevaban a cabo una tarea en la que los hombres no se ocupaban nunca: esta especie de buitres eran los encargados de sanear, de limpiar el muelle de materias orgánicas en descomposición y, sin su ayuda, las miasmas suspendidas en el ambiente se convertirían en armas químicas letales.

El hedor que flotaba en el aire, casi irrespirable, era inhumano, atroz, se pegaba a las ropas y quedaba impreso en el olfato durante días; aquel ambiente tan sucio, casi sórdido, se completaba con un muestrario de porquerías que nadaban sobre el agua del muelle irisada de aceites.

De camino hacia el barco en el que se estaba cargando la mercancía, pude ver la cantidad de embarcaciones que estaban amarradas a los muelles y supuse que cierto número de ellas habrían sido decomisadas tras detener a sus patrones por la comisión de algún delito cuya multa decidieron que no podían, o no querían, pagar.

Junto con algunos barcos de buen aspecto, podían verse infinidad de infectos cascarones construidos en diversas clases de madera, que parecían mantenerse a flote de puro milagro, con las tablazones rotas y, en su gran mayoría podridas. Los cascos de las embarcaciones, otrora orgullosas navegantes de mares turbulentos, o estaban sin pintar, o con el barniz que se caía en escamas enormes; en casi todas las cubiertas, podían observarse jergones sucios, burdamente confeccionados con tela de saco, que mostraban su maloliente relleno de paja desmenuzada por los descosidos y roturas.

Cuando llegué al barco en el que se estaba cargando la mercancía destinada a Colombia, vi al socio de William, el mismo a quien había entregado el dinero en los viajes anteriores, que no terminaba nunca de sorprenderme con su especial gusto estético a la hora de elegir sus camisas. Con un gesto

de cabeza me indicó que debía subir a bordo por una escalerilla empinada que el óxido decoraba profusamente.

Iba por la mitad de la ascensión cuando uno de los hombres que estaban en cubierta, me tendió la mano para ayudarme a subir. No sé si fue intuición o reflejos, la verdad, pero, como quien no se preocupa en absoluto, le entregué el maletín que contenía el dinero y terminé de subir la escalerilla hasta poner los pies en cubierta; incluso fingí olvidar el maletín dando la espalda al grupo, hasta que el hombre me lo tendió con una enorme sonrisa en el rostro.

En algunas ocasiones, cuando pienso en aquella situación, creo que le debo la vida al gesto de entregar el maletín puesto que, si aquellos hombres hubieran sabido que estaba lleno de billetes, no hubiesen dudado en matarme; claro que también cabía la posibilidad de que lo supieran y, por miedo a su capitán, no habían hecho nada contra mí, pero eso es algo que nunca sabré con certeza.

Quienes parecían formar parte de la tripulación del barco carguero, me acompañaron en grupo a la sentina del pequeño buque para que pudiese comprobar que la mercancía estaba bien distribuida en la bodega. Observé con atención algunos de los bidones metálicos cargados, cuyas etiquetas informaban que mientras unos contenían acetona los otros declaraban estar llenos de ácido sulfúrico.

Sin mostrar ninguna sorpresa ante mis acompañantes, sobre todo para que no me tomaran por un novato en esas lides,

comprobé que el número de recipientes estibados en la bodega coincidía con el que estaba anotado en la lista de flete, supervisé que estuviesen todos en el lugar preciso, bien asegurados y, tras dar mi consentimiento al capitán, le acompañé a su camarote, le entregué el dinero que llevaba en el interior del maletín y, tras cruzar la cubierta del buque a paso de carga, salté a tierra sin perder tiempo.

Mientras el barco que llevaba la carga hacia Colombia zarpaba para entrar en el Canal de Panamá, no dejaba de preguntarme qué tipo de negocios tendría William en tierras colombianas que pudiesen estar relacionados con aquellos productos químicos que el barco transportaba.

En ningún momento, desde la primera vez que nos vimos en Bogotá, había hecho alusión a un comercio que tuviese necesidad de productos químicos o, si alguna vez lo hizo, yo lo había olvidado; pero no tardé mucho tiempo en olvidar estas reflexiones pensando que, en medio de todas las desgracias, al menos era el vanidoso poseedor de diez mil dólares que me permitirían sobrevivir a salvo de los acreedores, como poco, durante un par de meses.

De vuelta en Santa Fe he ido viendo día por día, no sin desesperación, cómo se iba enfriando paulatinamente, pero sin pausa aparente, el negocio que había preparado para llevar turistas de excursión; parece que, a lo largo de toda la costa, se ha extendido el rumor de que el “Cormorán I” se ha convertido en un barco portador de mala suerte por lo que la gente evita contratarlo para su disfrute.

Por una parte no me extraña que las Agencias de Viajes hayan reaccionado de este modo si tenemos en cuenta todos los extraños sucesos que lo han rodeado de un tiempo a esta parte. Después del incendio ocurrido frente a Santa Fe, que sigue teniendo un autor sin rostro, y del ataque que sufrimos por parte de unos piratas, muy bien informados por cierto, es muy normal que los dueños de negocios turísticos se muestren reacios a contratar nuestros servicios.

En los puertos, en las zonas de embarque, se consumen bastantes bebidas alcohólicas cuyo abuso suele desatar las lenguas menos contenidas y, los sucesos que los más incultos achacan a la mala suerte, las personas más avisadas, las que se supone están más preparadas, los atribuyen a la intervención de una mano negra que busca nuestra quiebra sin importarle quién caiga en el camino.

Yo no creo en brujas, aunque he visto cosas verdaderamente extrañas en este país, y el vudú me parece un aceptable espectáculo para turistas ingenuos; quizás por esta razón tampoco creo en la mala suerte, en el gafe o en el mal de ojo. Lo que ha sucedido con el “Cormorán I” es obra de un ser humano que come, respira y, si lo hieren, sangra como todos; este último dato pienso demostrarlo, en la primera ocasión posible, en cuanto tenga la oportunidad de saber quién es el cabrón que tan mal me quiere.

He pasado demasiados días con los ojos perdidos en el mar, mucho más allá del horizonte, sin trabajo ni ocupación, sin

pasajeros, también sin ganas de trabajar, sólo esperando alguna noticia de William por si, de nuevo, me necesitaba para ir a Panamá, o al lugar que fuese preciso, incluso a las puertas del mismo infierno, porque los diez mil dólares que me había dado por ir a Panamá se estaban agotando y no veía ninguna manera de conseguir más.

Leila, siempre solícita a la primera señal de tristeza o posible depresión, al verme tan preocupado por la alarmante situación económica que estábamos viviendo, me preguntó si yo estaría de acuerdo en que ella fuese a Colombia para hablar con su primo y convencerle de que nos adelantara algo más de dinero para, mientras mejoraba nuestra situación o se hallaba un remedio al negocio del turismo, poner en marcha algún pequeño comercio, alguna tiendecilla, puesto de venta o abasto que nos permita sobrevivir.

Si he de ser sincero, lo pensé mucho antes de tomar una decisión al respecto; pero no me quedó más remedio que aceptar la propuesta de Leila porque no veía ninguna otra cosa que pudiese hacer para salir adelante.

En el fondo no es que me sintiera especialmente orgulloso de poner nuestro futuro en manos de William, ni de que sea Leila quien cargue con la responsabilidad, con la vergüenza, de pedir ayuda, una vez más, a su primo; pero he llegado al límite, he arribado a un punto neutro, grisáceo, en que me da igual todo y, posiblemente de manera egoísta, si hay que humillarse, mejor que sea Leila y no yo. Cansado de luchar, sin fuerzas para seguir adelante sin ayuda, le he dado a Leila los

dólares que me quedaban y, una vez que ha hecho el equipaje, se ha despedido de mí con un apasionado beso.

Mientras ella se alejaba a bordo de un taxi, yo miraba el coche sabiendo que no podía hacer nada sino esperar las noticias que llegarían, tarde o temprano, de Colombia.

Si las páginas de este cuaderno adoptasen, por mimetismo, el mismo color del ánimo de quien las escribe, serían negras, muy negras, no por la ausencia de color, sino por la oscuridad que reina en mi hombría, al menos en la poca que me resta. Escribo en este momento tan difícil para mí porque sólo una hoja de papel en blanco, puede ser capaz de aguantar el dolor que estoy sintiendo en mi interior.

Si me quedara algo de fuerza en el alma me cagaría en la puta madre que parió al maldito William Restrepo y en los mil trescientos cincuenta padres que contribuyeron a engendrarlo en la misma noche; pero hoy ha sido un día para olvidar, en todos los sentidos, aunque dudo mucho que consiga apartar de mi mente todo cuanto ha sucedido en las últimas horas.

Podía gritar “¡traición!” a los cuatro puntos cardinales, pero sería tan inútil como escupir contra el viento porque me han ganado la partida más importante de mi vida, me han robado, del bolsillo de la existencia, la cartera y, por si eso fuera poca humillación, se han gastado el poco capital que me quedaba, frente a mí, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

William Restrepo, el cariñoso primo William, el hombre que se había ocupado siempre de sacarme de todos los problemas, el ángel guardián siempre pendiente de nosotros y nuestras necesidades, el personaje que en todo momento me

tendía la mano cuando estaba a punto de caer a un pozo para ahogarme, se ha quitado de golpe la máscara tras la que se escondía mostrando ante mí su verdadero rostro: el de un hijo de puta redomado que ha jugado con Leila y conmigo hasta conseguir lo que andaba buscando desde el principio ¡Maldito sea el día en que conocí a tan siniestro personaje! ¡Maldita sea su raza y su descendencia hasta la última generación!

El caso es que podía haber sospechado justo desde el primer momento que no era normal tanta dedicación y apoyo sin pedir nada a cambio; pero creo que nadie tiene una mente tan retorcida como para pensar que alguien es tan malo, tan traidor, tan manipulador, tan hijueputa en resumen. Durante todo este tiempo, bajo la falsa apariencia de ser una persona deseosa de ayudarnos cada vez que se lo pedíamos, William ha manejado con perversa habilidad los hilos de la situación hasta conseguir que estuviésemos completamente a su merced y, ahora, ya no me queda otro desahogo que el de escribir en un puto papel todo lo que siento y obedecer sin protestas al primo de Leila para hacer lo que él quiera que haga.

¡Maldita sea mi suerte y el momento en que conocí a este engendro llegado desde el mismo infierno sólo para destrozar mi vida, la de Leila y el dulce futuro que nos esperaba a los dos, como pareja, en cualquier parte del mundo!

Todo ha comenzado esta mañana cuando estaba tomando unas cervezas en la terraza del Café del Mar charlando sin prisas con Matthias. En la conversación que manteníamos me

dedicaba a especular con la posibilidad de que, tanto detrás del incendio que sufrió el “Cormorán I”, así como bajo la sombra del asalto de los piratas, estuviese la mano peluda de algún promotor turístico que deseara acabar con una competencia tan dura como la que suponía hace muy poco tiempo nuestra embarcación; pero el alemán era de la opinión que había sido sólo cuestión de mala suerte, una mala racha sin explicación y que esas cosas, yo debería saberlo, sucedían a veces. Estaba a punto de rebatir aquella opinión cuando levanté la cabeza y me sorprendí al ver que caminando por la playa, con las zapatillas en la mano y seguido de dos hombres fornidos, se acercaba William con gesto inusualmente serio.

Me puse en pie para saludarle afectuosamente, como era mi costumbre, y enseguida noté que algo raro estaba sucediendo puesto que el colombiano, haciendo caso omiso de la mano que le tendía, me indicaba que le siguiera; lo que más me sorprendió fue que lo hizo sin palabras, con un simple gesto autoritario de su mano que obedecí como si me hubiese hipnotizado. Así pues, confundido, enmarcado por los dos fornidos acompañantes de William, le seguí borreguilmente hasta la reja de la casa que comparto con Leila y, tras abrirla ante ellos, les cedí el paso.

Sin esperar a que les dirigiera la palabra, se acomodaron sin ceremonia, de manera descarada, en los asientos del porche, y se quedaron los tres mirándome, en silencio, hasta que a mi vez, por hacer algo, me senté en un extremo del tresillo de madera sonriendo de manera estúpida.

Sin saber muy bien qué debía hacer en una situación tan atípica, no se me ocurrió nada mejor que ofrecerles algo para beber; William habló por los tres rechazando mi oferta y, sin darme tiempo a nada, el cabronazo me dijo que, a partir de entonces, me encontraba en sus manos y, si quería continuar disfrutando de mi existencia, no tenía más remedio que seguir al pie de la letra las instrucciones que me daría cuando llegase el momento oportuno.

Como no entendí muy bien qué intentaba decirme con aquellas palabras, le pregunté con timidez si alguna vez había dejado de seguir sus consejos; sus dos acompañantes sonrieron con venenosa ironía mientras William se arrellanaba en el sillón y empezaba a contarme una historia que, a medida que se iba abriendo paso en mi cerebro, me ponía el vello de punta al tiempo que ralentizaba los latidos de mi corazón hasta dejarme las venas sin sangre.

De la cloaca que ese cerdo tiene en lugar de la boca, pude oír que el incendio del “Cormorán I” que tanto daño nos causara en su día, había sido provocado por encargo suyo; mi sorpresa llegó a límites insospechados al saber que también el ataque de los piratas fue orquestado por él desde Colombia.

Ante las revelaciones que iba conociendo, mi primera reacción fue la de levantarme y golpear al colombiano con saña; pero la actitud vigilante de sus acompañantes me advirtió que, si quería seguir con vida, mejor sería no mover un músculo ni mostrar una actitud amenazante.

Traté de relajar un poco mis nervios y durante unos minutos escuché, entre paciente furioso y sorprendido, un montón de explicaciones que William me estaba dando y, justo en aquellos momentos, comprendí muchas cosas que hasta entonces me resultaban oscuras; fue cuando empecé a entender por qué razón William me había mandado a cenar al local de su amigo en Oranjestad: él fue quien metió a los falsos guías en el barco por medio de unos turistas desorientados que, sin tener conciencia de ello, formaron parte de la trampa y, como en todo momento nos tenía localizados le fue muy fácil saber qué órdenes debía dar para llevar a cabo su maléfico plan.

Definitivamente había jugado de mala manera con nosotros, con Leila y conmigo, desde el principio, posiblemente desde el mismo momento de nuestra llegada a Colombia, y ahora quería capitalizar la inversión de tiempo y dinero que había hecho. La malvada habilidad de aquel individuo no parecía tener límite; apenas llevaba hablando unos minutos y me había demostrado que, entre sus manos, sólo había sido un muñeco de arcilla maleable del que había hecho cuanto había querido, cómo y cuando lo necesitaba para llevar a cabo sus asquerosos planes de los que, Leila y yo, formábamos parte sin saberlo.

La rabia me ahogaba hasta tal punto que mi respiración silbaba como la de los asmáticos que padecen una crisis; pero si jadeaba por fuera, por dentro sentía una tensión, un desgarramiento doloroso que estaba a punto de volverme loco. De un momento a otro saltaría sobre el cuello de aquel gusano

ponzoñoso para matarlo, aunque yo también muriese en el intento.

Mientras todo eso pasaba por mi cabeza, me preguntaba a mí mismo qué sería lo que rondaba en la mente de aquel pernicioso ser y cuáles serían las instrucciones que debía obedecer sin chistar cuando él lo decidiese; pero mi capacidad de asombro que yo creía agotada sobrepasó sus límites cuando me dijo que, justo a partir de ese instante, el “Cormorán I”, que por supuesto ya era de su propiedad, se dedicaría bajo mi mando, acatando todas las órdenes que él me daría cuando creyese conveniente, al tráfico de cocaína en el Caribe.

No me lo podía creer. Aquel mamagüebo malparido quería obligarme a dedicar mi barco, mi tiempo, mi vida entera, al tráfico de drogas, a una ocupación ilegal en la que él arriesgaba sólo dinero mientras que yo, por la fuerza, debía arriesgar mi vida y mi libertad.

Aquello no podía ser cierto, o al menos no quería que lo fuera; sin embargo, la maligna expresión de William y la inmovilidad vigilante de los dos individuos que le acompañaban, sus sicarios en suma, decían bien a las claras que el cerdo no estaba bromeando en absoluto. A pesar de la complicada situación en la que me encontraba, aún he tenido un resto de valor para preguntarle qué pensaba hacer conmigo si me negaba a obedecerle, partiendo de la base, y así se lo he hecho saber, que mi vida no me importaba en absoluto.

La seca respuesta del colombiano me ha asesinado el alma dejándome muerto por dentro: Leila estaba en su poder, en manos del Cártel, y si me negaba a colaborar, si se me ocurría no acatar sus órdenes, ella pagaría las consecuencias con su propia existencia.

Me envaré, mis nervios tensos como cuerdas de piano estaban a punto de saltar, y buscaba una oportunidad, un descuido de los sicarios para agárralo por el cuello y acabar con su vida aunque perdiera la mía, lo estaba viendo venir; pero, cuando me disponía a jugármelo todo a una sola carta para acabar con aquella escoria, sacó un cartoncito del bolsillo de su camisa y me lo entregó para que lo viera: era la fotografía de una Leila afligida, amarrada con cuerdas a una silla, sometida y sin fuerzas, sujetando con tristeza un periódico colombiano de fecha reciente.

Aquella imagen impresa en el papel brillante de una cámara de revelado instantáneo, me convenció de que todo cuanto me estaba diciendo aquel monstruo, iba en serio; derrotado por las evidencias, dejé caer la foto al suelo, abatido, vencido y, en cierto modo, muerto en vida.

Hace unas horas que se han ido dejándome unos miles de dólares para mi uso personal, diciéndome que ellos se habían hecho cargo de las deudas que lastraban el barco; nada más quedarme solo, he ido a la licorería en busca de un par de botellas de whisky que me hicieran olvidar, al menos por un tiempo, el lío en el que estoy metido y la suerte que puede correr mi amada Leila. Ahora, frente a un frasco medio

vacío de J&B, me espera otro lleno, y bendigo al tándem formado por Giacomo Justerini y Alfred Brooks por haber creado un elixir que, de momento, podrá atontarme lo suficiente como para caer en una inconsciencia negra como mi suerte.

Muy poco más que un piadoso olvido pueden esperar de la existencia quienes, como yo, están muertos en vida.

He pasado un tiempo sin escribir porque, en el fondo, no me atrevía a encarar el desgarrado desafío del papel en blanco. Me cuesta reconocerme en esa piltrafa humana que he llegado a convertirme durante las últimas semanas: un hombre con la voluntad doblegada y el alma rota, rolando sin rumbo como las olas a merced de los vientos y la corriente.

He tardado mucho, quizás demasiado, en asumir mi nueva condición y, todo el dolor que ello ha supuesto, me ha situado a dos pasos del alcoholismo; pero un resto de dignidad y la certeza de que la vida de Leila, de alguna manera, está en mis manos, me ha dado fuerza suficiente para centrarme por fin en mi vida y ocupar la plaza que, por fuerza, bajo amenazas, me corresponde: la de ser narcotraficante.

A veces paso las noches en blanco, soñando con el momento en que podré ver de nuevo a Leila, libres ambos, para poner entre nosotros y los traficantes de muerte encabezados por William, tanta distancia geográfica como podamos; todavía somos jóvenes ambos y tenemos mucha vida por delante de nuestros pasos para olvidar estos momentos de angustia que vivimos separados por mor de su secuestro.

Para conservar la vida de mi compañera, me he visto obligado a obedecer órdenes de William y, aunque de momento no he entrado de lleno en el tráfico de cocaína, he abandonado nuestra casa de Santa Fe para sentar mi residencia tem-

poral en San Juan de las Galdonas, lugar al que en mi vida anterior, de vez en cuando, llevaba turistas desde diferentes puntos de la costa cumanesa; pero la belleza del entorno y las increíbles puestas de sol, no logran apartar mi mente de la desgracia que arrastro como un pesado fardo que no me deja caminar. El dolor, sobre todo si es impuesto por otra persona, es un mal compañero de viaje.

Una noche, tumbado entre dos palmeras de Playa Medina, en una hamaca, envuelto por un silencio hiriente y acusador, intentaba no pensar en lo que más me destrozaba por dentro; pero terminé por comprender que, por mucho esfuerzo que se haga, no se puede olvidar una obsesión.

La imagen de Leila, omnipresente en todos mis sueños, en las más absurdas pesadillas, siempre castradora y humillante en las vigiliass, me acompaña con la infame persistencia de un remordimiento impidiéndome en ocasiones respirar con soltura. Durante algún tiempo me he quejado de que, mientras las noches dan una tregua al resto de los humanos regalándoles el sueño que oculta los dramas personales, a mí, hijo de un dios rencoroso, el insomnio me abre una puerta a la desesperación y al dolor descarnado que hace de mis amaneceres una herida fatigada que se niega a cicatrizar; pero ya es tiempo de romper este cerco férreo que me atenaza y afrontar todo cuanto el destino quiera traerme.

A menudo enciendo un cigarrillo tras otro, como si eso pudiese calmar mi agitación interior, y a la débil llama del mechero, creo adivinar que mi cara crispada es igual a un mapa

surcado de arrugas en las que pueden leerse, como en un libro abierto, todas y cada una de las preocupaciones que me han robado el descanso.

En más de una ocasión pido con fuerza a cualquier dios que esté atento a la desgracia de los hombres que, de una vez, William me pida que haga algo porque la inactividad, la tensa espera y los pensamientos que me atacan con la violencia de un enjambre de avispas furiosas, me tienen, literalmente, a las puertas de la locura; pero el primo de Leila, esa aberración de la raza humana que me está obligando a colocarme fuera de la ley, haciéndome forzoso partícipe del comercio más indigno de la tierra, parece guardar un silencio lejano, de alguna manera sádico, que está a punto de llevarme a la más profunda desesperación.

Si al menos pudiese entrar en acción, si me ocupase en algo, posiblemente no perdería el tiempo y la salud en darle vueltas a la cabeza, en pensar siempre lo mismo; es como si mi cerebro hubiese entrado en una especie de bucle, de cinta de Moebius que nunca terminase.

Alguien me dijo en una ocasión, puede que fuera mi padre, que el cariño es como un barniz que la existencia extiende sobre las personas o los objetos para hacerlos agradables a nuestra vida o impulsarnos a que los amemos sin medida alguna. Mirando el “Cormorán I” balanceándose al compás del débil oleaje de la bahía, pienso que una de las primeras consecuencias de mi situación actual y la de Leila es que el maldito William ha logrado arrancar ese barniz de la embarcación

puesto que, si antes la miraba con cariño, ahora no puedo reprimir un gesto de asco, o de disgusto, cada vez que lo observo.

En los momentos de más tensión interna, he pensado incluso en el suicidio, en poner punto final a una vida, la mía, que en los últimos tiempos no hace sino darme un sufrimiento sobre otro, sin tener la mínima piedad para conmigo, ni darme un reposo; pero el convencimiento de que un gesto así no me llevará a ninguna parte, y lo que es mucho peor, no libraré a Leila de una muerte violenta, hace que trate de buscar la paz en el humo del tabaco y las incontables libaciones de ron que me ofrezco de vez en cuando. Además estoy seguro que, rendirse a mitad de una partida es cosa de cobardes o de pobres de espíritu; yo creo ser un hombre valiente y, por si esto fuera poco, estoy convencido de que la pelea termina cuando uno de los dos contendientes cae y, sólo el que está de pies, es considerado como ganador sin importar cuánto castigo haya recibido durante el combate.

Siguiendo esta metáfora boxística, hoy he comprendido que es el momento de enderezar mi espalda, levantarme con orgullo de la sombra de mí mismo en que me he convertido y dar un paso adelante, hacia la vida, para acortar el camino que ha de llevarme a la liberación de Leila y, en segunda instancia a la venganza.

Nadie es más fuerte que otro y, si el enemigo tiene la espada más larga, es suficiente con dar un paso hacia él, para igualar las armas. La vida no tiene por qué ser una violenta pelea ni

una batalla para pasar la existencia guerreando; pero si un enemigo invade tu casa, rapta a tu mujer y desea esclavizarte ¿qué es lo que debe hacer un hombre en ese caso?, ¿sonreír y someterse?, ¿dejar que otro abuse de la mujer que tanto le ama?, ¿doblar la rodilla para no seguir recibiendo más golpes?

Mi respuesta es que debo luchar para rescatar a mi mujer, para devolver la honra a mi casa y recuperar mi autoestima y la libertad de ir a donde mis pasos me lleven y hacia donde quiera; en este momento, henchido de orgullo, quiero ir hacia la venganza.

.....

Mientras escribía esta página, he recibido una llamada de William diciéndome que debo ponerme en marcha para realizar mi primer transporte. Mañana temprano, al alba, zarparé con destino a Bahía Honda en territorio de La Guajira colombiana, pasando antes por Puerto La de Cruz para recoger un walkie-talkie. Una vez Colombia, recibiré la carga, y las órdenes para entregarla; si algo tiene de bueno esta llamada es que, al menos por un tiempo, el trajín del trabajo alejará mi cabeza de las obsesiones que me persiguen.

Fingiré sumisión en los primeros trabajos; pero William no sabe que, desde hoy, está criando una serpiente venenosa en su seno.

Ya está hecho. Si al principio los nervios me tuvieron en tensión por la tarea que debía afrontar, una vez en la faena, quizás porque las obligaciones han mantenido mi cerebro ocupado, la cosa no parecía tan grave; aunque, por otra parte, sé que este ha sido un viaje de tanteo para calibrar mi capacidad y, personalmente, me ha servido para que Leila y otras obsesiones vengativas pasaran a segundo plano, al menos temporalmente. Además, he podido hablar con mi mujer por teléfono por lo que, a pesar de lo dura que nos está resultando a los dos esta situación, gracias a que su voz todavía resuena en mis oídos, me encuentro de un humor aceptable dentro de la gravedad.

Los preparativos del viaje habían comenzado hace algún tiempo ya que, como es natural, no podía contratar una tripulación cualquiera dada la especial naturaleza de la carga que debíamos transportar.

Un día, parece que ha pasado ya un siglo, fui hasta Puerto La Cruz, me reuní con el “Capi”, y le expliqué a grandes rasgos lo que necesitaba de él, sin hacer alusión por el momento al secuestro de Leila, rogándole que, de no aceptar mi propuesta, guardase el secreto. El “Capi” paladeó con tranquilidad su ron mientras escuchaba mi ofrecimiento y, tras un largo silencio que me puso bastante nervioso, me contestó que contara con él ya que no le importaba demasiado la carga a transportar si la paga era buena y los motores empujaban con brío.

Tranquilizado por la actitud tan receptiva de quien me acompañaría en mi aventura a partir de ese momento, sólo restaba encontrar dos hombres que nos escoltaran en la travesía. Tras un largo conciliábulo, después de algunos descartados por diferentes motivos, el “Capi” se encargó de hablar con dos pescadores que, según sus previsiones, aceptarían sin problemas y sabían mantener la boca cerrada. Al final, por los buenos oficios del “Capi”, pude sentarme frente a nuestros dos nuevos colaboradores.

Uno de ellos, Carlos, apodado “Mandrake”, cumanés de origen, parecía un calco exacto del fallecido Reynaldo; la misma actitud vigilante, el mismo paso felino y, según me dijeron, la misma habilidad con el cuchillo. Por lo visto ya tenía un par de muertos en su haber y había pagado uno de ellos en el penal de Tocuyito. Pensé que aquel hombre no tenía nada que perder, su “currículum” era adecuado, y que sería una buena ayuda en caso de problemas.

El otro, un aragüeño llamado César, más conocido como “Araguato” por la tonalidad pelirroja de su cabello, había recorrido toda la costa venezolana mil y una veces, buscándose la vida entre la ilegalidad y el peligro. Había estado preso en el Retén de Catia y su arrojo en las peleas era legendario en más de un puerto de pescadores; era el único de los cuatro que había trabajado ocasionalmente para el narcotráfico y conocía cómo debían hacerse las cosas. Su característica personal era que, sin importar qué estuviese ocurriendo a su alrededor, o el peligro que corriese, siempre tenía dispuesta una ocurrencia chusca o un dicho gracioso.

Las conversaciones para poner a punto negocios de este tipo, contrariamente a lo que piensan quienes no conocen estos trapicheos, son breves y en ellas no es de buen tono hablar más de la cuenta; el silencio es una buena virtud para quienes dependen del secreto si quieren seguir con vida. Para evitar orejas malintencionadas, abundantes en los lugares en los que se consumen bebidas alcohólicas, decidimos salir a navegar con el “Cormorán I”, para poder hablar tranquilos sin miedo a ser delatados, con la excusa de que se familiarizaran con la embarcación. Como si estuviésemos disfrutando de un día de asueto entre amigos, dejamos el barco al paio, echamos unas líneas para pescar y nos sentamos a conversar.

Lo que nos contó el “Araguato” aquel día, me abrió los ojos con respecto a lo que podía esperar del viaje que íbamos a realizar. En principio a César le parecía extraño el hecho de ir a recoger la mercancía a Bahía Honda puesto que, normalmente, las entregas se hacían de otro modo; pero, acostumbrado como estaba a ver cómo trayectos que parecían raros, eran decididos por los dueños del género tras mucha reflexión, concluyó que “quien paga manda” y no hay más preguntas.

Su experiencia personal le decía que, para hacer una entrega, la táctica seguida era la de mantener el barco a unas millas de la costa y, esperar a que llegaran a buscar la carga. De esa manera, afirmó, si hay problemas en la playa, las barcas no van a buscar la coca y la embarcación puede salir sin problemas y con la mercancía a salvo. Pero como el tráfico de coca tiene unas reglas que deben ser cambiadas a menudo

según las circunstancias, el “Araguato” dijo que, el ir hacia territorio colombiano para buscar la coca, no era como para preocuparse; mucho más le intrigaba el destino de la mercancía sabiendo que los caminos hacia los Estados Unidos, estaban abiertos por el Pacífico.

Así, cuando recibí la llamada de William, me puse en contacto con el “Capi” y, en un par de días, estábamos navegando hacia Colombia para cumplir la primera parte de nuestra misión. Quien haya leído novelas de narcotraficantes, imaginará un ambiente oscuro, sórdido, con poca luz en el barco; la verdad es que, hasta llegar a Punta Soldado, el viaje fue casi una excursión, sobre todo gracias a la irrefrenable cháchara del “Araguato”; pero una vez que encaramos Bahía Honda, hasta la naturaleza pareció atenuar todo lo posible sus sonidos habituales, como para poner de manifiesto el poco ruido que hacíamos.

No habían transcurrido ni diez minutos desde que encendí el walkie-talkie recogido en Puerto de la Cruz, cuando un ligero carraspeo del aparato me indicó que alguien se estaba conectando conmigo. Una voz distorsionada por la electrónica japonesa, pidió que me identificase y, poco más tarde, desde una embarcación a motor salida de la costa, subía a bordo un hombre que, tras explicarnos que era el encargado de revisar que la carga estuviese bien estibada, habló por su radio transmisor dando unas órdenes secas.

Al oír que era el comisionado de vigilar la estiba, me vino la imagen de mi viaje a Panamá y entendía en ese momento el

por qué del transporte clandestino de acetona y ácido sulfúrico puesto que, ambas sustancias químicas, se utilizan en el procesamiento de la pasta de coca.

Maldiciendo una vez más todo el árbol genealógico de William y sus asociados, con las expresiones más fuertes que venían a la cabeza, me dispuse a prestar atención a las operaciones de carga que ya empezaban a realizarse.

Los “ladrillos” de cocaína prensada, en paquetes, se iban apilando regularmente en la bodega, y en menos de veinte minutos estábamos listos para zarpar. Cuando los cargadores se hubieron ido, sólo quedó a bordo el personaje que había supervisado la estiba quien, de manera natural me explicó que la entrega debía realizarse en territorio de la Guayana francesa, concretamente cerca de la Isla de San José, en el canal que la separa de la Isla del diablo.

Aunque ahora lo veo desde un punto de vista diferente, no puedo negar que durante las primeras horas de navegación los nervios estuvieron a punto de traicionarme en más de una ocasión; la imagen de la carga estibada en la bodega y la naturaleza de la misma me ponía, a ratos, los pelos de punta puesto que era la primera vez en mi vida que cometía un delito grave a sabiendas de lo que estaba haciendo.

La mente humana, además de una máquina maravillosa, es un pozo de sorpresas puesto que nunca hubiese imaginado que, sin haber transcurrido ni veinticuatro horas desde que zarpáramos con la “explosiva” carga bajo nuestros pies, ya me

había acostumbrado a la presencia de la droga en la bodega y fumaba tranquilamente en cubierta como si estuviésemos transportando carbón.

Mientras el “Capi” sólo se ocupaba de la navegación, el “Araguato” y “Mandrake”, supervisaban alegres el correcto funcionamiento de los motores, vigilaban la carga o se jugaban a las cartas la paga que iban a recibir por el trabajo que estaban haciendo. En resumen, cualquiera que nos hubiese vigilado con prismáticos, no hubiera sospechado jamás que doscientos cincuenta kilos de cocaína pura, dormían en nuestra bodega; sin embargo, aquellos “ladrillos”, aquella muerte prensada que transportábamos, había asesinado lo que restaba del joven Bertrand que alguna vez fui en una vida casi olvidada y, paradójicamente, siempre presente.

El clima hizo aún más llevadera la travesía, a pesar de que algunas veces unos negros nubarrones nos amenazaban desde el horizonte. Sin tener calma chicha, las olas rolaban bajo el casco sin conseguir que cabecease en ningún momento. Llegué a pensar incluso que, si la verdad del narcotráfico era aquella, no era tan peligroso como lo pintaban algunos; pero conforme nos íbamos acercando al lugar de reunión, mis nervios comenzaron de nuevo a jugarme malas pasadas y mis ojos distinguían claramente embarcaciones y guardacostas que no existían sino en mi mente.

Llegamos a la Isla de San José, por su parte norte, para aguardar a que se hiciera de noche y poder desembarcar la carga. Mi intención era que, nada más descargar, pusiésemos rumbo

a Paramaribo como si llegásemos buscando un flete; pero el “Araguato” me convenció de que sería mucho mejor dormir en la Isla mientras se llevaban la carga, después de lavar bien la bodega. De aquel modo, dijo, si se producía alguna “movida” rara, no nos encontrarían navegando cerca de la costa continental y no podrían relacionarnos con la droga. La excusa perfecta para permanecer anclados en San José era la de buscar localizaciones para futuros destinos turísticos.

Al poco tiempo de estar anclados en una pequeña ensenada, mi transmisor comenzó a carraspear tenuemente y, poco más tarde, una voz forzada, como si estuviera reprimiendo un ataque de risa, me comunicó que, quienes iban a recoger la mercancía, se encontraban a menos de dos millas de nosotros.

La operación de trasladar la carga a la otra embarcación, se produjo sin problemas a pesar de la tensión existente; pero el “Araguato” supo romper el hielo que nos atenazaba con sus frías garras, a base de hacer juegos de palabras con los ladrillos y la coca.

Cuando la embarcación se hubo alejado, dejándonos una abultada cantidad de dinero, que era nuestro salario, repartí los billetes entre los tres hombres que me acompañaban reservándome lo que me correspondía. El “Araguato”, que siempre estaba dispuesto a decir todo cuanto le pasaba por la cabeza, comentó que la forma de pago de aquellos “narcos” no era habitual, que no era nada normal; pero cuando le pregunté cómo solían hacerse los pagos, calló, encendió

un cigarrillo y se perdió entre los matorrales de la costa pretextando una necesidad fisiológica.

Antes de que anoheciera, haciendo tiempo para acostarme en la hamaca que había dispuesto en la cubierta del “Cormorán I”, y aprovechando que no era época de turistas, me dediqué a dar un paseo por las ruinas de lo que en tiempos pasados fue uno de los penales más duros que mente alguna haya diseñado para reprimir a los delincuentes.

Recuerdo que, hace muchos años había leído el libro “Papillon” de Henri CharriÈre, y que mis ojos adolescentes recorrieron con fruición aquellos párrafos que hablaban de la Reclusión de San José; pero una cosa había sido leer las opiniones de un hombre que había vivido la Reclusión, y otra muy distinta pasear por entre aquellas ruinas que todavía parecían retener entre sus piedras las amarguras, las angustias sufridas por los seres humanos que purgaron sus penas con el aislamiento.

Caminar por aquellos pasillos, a pesar de que estaban invadidos de vegetación, me produjo una sensación inquietante y, la falta de techo en los edificios, no reducía la claustrofobia, desde luego.

Por un momento, me sentí prisionero entre aquellas ruinas y visualicé lo que podía pensar si alguna vez, cosa poco probable, me veía obligado a entrar en prisión. Justo una milésima de instante más tarde la verdad estalló frente a mí con la violencia de una bomba de racimo: estaba traficando con droga y, el entrar en prisión, era una posibilidad cada vez más cercana.

Aquella certeza me golpeó como un mazazo y tuve que sentarme para recuperar el aliento; quedaba claro, al menos para mí, que el hecho de que Leila estuviese secuestrada no me autorizaba a traficar con cocaína para salvar su vida.

La Justicia, escrita con mayúsculas, no existe; pero la Ley sí: es la que se aplica con máximo rigor a quienes la vulneran y yo, era uno de esos infractores culpables de traficar con cocaína. La Ley, si me alcanzaba alguna vez, me echaría en cara el haber traficado con drogas y, si intentaba defenderme diciendo que habían secuestrado a mi mujer, el juez diría que mi obligación de buen ciudadano hubiera sido acudir a la policía para denunciar el hecho sin importar la suerte que pudiese correr Leila.

No era Justicia pero es la Ley.

¿Acaso los Jueces no tienen familia? ¿Es que no saben de sentimientos personales? ¿Qué haría un juez si se encontrase en una situación similar a la que yo estaba viviendo en esa encrucijada de mi vida?

Preguntas, muchas preguntas y todas sin respuesta porque, a un Juez, jamás le secuestrarán a la esposa para forzarlo a traficar con drogas; pero ¿podíamos estar seguros de que no hay jueces presionados a corromper los veredictos y las sentencias por causas de amenaza a sus familias respectivas?, ¿acaso no hay jueces que se corrompen por simple codicia?, ¿o es que los jueces dejan de ser humanos cuando terminan las oposiciones? Podía haber seguido preguntando tonterías

por el estilo durante horas, sin hallar ninguna respuesta acertada porque a los Jueces, a Sus Señorías, junto con el título les entregan un taburete para estar siempre medio metro por encima de los mortales; si esto no es así, lo parece.

Claro está que, al ser ellos quienes aplican la Ley, pueden pontificar desde sus altos sillones lo que debíamos hacer los ciudadanos de a pie cuando ocurre alguna cosa parecida a la que estoy sufriendo. Es Ley, pero no Justicia. Los gestores de los cárteles de la droga saben a quién presionar y cómo hacerlo.

Si a un Juez le hacer variar el veredicto, a mí, que no soy nadie, me obligan a transportar droga pero, en realidad ¿quién es más culpable, el Juez corrupto o yo?; lo que está claro es que yo estoy más expuesto a caer en manos de la Ley que el Juez porque el Juez mismo es la Ley.

Después de volver al “Cormorán I”, me tendí en la hamaca y no pude pegar ojo en toda la noche. El hecho de haber caído en cuenta de que podía entrar en prisión en cualquier momento porque estaba violando la Ley, metió en mis venas una especie de burbujas ácidas que no me dejaron dormir.

Por momentos me veía entre rejas, rodeado de delincuentes, denostado por los periódicos, rechazado por la sociedad; luego visualizaba, sin transición ni razón aparente, escenas en las que triunfaba en dos o tres “trabajos” importantes y, tras conseguir la libertad de Leila, vivíamos felices en un rincón paradisiaco sin temor a nadie.

El amanecer me sorprendió con los ojos abiertos, mirando hacia la nada más total, perdido en ensoñaciones; el aroma del café recién hecho me llevó de vuelta a la cubierta del barco y, tras un suculento desayuno a base de arepas rellenas con perico y buen café de Colombia recién hecho, di la orden de zarpar en dirección a las costas venezolanas.

Cuando atracamos en la bahía de Cochaima, donde el “Araguato”, el “Capi” y “Mandrake” querían desembarcar, alguien propuso tomar unos tragos para celebrar que todo había salido bien; acepté sin pensarlo porque necesitaba drenar toda la tensión acumulada y, ¿por qué no decirlo?, olvidar por unos momentos si era posible el dolor que me causaba pensar constantemente en Leila.

Al principio creí que sería incapaz de divertirme con mis compañeros debido a la carga moral y mental que arrastraba conmigo; pero después de los primeros tragos de tequila me animé y, al rato, decidimos que podríamos cenar juntos y pasarlo bien.

Fue al sentarme a la cabecera de la mesa cuando me vino a la memoria la imagen de la última vez que había cenado con el “Capi” en Oranjestad, justo antes de ser atacados por los piratas y, la imagen del “Cormorán I” ardiendo en la bahía de Cochaima se instaló en mis ojos; pero esta vez ya no me importaba si quemaban el puto barco o se lo querían llevar al coño de su madre: ya no le tenía cariño.

Los tragos se sucedieron con presteza y, aunque desafinados, nos atrevimos a entonar unas canciones que, si no sonaron bien, sí lo hicieron con el suficiente volumen como para ser advertidos, dos veces, por el dueño del local.

Decidimos entonces cambiar de aires y, tras una llamada a un local cercano a Puerto La Cruz que el “Araguato” había frecuentado, nos desplazamos hasta ese lugar para amanecer en un asador del extrarradio escuchando música llanera tradicional, acompañados por un grupo de arpa cuatro y maracas que alquilamos con tal fin. El sol que me dio en la cara cuando salimos del local, terminó por ponerme de buen humor.

Después de un sueño reparador tumbado sobre la hamaca del “Cormorán I”, zarpé en dirección a San Juan de las Galdonas. El viaje fue una tortura porque, con la resaca a cuestas, había olvidado que al hacer la travesía en horas de la tarde debía navegar contra la marea y el barco, a pesar de su calado, cortaba las olas perpendicularmente cabeceando como un corcel sin domar lo que no terminó de arreglar mi pobre estómago.

Al llegar a la bahía de San Juan, aseguré el ancla y, en la pequeña zodiac de servicio me dirigí a tierra. Casi sin saludar a nadie llegué a la casa que ocupaba y, tras una ducha, llamé a William para decirle que todo había ido bien.

No sé cómo explicar lo que me pasó por la cabeza cuando oí la voz del colombiano al otro lado de la línea telefónica;

pero puedo asegurar que no fueron palabras que puedan ponerse por escrito sin manchar el papel.

Lo primero que hice, antes de decir nada sobre el trabajo, fue interesarme por Leila; cuando supe por labios de aquel malparido que al día siguiente podría hablar con ella, fue como si se abrieran ante mí las puertas del Paraíso. A partir de entonces, me sentía tan contento que fui capaz incluso de mantener una conversación normal con aquel cerdo sin siquiera insultarle.

Por fin hoy he podido hablar con Leila. El teléfono ha sonado a media mañana y, al oír su voz, he sentido cómo se me encogía el alma. He tratado de llenarle los oídos con palabras dulces y le he pedido que no se preocupara, que, mucho antes de lo que ella pensaba, estaríamos juntos de nuevo; pero, si yo esperaba que ella estuviese afligida, me equivoqué puesto que su voz se notaba firme, fresca y en absoluto temerosa.

¡Qué valerosa es Leila que puede mantenerse entera en una situación como la que está viviendo!

De cualquier manera, no lo debe estar pasando demasiado bien, o la están presionando mucho puesto que sus últimas palabras, antes de colgar el aparato, han sido para rogarme que obedeciese a William en todo lo que me mandara y que no me preocupase por ella, que, sobre todo, pensara en no contrariar a su primo para no meterme en más líos.

Lo dicho: ¡Qué gran mujer!

Poco más tarde he recibido otra llamada desde Colombia y William, con acento seco, me ha notificado que, en dos semanas más o menos, debo hacer un transporte para él; pero esta vez no se trata de cocaína puesto que se va a producir en dos tramos, una parte por tierra y el otro tramo por vía fluvial y es, según él, un sencillo transporte de pasajeros desde el interior de Venezuela hasta el Caribe.

Después de cerrar la comunicación, he pensado durante mucho tiempo en lo que me había dicho el “Cerdo Máximo de la Peor Pocilga del Mundo” y, si no me está montando una trampa, cosa que me extrañaría teniendo en garantía la vida de Leila, es un encargo demasiado raro, incluso para un narcotraficante.

Por otra parte he tratado de adivinar a quiénes debía, primero acompañar, y luego llevar a bordo de nuestro “Cormorán I”. Pensándolo bien, creo que, conociendo las extrañas e ilegales actividades comerciales del colombiano, las personas que debo llevar en la embarcación pueden tener cualquier aspecto externo y dedicarse profesionalmente a cualquier cosa.

Si de algo estoy seguro es de que, misioneros, no son.

12

Las cosas son como son. Acabo de escribir una simplicidad y, sin embargo, es lo que mejor define lo que está sucediendo. Acabo de llegar a San Juan de las Galdonas, después de terminar un trabajo para William y, la verdad sea dicha, casi puedo afirmar que me he divertido un poco; el hecho de burlarme de las autoridades en sus propias narices tiene algo de fascinante, de lúdico.

Y además, como si fuera un premio añadido después de cada trabajo realizado, como un regalo a guisa de chocolatina por haber sido un “niño bueno”, acabo de hablar con Leila por teléfono y el sonido de su voz ha suavizado un poco la magnitud de mi alegría.

Cuando recibí la llamada de William citándome en Caracas, empleé parte del viaje pensando cómo podía joder al individuo; pero el hecho incontestable de que Leila estaba en su poder frenó mis impulsos y, como él habría supuesto de antemano, su seguridad no corría ningún peligro conmigo. Pasé, pues, el viaje, inventando, planeando mil y una formas de tortura para acabar con la vida del colombiano, disfrutando en mi mente del placer que me causaría en su día el hacerle pagar el sufrimiento que estaba infligiendo a mi alma.

Al llegar al lugar de la cita, justamente el asador que yo había regentado con Leila, desde entonces había transcurrido ya una eternidad, busqué con los ojos a William mientras mi ce-

rebros dudaba peligrosamente entre el insulto y la agresión; mi gozo se difuminó en el aire puesto que él no se encontraba allí. Un hombre moreno, con un profundo acento colombiano, o quizás andino, después de preguntarme si yo era Bertrand, me entregó un teléfono móvil y, a los pocos minutos recibía una llamada de William quien, en pocas palabras como era su estilo peculiar de hablar por teléfono, me explicó qué era lo que yo debía hacer.

El asunto que William deseaba solucionar con mi concurso obligado, en principio, parecía presentar alguna dificultad ya que se trataba de viajar por tierra hasta un lugar llamado Puerto Inírida, en territorio colombiano, recoger cinco personas para llevarlas hasta Puerto Ordaz y, desde allí, transportarlas hasta la costa de Trinidad.

El hecho de llegar hasta territorio colombiano no parecía, al menos a primera vista, que pudiera dar muchos problemas; otra cosa sería la vuelta porque, en ese preciso momento, desconocía quienes eran las personas que debía sacar desde el interior de la selva hasta el Caribe.

Lo primero que hice fue llamar al “Capi” y a los otros dos miembros de la tripulación para ponerles sobre aviso del trabajo que debíamos llevar a cabo; días más tarde, cuando me reuní con ellos en Puerto la Cruz, el “Araguato” había encontrado una solución al enigma de la vuelta puesto que, ¡cómo no!, también se había movido por el río Orinoco. Así que, ayudados por unos mapas escolares, nos pusimos a concretar una ruta entre los tres. César, el “Araguato”, conocía

tan bien el territorio que no necesitó de mapas ni documentación alguna para descubrir el mejor trayecto para el viaje.

La proposición de César tenía mucho sentido: conseguir unos documentos a nombre de una Agencia de Viajes imaginaria, algo parecido a un permiso para hacer un recorrido turístico por el Orinoco y, una vez en la desembocadura del Guaviare, ir hasta Puerto Inírida para recoger a la gente que William deseaba sacar de allí; pero, según la opinión de César, el problema podríamos encontrarlo en Isla Ratón, una especie de alcabala fluvial que debíamos pasar tanto a la ida como a la vuelta de Puerto Inírida, custodiada por la Guardia Nacional de Venezuela.

El conseguir toda la documentación necesaria para crear una ruta turística por el río Orinoco, siendo yo extranjero y propietario de un hermoso barco, no supuso dificultad alguna y sí una pequeña cantidad de dinero a guisa de “impuesto revolucionario” por las muchas facilidades que nos dieron en el negociado correspondiente.

Después de cargar el barco con todo lo necesario para el trabajo, “Mandrake y el “Capi”, navegaron hacia el golfo de Paria para entrar por el Delta río arriba y esperarnos en Puerto Ordaz. Mientras tanto, César y yo, fuimos a Caracas y tomamos un vuelo a Puerto Ayacucho desde donde pensábamos seguir nuestro camino hacia Puerto Inírida.

Viajar acompañado por un hombre como el “Araguato”, fue toda una experiencia puesto que, para guarnecer un poco las horas de espera antes de tomar el vuelo, me estuvo con-

tando anécdotas de su vida, algunas de las cuales me hicieron reír tanto que me obligaron a sujetarme los costados para no perder las costillas. ¡Cuántas situaciones raras había vivido aquel hombre y con qué gracia las contaba!

Por momentos llegué a creer que las estaba inventando para divertirnos porque algunas de ellas eran increíbles, luego me convencí de que me estaba tomando el pelo descaradamente intentando hacerme creer aquella sarta de embustes; pero la verdad es que poco después aportaba prolijos detalles que confirmaban su versión de los hechos. En el fondo debo agradecer a César que me entretuviera tanto porque, de otro modo, el viaje hubiera sido una verdadera tortura.

Llegamos a Puerto Ayacucho por la mañana y, como no queríamos perder el tiempo, tomamos un taxi hasta Puerto Venado para tratar de conseguir pasaje en una embarcación que se dirigiera a Puerto Inírida o, como poco, hasta el embarcadero fluvial de San Fernando de Atabapo.

Nada más llegar a Puerto Venado, tuvimos la enorme suerte de encontrarnos con el dueño de una lancha que iba a transportar algunos paquetes poco pesados hasta Puerto Inírida y zarparía en pocos minutos. Tras ajustar el precio, que si lo traducíamos a dólares era realmente barato, subimos a la lancha que, antes de darme tiempo a fumar un cigarrillo, arrancó veloz por el Orinoco en busca del río Guaviare.

Si hasta entonces me había enamorado de aquella tierra que parecía un territorio por estrenar, después de ver la belleza

salvaje que crecía en ambas orillas del río, me quedé prendado de su paisaje para siempre.

Ver aquel pasillo de agua turbia, ligeramente ondulada, desfilando entre barreras vegetales de un verde insultante fue una de las experiencias más hermosas que he tenido en toda mi existencia. ¿Cómo encontrar las palabras adecuadas, las más justas para describir aquella belleza de manera que pueda recordarla en mi vejez? Pensándolo bien no sé ni si es preciso que lo haga porque, aquel paisaje, lo llevaré grabado a fuego en mi alma hasta el día de mi muerte.

La llegada a la alcabala fluvial de Isla Ratón, un pequeño embarcadero de hormigón al pie de una pendiente, obligó al patrón de la lancha a buscar sitio entre los muchos bongos y lanchas que estaban esperando la revisión de la Guardia. Como César había pronosticado en Puerto La Cruz, no tuvimos dificultades para pasar la alcabala aunque, subir la empinadísima rampa de tierra que llevaba desde las orillas del río hasta el puesto de guardia supuso un esfuerzo penoso para nosotros; pero, sobre todo, para quienes debían cargar a costas sus paquetes personales ya que debían subirlos para que fueran revisados por los guardias.

Lo más curioso es que el patrón de la lancha que nos llevaba a nuestro destino, evitó que revisaran la embarcación regalando a los agentes de la Guardia Nacional un recipiente de plástico con diez galones de combustible que, según supe después, en aquella zona es más necesario que el pan.

Llegamos a Puerto Inírida y, tras ir al lugar donde supuestamente nos esperaban los individuos que debíamos llevar a Trinidad, nos encontramos con la enorme sorpresa de que la persona que se acercó a nosotros, un colombiano simpatísimísimo llamado Freddy, nos dijo que el viaje que teníamos previsto, no se llevaría a cabo hasta dos días más tarde.

Freddy debió ver mi gesto de fastidio y se apresuró a decirnos que, el tiempo que faltaba para iniciar el viaje, lo pasaríamos en su casa como invitados; por lo visto conocía a William y, sólo por eso, quería poner todo de su parte para que nuestro tiempo en Puerto Inírida pasase lo más agradablemente que fuera posible.

Lo de estar invitados en casa de aquel tipo, debía ser una forma de hablar puesto que, al poco de poner los pies en su vivienda, ya habíamos hecho la compra para una semana y nos había aligerado de unos miles de pesos para comprar cervezas y ron. En honor a la verdad debo decir que, una vez superada la primera impresión, que por cierto fue muy mala, el tal Freddy era un personaje digno de atención; un sinvergüenza simpático, un buscavidas que trata de sacarle el mayor partido posible a las situaciones que se le presentan.

Para él, todas las personas que viven en este mundo se dividen en dos grandes grupos; los que son amigos, a quienes hay que ayudar siempre, y los demás que, en su vocabulario particular reciben el apelativo de “güebones pendejos” o el menos cariñoso de hijueputas.

La noche anterior a la partida prevista hacia Puerto Ordaz, se presentaron tres mujeres y dos hombres que Freddy identificó como los viajeros que debíamos llevar hasta Venezuela. Tras una breve conversación, César, que ya había tomado la medida a las autoridades portuarias, determinó que debíamos salir de puerto a plena luz del día para no levantar sospechas y, para ello, lo mejor sería alquilar una lancha que nos llevara hasta Puerto Ayacucho, con lo que me mostré perfectamente conforme.

Para poner a punto todos los detalles de la salida, el “Araguato” me pidió una cantidad de dinero y se perdió con destino al centro del pueblo de donde volvió un par de horas más tarde, con evidentes signos de ebriedad, asegurando que todo estaba preparado.

Salimos del muelle de Puerto Inírida sin ninguna novedad y, al pasar por Isla Ratón, César se encargó de hablar con la Guardia Nacional, a la que llevaba un regalo alcohólico por partida doble, pacientemente reposado doce años en barrica de roble, y, antes de tener el tiempo justo de aburrirnos, estábamos entrando en Puerto Venado donde conseguimos subir a una pequeña camioneta de transporte público que nos llevó hasta Puerto Ayacucho, donde debimos esperar hasta el día siguiente puesto que la chalana que cruza el Orinoco desde el paso del Burro hasta Puerto Páez, no funciona por la noche.

Para reforzar nuestro papel de agentes turísticos, después de alojarnos confortablemente en las habitaciones del Gran

Hotel Amazonas, visitamos unos cuantos locales y restaurantes pidiendo precios y solicitando información para elaborar unos presupuestos que, como la Agencia de Viajes, sólo existían en nuestra imaginación.

Temprano en la mañana, gracias a los buenos oficios de Amaro, el gerente del hotel, conseguimos un transporte que nos llevaría hasta San Fernando de Apure y, desde allí, tras un viaje capaz de reventar a Willy Fog, llegamos sin mucha novedad a Puerto Ordaz en donde nos estaban esperando, listos para levar anclas, “Mandrake” y el “Capi”.

No sé por qué razón pero, al poner los pies en la cubierta del “Cormorán I”, me vinieron a la mente todos los recuerdos que había evitado con bastante fortuna durante los días que habíamos pasado viajando; parecía como si me hubiesen estado esperando para saltarme a la cara y demostrarme que eran mucho más fuertes que yo.

Zarpamos inmediatamente con dirección al delta y, al poco de salir, apoyado indolentemente en la borda, saboreando un zumo de parchita casi helado, me preguntaba para qué me había hecho ir William hasta el fondo de la selva para traer a unas personas que, por su apariencia y su parquedad de palabras, parecía ser capaces de hacerlo por ellos mismos sin necesidad de niñera. Cuando el “Araguato” se acercó a mi lado para compartir un rato de paz, le hice a él la pregunta que me martilleaba el cerebro, referente a la inutilidad de nuestro fatigoso viaje hasta Puerto Inírida y la respuesta que obtuve de él no estaba, en absoluto, falta de lógica.

Desde su punto de vista, el de un hombre que ya había conocido el narcotráfico desde dentro, William, a quien él no conocía, me había obligado a realizar un viaje tan trabajoso con dos objetivos: Primero para “amansarme”, para demostrarme que era él quien mandaba y, en segundo lugar, para observar mi comportamiento ya que, con toda seguridad, las personas que transportábamos le contarían todo a William más temprano que tarde.

Después de un tiempo de silencio en el que César parecía estar reflexionando sobre algún tema importante, añadió con su peculiar manera de expresarse que, a veces, “a los jefes les pica el culo y les entran esas mariqueras para que todo el mundo sepa quién lleva los pantalones en el rancho”.

Si exceptuamos la enorme sobrepoblación de jevenes y las cantidades ingentes de mosquitos zancudos que nos declararon la guerra a muerte, como Simón Bolívar a los españoles, en el delta del Orinoco, y que nos vimos en la obligación de darle esquinazo a una patrullera de la Guardia Nacional por el dédalo de caños que conforman la desembocadura del Orinoco, cosa fácil para el “Capi” que conocía aquellas aguas al dedillo, puedo afirmar que hicimos el viaje sin novedad hasta las costas de Trinidad en las que, nuestros cinco pasajeros, abandonaron el “Cormorán I” sin darnos ni siquiera las gracias.

Aunque este no es apenas el segundo viaje que hacemos los tres juntos, el “Capi”, el “Araguato” y “Mandrake”, parece que se está convirtiendo en costumbre celebrar la llegada a

puerto, el éxito, con una cena y una juerga revienta-vísceras que nos limpie el cerebro de preocupaciones inútiles. Después de la celebración, ya de vuelta en la casa que ocupo, hice la llamada preceptiva a William y esta mañana, ¡por fin!, he podido hablar con Leila.

La voz de mi mujer sonaba fresca al otro lado del teléfono ¡Qué gran mujer! ¡Qué valor demuestra al no doblegar su voluntad ante su primo y secuestrador! Como en la ocasión anterior, me ha recomendado que obedezca en todo a William que, más temprano que tarde, se dará cuenta de su equivocación y dejará que nos reunamos de nuevo para iniciar una nueva vida. En los pocos minutos que nos dejan hablar, hacemos proyectos para regresar a Marsella una vez que termine todo y retomar la vida que tan torpemente abandonamos.

De momento, no me queda más remedio que seguir las directrices de ese cabrón que, algún día, lo juro, las pagará todas juntas.

Hace ya algunos meses que no me asomaba a las hojas del cuaderno para volcar mis experiencias. Si la razón principal de esta especie de recopilación de experiencias es recordarme las vivencias de la juventud cuando la memoria me falle, creo haber hecho bien no escribiendo ni una palabra puesto que nada importante debo recordar de las últimas tareas realizadas por orden de William.

La capacidad de adaptación del ser humano es tan increíble que incluso la aventura más peligrosa, si se repite con cierta frecuencia, se convierte en monotonía y al final ir al otro lado del mundo es como un día más en la oficina, si nuestra costumbre es viajar.

Escribo esto porque, si los primeros trabajos para el primo de Leila fueron, como poco, excitantes, la rutina se adueñó de la navegación cambiando la intranquilidad por una sensación sospechosamente parecida a la normalidad más absoluta y los movimientos que en un principio eran frenéticos se volvieron maquinales. La verdad es que ahora miro los ladrillos de coca y, el aroma a peligro que antes exudaban, se ha convertido en un olor aburridamente cotidiano.

Incluso la indeterminada relación que tengo con William ha comenzado a discurrir por los tediosos cauces de lo repetido y, del odio visceral que le tenía, mis sentimientos han ido deslizándose sin alharacas hacia un rencor sordo que

tiene más de odio matrimonial entre viejos cónyuges, que de venganza sangrante. Sólo cuando hablo con Leila me escuece de veras el alma y tengo pensamientos violentos hacia quien me empujó a este camino ilegal de tráfico y podredumbre; pero luego las horas retoman su ritmo normal y todo vuelve a funcionar sin sobresaltos.

Durante el tiempo que he permanecido ausente de estas páginas, he realizado, con diferentes destinos, varios transportes de la “hoja que volver loco”, como la llama el “Araguato” imitando el acento de un indio de Hollywood. El primero de ellos con destino a Cayo Culebra, en la mexicana península de Yucatán, en el que todo funcionó como si lo hubiese planificado un relojero suizo.

Después del trabajo, de vuelta en Venezuela, celebramos como se está haciendo costumbre y, por primera vez después de que Leila fue secuestrada, hice el amor; quizás mejor dicho estaría que tuve contacto sexual con una mujer puesto que mi amor sólo tiene una destinataria: Leila.

No recuerdo ni siquiera el nombre de la muchacha, ni tampoco como sucedió todo; pero el hecho de tener entre mis brazos un cuerpo entregado, recuperar la sensación de acariciar una piel femenina y sentir en los labios el contacto tibio de un aliento fresco como una amanecer, me llevó de la mano hacia otros tiempos en los que, lo normal, era entregarme a Leila como ella lo hacía conmigo: sin reservas ni pudor. Si al principio me hice un poco el remolón para acudir a la llamada de la carne, me fui dando cuenta que sería

una estupidez negarme un momento de placer y, quizás ayudado por el tequila que habíamos ingerido con los muchachos, me zambullí en un mundo de sensaciones que creía olvidadas.

Negar ahora que tuve remordimientos al pensar en Leila, cuando desperté en brazos de aquella maravilla de hembra recién salida de la adolescencia, sería mentirme a mí mismo porque, durante horas, me eché en cara la traición que acababa de cometer contra la mujer que permanecía secuestrada en Colombia. Conforme la mañana se fue convirtiendo en tarde, mi cerebro había encontrado al menos cien mil razones que justificaban mi actitud; no en vano el ser humano es un virtuoso del perdón a sí mismo.

El siguiente transporte que realizamos, un cargamento entregado sin novedad cerca de Banco Chinchorro, frente a la costa mexicana de Majagual, nos convenció que el león del narcotráfico no era tan fiero como decían y comenzamos a descuidar pequeños detalles que, aunque parezcan nimios, marcan la diferencia entre la libertad y el encierro, o entre la vida y la muerte.

La rutina es uno de los grandes enemigos con los que uno puede toparse en este tipo de tareas ilegales; provoca una falsa sensación de seguridad en todo momento y, es justo en ese instante de indolencia, cuando suele aparecer el imprevisto que puede colocarnos contra las cuerdas al borde del K.O.

El tercer viaje empezó estibando la carga cerca de las islas de San Bernardo, casi frente a la población de Tolú, en el golfo de Morrosquillo, y las primeras horas de navegación fueron pacíficas; pero en el cielo se iban acumulando algunas nubes amenazantes por las que corrían los relámpagos persiguiéndose; poco más tarde, un fuerte viento de levante, comenzó a rizar la superficie del mar hasta convertirla en una montaña rusa. El “Capi” trataba de mantener el rumbo del “Cormorán I” para cortar las columnas de agua que se levantaban ante nosotros como murallas líquidas.

Si la carga que llevábamos corría peligro, o no, en ese momento era la menor de mis preocupaciones; era alucinante ver la proa de la embarcación apuntando hacia el cielo cuando cortaba una ola, para después caer hacia un abismo espumante que parecía esperarnos para acabar con nosotros, engulléndonos. Por si fuera poco, gruesas gotas de lluvia que impactaban contra nosotros como perdigones, se unieron al escenario para hacer esas horas más difíciles todavía.

La cara del “Capi”, no era precisamente tranquilizadora. Sus ojos fijos algunos metros por delante de la proa, vigilaban el movimiento oscilante de las olas para girar el timón en el momento justo y colocar al barco en la mejor posición posible para que pudiese superarlas sin demasiado riesgo. “Mandrake”, pálido como un aparecido, sonreía con una expresión estúpida mientras se encomendaba a sus santos favoritos, al negro Felipe y a José Gregorio Hernández para que lo sacaran del apuro. Por su parte, el “Araguato”, fumaba tranquilamente, protegido por la mampara del puente de mando,

ajeno al dantesco escenario que nos rodeaba; luego nos diría, en son de chanza, que de pequeño le habían mecido mucho en el chinchorro y por eso estaba acostumbrado a los vaivenes y las sacudidas.

Cuando amainó la tormenta, nos miramos con alivio y empezamos a comentar aparentando indiferencia que aquello no había sido nada, que total era un chubasco pasajero no muy grave; pero en el fondo de nuestros ojos se adivinaba todo el miedo que habíamos pasado mientras duraba aquella pequeña tempestad que nos había zarandeado sin compasión durante algunas horas. Estaba claro que no reconoceríamos jamás el nerviosismo y el terror que sentimos durante aquella especie de huracán que nos puso el estómago en la boca.

Después de que el “Capi” comprobara nuestra posición en la carta, decidimos echar un trago de ron para templar los nervios y relajarnos después de la experiencia pasada mientras el barco se dirigía mansamente al lugar prefijado para la entrega de la mercancía, que estaba situado entre punta Allen y Vigía Chico, en México.

Tan distraídos estábamos con nuestra charla que, cuando vimos a la patrullera hondureña que se acercaba hacia nosotros a velocidad moderada, casi la teníamos encima; pero la suerte nos acompañó en aquel lance puesto que, al venir en dirección a nuestra proa, nos dio tiempo a montar un par de cañas de pesca en la popa para fingir que andábamos de vacaciones.

La verdad es que no tuvimos tiempo para preparar nada más. Aprovechando la circunstancia de que yo llevaba puesta ropa de marca, y mi pasaporte era francés, urdimos en segundos las mentiras que debíamos decirles a los oficiales. Consigna única: que no subieran a bordo del “Cormorán I”.

Mientras millones de mariposas aleteaban furiosamente en mi estómago al pensar en los ladrillos de coca que transportaba el barco, el “Araguato”, que parecía saber qué debía hacer en cada momento, según quién tuviese delante, saludó alegremente a los oficiales hondureños y respondió a las preguntas de éstos con una bien tejida sarta de mentiras de las que, en conjunto, se desprendía que yo, un acaudalado turista francés en busca de aventuras tropicales, que además no hablaba español, les había contratado para pescar en el Caribe, que me estaban sacando por ello una buena cantidad de dinero y que nuestro próximo destino era la isla de Cozumel.

Uno de los oficiales me preguntó qué tal me iban las cosas y me hice el loco contestando en francés que no entendía nada; a partir de entonces, durante diez minutos largos, tuve que oír un montón de insultos en español dirigidos a mi persona, al estúpido turista que pagaba más de cuatro veces el valor del servicio que recibía, lo que les hacía doblarse de risa al pensar que no les entendía, mientras yo los miraba con una sonrisa bobalicona.

El incidente terminó cuando, después de rechazar unos tragos de ron ofrecidos por el “Araguato” y aceptar unos dólares proporcionados por el “Capi” la patrullera hondureña

siguió su camino sin que los oficiales pidiesen la documentación del “Cormorán I”, ni tan siquiera intentasen abordar nuestra embarcación; el soplo que solté cuando los vi navegar en dirección a la costa, provocó sin duda un pequeño huracán en alguna minúscula isla del Caribe.

Una vez recuperada la calma, nos miramos en silencio. Cada uno de nosotros era consciente del error que habíamos cometido y de que podía habernos costado muy caro; a partir de aquel instante, sin palabras, decidimos que no debíamos bajar la guardia porque el peligro, aunque invisible, acechaba nuestra embarcación para convertirnos en carne de presidio o despojo de tumba.

Quince días después de haber vuelto de Punta Allen, a veces todavía me tiemblan las piernas al pensar lo que podía habernos sucedido.

La vida en San Juan de las Galdonas va tomando ese tinte gris de la costumbre repetida que convierte a los días siguientes en copia de los anteriores y premonición exacta de los días que vendrán. Una vez que la gente del pueblo se ha acostumbrado a verme por la calle, ya no se preguntan a qué me dedico para ganarme la vida. El “Cormorán I” que ven a diario anclado en el centro de la perfecta herradura que forma la bahía, y mis periódicas ausencias durante algunos días, supuestamente para llevar turistas de visita a diferentes lugares del Caribe, justifican totalmente mis ingresos y la forma de vida que llevo; pero ellos, que en el fondo me envidian por mi posición, nada saben del aburrimiento que llena mis jornadas.

Estuve pensando seriamente en mudarme a una población más grande como puede ser Río Caribe; pero la tranquilidad que se respira en este pueblo de pescadores y la soledad que me regala el no tener que compartir mi vida con nadie, es un bien lo suficientemente precioso como para perderlo en aras de la diversión. Además, de vez en cuando, aparecen por la punta este de la bahía el “Capi” y el “Araguato”, y pasamos un par de días juntos viendo fotografías de cuando me dedicaba a pasear turistas, comiendo, bebiendo y conversando de cualquier cosa que se nos ocurra; la pintoresca verborrea de César, junto con sus rebuscadas expresiones y metáforas, ilumina esos ratos de ocio convirtiéndolos en verdaderos recitales humorísticos en forma de monólogo.

Ayer mismo, sin ir más lejos, el “Araguato” pasó más de una hora bromeando a causa de la belleza de Leila, cuya situación ya conocen ambos perfectamente puesto que, en un arrebato de sinceridad, les conté la verdad.

El caso fue que, durante la revisión de uno de los álbumes, aparecieron unas fotografías que nos habíamos tomado Leila y yo en Santa Fe, en las que podía apreciarse la rotundidad de sus formas ya que, en algunas de ellas, posó en bikini. Al final, tuve que pararle un poco los pies, no porque me ofendieran sus comentarios, sino porque ya no podía seguir riéndole las gracias sin peligro de dislocarme la mandíbula.

Esta mañana, cuando se han marchado con el bote del “Capi”, sabiendo que tengo la costumbre de seguirlos con los prismáticos hasta que doblan el cabo de poniente que cierra la

bahía, César, aún se ha puesto de pie en la barca para dibujar en el aire, con las dos manos, una silueta femenina en forma de guitarra.

Definitivamente este tipo es un prodigio de la naturaleza en lo que a creatividad y capacidad de hacer bromas se refiere. La vitalidad que derrocha es una especie de inyección de optimismo que nos regala a todos cuantos estamos a su lado.

Parece ser que el “Araguato”, desde hace ya algún tiempo, está saliendo con una muchacha de origen colombiano y que piensa sentar la cabeza, o sea, que tiene intenciones de vivir con ella. En principio pensamos que era una broma más de las que suele urdir para que las veladas sean más amenas; pero pronto nos dimos cuenta de que la cosa iba tan en serio que estaba dispuesto a viajar a Colombia para conocer a la familia de la que, según César afirma con pleno convencimiento, va a ser la madre de sus hijos y el bastón de su vejez.

En fin que la vida sigue sin demasiados

(la frase en el diario se interrumpe aquí y, justo debajo hay una raya que cruza la página)

¡Esto es increíble! Acabo de recibir una llamada telefónica de Leila. Por lo visto, según me ha contado, la han dejado sola en la casa donde la tienen retenida, se ve que ellos también bajan

la guardia a veces, y ha decidido ponerse en contacto conmigo. Durante algunos minutos hemos tenido la oportunidad de hablar sin la presencia invisible de William y, tras decirnos mil ternuras, hemos hablado del futuro que nos espera juntos cuando termine su privación de libertad que ella, por lo que ha oído, cree próxima. La alegría que me ha dado el conocer estas noticias, ha hecho que el día cambiase de color en un instante. He querido saber por qué razón ella creía que su liberación estaba cercana y me ha respondido que había oído algunos retazos de conversación en los que un hombre desconocido y su primo, hablaban sobre la conveniencia de ponerla en libertad puesto que el “Cormorán I” estaría “quemado” para el transporte de droga en muy poco tiempo.

Leila, antes de colgar rápidamente, al parecer había llegado alguien, me ha rogado, me ha suplicado encarecidamente que no haga tonterías porque, ahora más que nunca, es el momento de obedecer a William en todo para que ella pueda conseguir la libertad. El futuro parece despejarse cada vez más y, si todo marcha como Leila cree, en muy poco tiempo, ya podremos continuar escribiendo juntos nuestra historia.

La vida me sonrío de nuevo.

Me dispongo a escribir algunas líneas aunque, en realidad, no tengo muchas cosas que contar; es más la impaciencia de recibir noticias de Leila que los sucesos de mi vida lo que me impulsa a sentarme, bolígrafo en mano, ante el papel tan ansioso de conocer novedades de Colombia como yo mismo.

Hace casi cuatro semanas llevamos a cabo, sin ningún contratiempo dignos de ser relatado, una nueva entrega de mercancía y, con el dinero fresco en la mano, el “Araguato” dijo durante la ya tradicional cena de celebración que pensaba marchar a Colombia para conocer a la familia de la que, de hecho, es su pareja estable desde hace algunas semanas. Mientras César nos contaba en tono humorístico la recepción que iban a darle en casa de su consorte, incluida la banda de música en el aeropuerto y conjunto vallenato en la casa, se me ocurrió que podría intentar comunicarme con Leila por medio del “Araguato”; lo que en principio deseché como pensamiento absurdo, fue tomando cuerpo y, cuando íbamos a despedirnos, le pedí a César que esperase un momento puesto que deseaba hablarle.

Esa noche estábamos cansados, y ¿por qué no reconocerlo?, ligeramente ebrios; por esa razón decidimos de común acuerdo que, en el transcurso de aquella misma semana, vendría a visitarme con su pareja y el “Capi”, con la creíble excusa de presentármela y descansar un par de días.

Una tarde, mientras el “Capi” acompañaba a la colombiana para que hiciera unas compras de alimentos que necesitábamos, César y yo nos sentamos a charlar en la terraza de la casa. Como el “Araguato” ya estaba al corriente de la situación por la que pasaba Leila, a pesar de que le parecía extraña la actitud de William, no hicieron falta muchos rodeos para explicarle lo que quería que hiciese.

En realidad, deseaba simplemente que le hiciese llegar a Leila una fotografía que nos habían tomado en la terraza del Café del Mar el día que llegamos a Santa Fe, y una carta en la que le declaraba por escrito todo el amor que sentía por ella y le pedía que tuviese fortaleza de ánimo para superar el poco tiempo que, según ella misma, le quedaba de cautiverio.

Como en más de una ocasión me había comentado Leila que se encontraba retenida en el chalet de su primo cerca de Cajicá, población cercana a Bogotá, a César no le sería demasiado difícil encontrar la dirección exacta y una vez allí, cuando ella estuviese dando su paseo diario por el jardín que ella misma había dicho que le permitían hacer, en cuanto el “Araguato” viese una oportunidad, lanzaría una bolsa con la carta y la fotografía para que ella la recogiera; pero aquel plan tenía un fallo garrafal: para avisar a Leila de que le iba a mandar la carta y la fotografía, era necesario llamar a William y que este me permitiera hablar con ella.

Sabiendo que William era bastante suspicaz en sus deducciones, no era para menos dada la naturaleza de su ocupación, no me atrevía a comunicarme con él, no fuera que le

pusiese sobre aviso sin querer, y pactamos con César que, una vez localizada la vivienda, él me llamaría para que, en caso de que no hubiese podido ponerme en contacto con ella, tentar a la suerte y llamar a William con cualquier excusa.

Justamente terminábamos de acordar cómo el “Araguato” debía hacer las cosas para entregar mi mensaje a Leila en Bogotá cuando llegaban el “Capi” y la pareja de César de vuelta de sus compras. El recibimiento que el lenguaraz marinerero hizo a su compañera, fue de lo que deberían ser filmados para que perdurasen en la memoria de los hombres; me explicaré.

Leila, que es muy creyente, había montado en nuestra casa de Santa Fe una especie de altar, con velas continuamente encendidas e imágenes religiosas de escayola pintada, entre las que destaca un enorme “Sagrado Corazón de Jesús” a tamaño natural. Cuando me trasladé a san Juan de las Galdonas, llevé conmigo el altar disponiéndolo en un rincón de la sala como ella lo hubiera hecho, porque, de alguna manera, cada vez que lo veía, me recordaba tiempos felices.

En el momento que la mujer que comparte cama y casa con el “Araguato” entraba acompañada del “Capi”, César se arrodilló ante el altar y, como si no los hubiese oído llegar, hizo como que rezaba en voz alta una retorcida letanía en la que pedía con insistencia que su amor no se apagara y daba las gracias por haber conocido a la mujer perfecta, a la que siempre había deseado.

Como su oración, por llamar al recitado humorístico de algún modo, terminaba jurando eterna fidelidad a su pareja,

poniendo por testigos de su promesa a una serie de santos de dudoso nombre entre los que destacaban, por su fonética, algunos como Nuestra Señora de la Teta al Hombro, San Chopanza, San Guijuela, San Guinario, San Seacabó y San Dinista, no pudimos hacer otra cosa que reírnos; es definitivo, este hombre es clase aparte.

Después de un par de días de estancia en casa, que pasaron veloces dejando un rastro de carcajadas en los rincones, mis tres invitados se fueron con destino a sus hogares, no sin antes, en un aparte, encomendar a César que llevase a cabo mi encargo en cuanto pudiese; con el corazón henchido de esperanza, vi la barca del “Capi” encarar la punta orientas de la bahía mientras el “Araguato”, de rodillas ante su pareja, juntaba las manos en actitud de súplica.

Por fin ayer recibí la llamada de César confirmándome que había encontrado el chalet y, cuando le dije que no había podido hablar con Leila pero que iba a llamar a William, el “Araguato” me dijo que no debía preocuparme por eso puesto que ya había hecho cuanto debía hacer.

Como es natural, le abrumé con preguntas sobre el estado de Leila y cómo la había visto; pero César se mostró esquivo a la hora de extenderse en explicaciones, aplazando los detalles del encuentro para cuando regresase a Venezuela.

A pesar de que su comportamiento taciturno me extrañó, era raro sobre todo en una persona tan expresiva como él, entendí que sería mucho más seguro que me contase las

cosas de viva voz y no por teléfono porque suponía un riesgo que no debíamos asumir; de cualquier modo, me siento feliz de saber que, en muy poco tiempo, quizás sólo unas horas, tendré noticias de Leila y ¿quién sabe?, quizás alguna carta, una fotografía o un detalle personal confirmando que ella, a pesar de su encierro forzado en la vivienda de su primo, se encuentra con buena salud y con el ánimo dispuesto a encarar con buena disposición el que será, según ella, el último tramo de su encierro.

Desde que he recibido la llamada de César anunciándome su visita y la del “Capi”, he desgastado el suelo de tanto asomarme a la terraza para vigilar con los prismáticos si la coqueta lancha del “Capi” entraba en la bahía. Por la impaciencia que me roe las entrañas, me estoy fumando toda la producción de tabaco de Cuba y, a poco que me descuide, terminaré por consumir en una sola tarde toda la cosecha de caña del Caribe, incluyendo Cuba, destilada en ron.

El hecho de estar esperando las novedades que César tiene que contarme, sin duda adornadas con su retorcido lenguaje, me tiene al borde de una crisis nerviosa; pero, por otra parte, estoy convencido de que las noticias llegadas de Colombia le darán un giro total a mi vida.

Tengo el presentimiento de que el “Araguato” me trae noticias muy importantes para mi felicidad y la de Leila.

¡Qué hijos de la gran puta! ¡Vaya si han cambiado mi vida las noticias de Colombia! Tanto, que le han dado un giro completo marcando un antes y un después. He tardado dos semanas antes de hallar fuerza suficientes para escribir en estas páginas; pero ahora que las he reunido, quiero dejar todo bien escrito, claramente detallado, para que en mi vejez pueda regodearme en estos hechos.

Cuando el “Araguato” y el “Capi” llegaron a la casa, estaba puesta la mesa de los días de fiesta, y el mejor whisky que tenía en la bodega; pero la expresión adusta que se veía en la cara de mis dos compañeros, o era señal de que habían discutido, o no presagiaba nada bueno.

Lo primero que pensé cuando los vi llegar fue que Leila estaba enferma, o que le habían hecho algo malo; cuando el “Capi” me trató de hijo y me ofreció un vaso de licor lleno hasta el borde instándome a que lo bebiese de un trago, me temí lo peor: visualicé el cuerpo muerto de Leila, ensangrentado y roto, mientras mi recuerdo ponía la risa de William como banda sonora a las imágenes que nacían de mi aprensión.

Previendo que la mañana iba a ser especialmente dura, bebí el whisky de un golpe seco, con las manos iniciando una danza frenética, y me senté a escuchar lo que César tenía que contarme; pero en ningún momento, ni en la peor de las pesadillas imaginables, podía haber sospechado de qué se trataba.

Una vez que César, bajo la atenta mirada del “Capi”, me hizo un resumen breve de cuanto él había visto, el caudal gélido en el que se había convertido mi sangre, enfrió por completo la atmósfera que nos rodeaba. Bebí de golpe un vaso más, lleno hasta el mismo borde, y le pedí al “Araguato”, con aparente frialdad, que me contase detalladamente toda la historia; puedo jurar que cada palabra que pronunciaban sus labios era un cuchillo helado clavado en mis entrañas.

Según sus propias palabras, César llegó a Bogotá y, al día siguiente, domingo, invitó a los padres de su pareja a comer un ajiaco santafereño en Cajicá, aprovechando de paso para tomar referencias que le permitieran buscar el chalet en el que Leila permanecía retenida, con la intención de volver al domingo siguiente, confundido con la gran cantidad de personas que aprovechaban ese día para comer fuera de casa en las casetas de Cajicá, y así tratar de ponerse en contacto con mi mujer, en la primera ocasión que tuviera.

El “suegro” del “Araguato” estacionó el coche al lado de un restaurante y, cuando salían de comer, todos acordaron dar un paseo para que César conociera un poco la zona residencial de la población, cercana a la hermosa catedral. Durante la caminata, mi compañero vio una placa cerámica colocada en una cerca construida con grandes piedras que le llamó la atención por la coincidencia ya que, en tinta azul, podían leerse dos palabras: “Villa Leila”; pero al mirar en dirección hacia una de las ventanas, la casualidad se convirtió en asombro al divisar, apoyada con displicencia en la barandilla de un balcón, a Leila, mi mujer.

Realmente contento por el descubrimiento que había hecho, César se propuso volver al día siguiente para fijarse en el horario en que mi pareja disfrutaba de los paseos por el jardín y tener seguro un plan de acción antes de llamarme por teléfono para saber si yo había podido hablar con ella. Una vez de vuelta frente al lujoso chalet, se apostó en un bar cercano para poder vigilar sin levantar sospechas; lo que pudo ver aquella mañana, fue lo que le impulsó a ponerse en contacto conmigo y decir que había cumplido mi encargo, sin que ello fuera cierto, para evitar que yo cometiese una tontería.

La fría y descarnada realidad era que, a los pocos minutos de haberse acomodado en el bar para esperar cuanto fuese necesario, César vio que Leila salía al jardín seguida de un hombre que la enlazó tiernamente por la cintura y le dio un beso en los labios, mientras ella le echaba los brazos al cuello. Después de varios minutos de caricias, ambos salieron del chalet y se dirigieron al bar en el que estaba César; después de pedir un zumo de fruta, ocuparon una mesa cercana a la del “Araguato” y conversaron cariñosamente durante más de media hora.

Tras abandonar el local, volvieron al chalet para salir minutos más tarde a bordo de un potente vehículo todo terreno de gama alta, en dirección a quién sabe qué lugar desconocido; lo peor de toda esta historia era que el nombre que ella pronunciaba para dirigirse con ternura a su enamorado no era otro que William.

Me costó diez minutos de rabioso silencio, media botella de whisky para asumir la cruda verdad, y otra media botella más

para tratar de adquirir la inconsciencia total; pero la tensión nerviosa que me invadía en esos momentos, la furia brutal que hacía nido en la parte más negra de mi conciencia, me impidió alcanzar el embrutecimiento.

Pausadamente me levanté del sillón, seguido por la mirada de mis compañeros, me dirigí hacia el mueble bar, agarré una botella de pipermin y, tras sopesarla haciéndola saltar levemente en mi mano, la arrojé violentamente contra la figura de escayola pintada que representaba al “Sagrado Corazón de Jesús”, cuya cabeza saltó hecha añicos, mientras la corona caía al suelo tintineando y un viscoso líquido de color verde esmeralda apagaba los colores de su túnica; en ese ataque a la imagen religiosa había concentrado todo mi odio, la frustración que sentía y, junto con la cabeza de escayola había intentado romper el altar que Leila tenía en mi corazón.

Después de aquella explosión de furia irracional desatada, volví a sentarme con estudiada calma en el sillón que había ocupado hasta ese momento y le pedí a César que volviera a contarme lo que había visto sin omitir ningún detalle por escabroso que este fuera; el frío que se estaba apoderando de mis entrañas, la ira, el ansia de venganza, iban invadiendo mi alma muerta mientras me revolcaba sin dignidad en el relato de mi compañero como un cerdo en los purines.

A partir de entonces, sólo sé lo que me han relatado el “Capi” y el “Araguato”.

Según cuentan mis compañeros, tras varios minutos de silencio, un grito salido de mi garganta desgarró de un machetazo el denso ambiente de la habitación llena de humo. Aquel leco de fiera herida asustó a los pájaros del tejado que levantaron el vuelo asustados por aquel sonido inesperado; al parecer, inmediatamente después del aullido, sollocé como un niño abandonado y ellos decidieron hacer lo único que estaba en sus manos para tratar de calmarme: darme a beber grandes cantidades de licor.

Olvidándose de sus vidas personales, me mantuvieron borracho durante al menos una semana y, cuando creyeron que ya era suficiente, comenzaron a empujarme a las tareas más pesadas para tratar de hacerme olvidar el gran dolor del que era presa y víctima sangrante. Durante los días siguientes baldeamos el “Cormorán I”, repintamos la bodega y la sala de máquinas, barnizamos las maderas y pulimos los metales hasta acabar las jornadas agotados, embrutecidos por el cansancio. Algunos días después, cuando estaban convencidos de que no iba a cometer una locura, me dejaron solo.

Desde el momento en que doblaron la punta situada al poniente de la bahía, decidí que debía pensar muy bien las cosas antes de tomar una decisión. La voluntad de venganza y el dolor que me embargaban eran de tal magnitud, que me despertaba varias veces durante las noches, y podía notar bajo mi rostro la sábana empapada por el llanto que vertía involuntariamente mientras dormía.

Asumir el hecho de que William sea un rastrero hijo de puta, no me ha costado tanto como comprender que Leila me haya traicionado. He querido convencerme durante este tiempo de reflexión que Leila y su primo se han enamorado mientras que ella se encontraba cautiva en casa de su primo, que dios confunda con los condenados al tormento eterno del infierno más cruel; pero, si se examinan fríamente los hechos, se puede concluir que Leila y su pariente “chuloputas” están jodiéndome juntos desde hace tiempo.

Todo el tiempo que llevo pensando seriamente en este asunto, exceptuando la recurrente aparición de imágenes de claro contenido sexual cuyos protagonistas son Leila y su primo, visiones que por cierto ya no me duelen en absoluto, me ha permitido esbozar una cronología de la trama urdida de común acuerdo por los dos amantes.

Me niego a creer que Leila y su primo William estuviesen conchabados desde los tiempos en que ella estaba en Francia, cosa que no descarté totalmente en un principio, es seguro que su relación comenzó en alguno de los frecuentes viajes que ella hacía a Colombia para entregar periódicamente las cuentas de nuestro restaurante-asador y visitar a su familia.

Pero ¡cómo he podido estar tan ciego! Ahora me explico un montón de cosas que antes ni siquiera había advertido. La continuidad de los viajes de Leila, la solicitud de ella para con su primo, los múltiples consejos que me daba para poner todo en conocimiento de William; mientras tanto él, como

un maestro titiritero, se ocupaba de manejar los hilos para llevarme hasta el punto en que me encuentro,

Pensándolo con toda la frialdad que puedo reunir hoy en día, el primito colombiano ha resultado ser un hombre calculador, listo y desalmado, que se ha aprovechado de mí para conseguir cuanto quería. He pecado de ser demasiado confiado porque, en algún momento, debía haberme parado a pensar que no era normal que me ayudase tantas veces seguidas.

La descarnada verdad es que él me convenció para dejar el asador y comprar un barco que posteriormente quemó y ordenó que fuera asaltado por los piratas para llevarme a la ruina total. También me fue acercando a la ilegalidad con los viajecitos a Panamá y los pequeños contrabandos con Aruba; y yo me fui enredando solo en una tupida red de la que, si me descuido un poco, no voy a poder escapar.

Desde el primer momento he sido un necio, ahora soy capaz de reconocerlo. William ha explotado mi inexperiencia, mi vanidad de supuesto triunfador, haciéndome creer que yo era muy bueno en los negocios que emprendía y, cegado por la adulación, me hinché como un pavo real. Ahora debo poner en duda todos mis logros porque ya no sé si él, que ha sido capaz de urdir una maquinación tan cuidadosamente compleja como la que me ha hundido, está detrás de la afluencia de clientes en el asador y de turistas en el “Cormorán I”; quizás mis éxitos no hayan sido sino una parte más de su plan.

Por otra parte me pregunto ¿cuántos como yo estarán en la misma situación?, ¿soy parte de un plan generalizado para forzar a la gente a traficar con droga o el tal William aprovechó la circunstancia de que yo fuese el compañero sentimental de su prima para aprovecharse de mí?

Honestamente creo que William es una persona que está demasiado acostumbrada a sacar tajada de todas las ocasiones que se le presentan y se aprovechó de mi credulidad porque, debo reconocerlo sin rubor, en el fondo me dejé embaucar por el dinero fácil y la lisonja excesiva.

Pero la actitud traidora y dolosa de Leila es harina de otro costal; una harina sucia mezclada con impurezas en un saco podrido y lleno de orines. Me ha vendido a su primo sin asomo de vergüenza ni paliativos y, en el fondo, ella es la mayor culpable de todo este embrollo.

Es cierto que yo engañé a Leila algunas veces con turistas de ingle fácil y alcohol en vena; pero no creo que esa sea la causa principal de su comportamiento. Me da la impresión de que ella se fue enamorando de su primo poco a poco, durante sus habituales viajes a Colombia y que, deslumbrada por el poder económico que desplegaba, se fue ofreciendo a William hasta que él la tomó como pareja.

Nunca he querido escribir en este cuaderno nada con respecto al nivel de vida que Leila llevaba dado que, como este cúmulo de experiencias escritas es una especie de memoria de papel hecha para recordar en la vejez, aspiraba a olvidar,

o no quería recordar, la desastrosa administración que hacía Leila de lo que yo ganaba. A fuer de ser sincero, debo reconocer que ella era una fábrica de gastos, una especie de fundición de dinero en metálico, que no tenía suficiente con nada. Le gustaba lo mejor, lo más caro sería más cierto, y en abundancia, sin reparar en gastos ni tener en cuenta el día de mañana.

Sus armarios todavía están llenos de ropa, de zapatos y complementos sin usar, comprados por el placer de tener dinero y gastarlo sin medida; cuadros, figuritas de cerámica, apliques y detalles de dudoso gusto, supuestamente decorativos, iban a parar a las paredes o permanecen embalados en las mismas cajas en que los trajeron de la tienda, a la espera de adquirir una casa más grande que era su sueño máspreciado.

Hago alusión a todas estas adquisiciones, sin contar con el puto altar lleno de santos de yeso pintado y velas que ella fue decorando a su gusto y completando poco a poco para rezar por mí y orar para que todo me saliese bien cada vez que salía de casa, según sus propias palabras,.

Sí, he meditado mucho en el asunto y, por fin, he sido capaz de encontrar al culpable de mis desdichas. Resulta evidente que Leila me ha traicionado abusando de mi confianza y que William me ha enredado en el narcotráfico; pero en el fondo el único culpable de todo soy yo mismo.

Sobrevaloré mis éxitos en el asador, llegué a crearme un mago en el negocio del turismo, alguien que convertía en oro

todo cuanto tocaba, como Midas, y, además de aquella serie de errores, fui el más crédulo del mundo con todo lo que Leila quería contarme. Estaba entonces tan alzado sobre el común de los mortales, era tan bueno en todo lo que emprendía, que fui incapaz de mirar alrededor y darme cuenta de que era un hombre más, en un mundo de hombres que trabajan sin creerse más que otros por hacer bien las labores que les encomiendan o los negocios que emprenden.

Es muy posible que mis fantasías infantiles sean parte de esa venda que me impidió ver con claridad los manejos de ambos primos. Tampoco niego que, debido al hecho de no haber vivido nunca grandes aventuras, mi llegada a Sudamérica, el verme de pronto a la cabeza de un negocio, me hizo olvidar que cientos de miles de personas realizan el mismo trabajo en restaurantes sin creerse magos de la restauración.

También es probable que el marco formidable del Caribe y la carga literaria que tiene para quien, como yo, ha nacido en el Mediterráneo, influyese en mi ego sin darme cuenta que miles de personas navegan en estas aguas sin creerse protagonistas de una aventura. Es mi culpa, lo comprendo; pero eso no quita para que Leila y William, o William y Leila, me hayan engañado de manera descarada y, eso, es algo que no voy a perdonar.

Tras días enteros de marearme a fuerza de pensar, una vez que he visto claro todo el entramado, encontrado a los culpables y repartido las responsabilidades de cada cual, sólo me restaba saber cómo debía encarar esta nueva situación,

para terminar el ejercicio de reflexión que he soportado, y sobre todo para tomar las decisiones justas que me permitan empezar de nuevo.

La palabra venganza ronda por mi cabeza sin cesar; pero no soy tan estúpido como para no entender que William tiene el poder de aplastarme como a un gusano y que, intentar algo físico contra él, sería como tratar de noquear a Mike Tyson con los puños envueltos en pacas de algodón. Por otra parte, delatar las actividades ilegales de William, me incluiría a mí en la lista de los presos. Sé que llevaré a cabo mi venganza pero aún no encuentro el modo adecuado de hacerlo. Si en un primer momento estaba dispuesto a morir con tal de ver a los primos acabados o muertos, poco a poco la cordura se fue imponiendo y comprendí que si moría, no podría disfrutar con el dolor de los traidores.

Después de mucho pensar, creo haber dado con la solución. La revelación me ha llegado esta misma mañana mientras contemplaba cómo la bruma marina dejaba paso a un sol tibio que, paulatinamente, se iba creciendo hasta arrancar violentos destellos de las suaves olas. He oído decir mil veces que los opuestos a mis enemigos son mis amigos y creo que, en esta sentencia se encuentra sobrentendida la solución que estaba buscando.

Todo el mundo sabe cómo las gastan los narcotraficantes con quienes fracasan en sus cometidos. Si yo fallase alguna entrega grande y fuese capaz de presentar los hechos como si hubiesen sido culpa de William, quienes ocupan puestos

más altos en el Cártel, sus jefes, no dudarían en quitarle la vida. Una vez muerto William, Leila se quedaría sin protector y volvería al, para ella, cruel anonimato del trabajo obligatorio para la subsistencia.

De este modo, la venganza estaría consumada matando, nunca mejor dicho, dos pájaros con la misma bala.

El descubrimiento de esta solución, ha sido como un bálsamo para mi espíritu destrozado; ahora que tengo muy claras mis metas, sólo queda el poner a punto los planes que me permitan alcanzarlas. Lo primero que debo hacer es ganarme la confianza de Restrepo y no dar a conocer que estoy al tanto de la relación entre él y Leila. Va ser muy difícil fingir, cuando hable por teléfono con alguno de los dos, que no sé nada de lo que se traen entre manos; pero es primordial que sea capaz de disimular si deseo acabar con ambos. Por otra parte, sólo conozco del narcotráfico un segmento muy pequeño puesto que, nunca, he vivido con ellos ni sé cómo reaccionan por lo que debo entrar poco a poco en esa especie de hermandad secreta, para conocer su funcionamiento.

Ahora sé lo que quiero y qué debo hacer para conseguirlo; el cómo, lo iré descubriendo en el camino.

Se van a cagar.

Ni siquiera el “Araguato” y el “Capi” me sirven de ayuda a la hora de exponer mis sentimientos; por eso me veo en la obligación de volver a trazar palabras en este papel que se ha revelado, conforme mi vida corre hacia la meta de la venganza, en el único confidente válido del que puedo echar mano. Las ganas de contar lo que sucede en mi alma fatigada y la soledad, casi autista, en la que me encierro a veces, hacen que escribir sea el desahogo por excelencia para el veneno que inunda mis entrañas.

Hace apenas algunos días pasé la primera prueba de fuego, posiblemente la más difícil de las muchas que debo afrontar a partir de ahora, al contestar una llamada telefónica que William hizo desde Colombia.

El hecho de tener que tragarme todas las palabras que acudían a mi boca para fingir una sumisión que estaba muy lejos de sentir en esos momentos, fue un ejercicio de autodominio que casi me hizo sudar sangre; pero si creía que después de enfrentar a William sin dejar ver que ya lo sabía todo me permitía encarar cualquier cosa sin titubear, al oír la voz fingidamente triste de Leila suplicarme para que siguiera obedeciendo en todo a su amante, estuvo a punto de romper el frágil equilibrio mental que mantenía hasta entonces.

Nadie sabe cuánto me costó no ponerme a gritar mi rabia, mi frustración y mi dolor a la mujer que me había destrozado la

vida. Quien no haya pasado por una situación parecida, no puede conocer el alcance real de aquel esfuerzo casi físico; no exagero al decir que el esfuerzo era corporal puesto que las palabras parecían agolparse en mi garganta, ahogándome en rabia, al tiempo que las manos me temblaban y las piernas se negaban a sostenerme. Al final, un atisbo de cordura hizo que me sobrepusiera a la situación y logré que la ronca furia en mis palabras se confundiera con gutural voz de tristeza.

En medio de un nudo de sentimientos encontrados, pude solventar la situación echando mano de lo único que podía mantener mi frialdad: la voluntad de conseguir la venganza más temprano que tarde.

Sólo apoyado en ese afán revanchista pude salir con bien de aquella llamada telefónica cuyo contenido, al menos eso creo, no fue distinto al de otras ocasiones; pero cuando colgué el aparato, la sangre alterada me dio un vuelco y la única reacción que pude encontrar para descargar la rabia que empapaba cada una de mis células, fue dar una patada a la silla que se cruzó en mi camino y estrellarla contra la pared.

Sentado en el suelo de la terraza frente al mar, buscando consuelo en la paz del paisaje, he pasado días enteros pensando en cómo las personas pueden llegar a ser tan malvadas. El caso particular de William, narcotraficante, manipulador, y también probablemente asesino, era entendible; una mente tan podrida como la suya, dedicada solamente a causar un gran daño a sus semejantes, a buscar su beneficio personal a costa de la vida de miles de personas, era capaz de hacer

cualquier cosa para salirse con la suya sin sentir remordimientos por todo el mal que sembraba a su paso.

Lo de Leila me parecía inexplicable ¿Cómo una persona que ha convivido con otra compartiendo cama, mesa y futuro, puede ser capaz de hacer daño sin sentirse mal por dentro? ¿Cómo una mujer, aparentemente dulce, tiene la frialdad suficiente como para engañar a su pareja y fingir que aún le sigue amando? ¿Cómo esa zorra puede todavía simular su secuestro ante un hombre que, como yo, ha dado todo por ella y ha seguido sus pasos hacia donde quisiera ir?

No tengo respuesta para estas preguntas porque, yo, sería incapaz de hacerle a Leila algo parecido; pero esta guerra que no he iniciado, se nota en el aire y, una vez que me han atacado ambos por donde más me dolía, tengo pleno derecho a devolver la agresión.

Mientras escribo estas frases cargadas de ira, me doy cuenta de que la solución no es tan fácil como aparenta; a veces, debo reconocerlo, en medio de una crisis de rabia, cuando la decepción se apodera de mis pensamientos, todavía me sorprende algún pensamiento dulce o afectuoso que enfoca a Leila intentando justificar su actuación, y no entiendo cómo puedo albergar todavía sentimientos cariñosos hacia una mujer que me ha destrozado por dentro y me ha deshecho la vida.

Sin embargo, la descarnada realidad, es así aunque me pese. Si ella ha intentado asesinar todo el amor que le tenía, no ha logrado totalmente sus objetivos puesto que, en un pequeño

rincón de mi alma, todavía se conservan intactos algunos de los momentos más hermosos de mi vida que, sin asomo de duda, los he vivido con ella a mi lado.

Pero, a pesar de esta mezcla incongruente de sentimientos, mi plan para escarmentar a estos dos traidores, sigue su curso imparable. En esta última llamada, en la que William no me ha dicho nada sobre un próximo trabajo, me he mostrado más sumiso que nunca, dispuesto a cumplir sin tardanza todas sus órdenes y, como al desgaire, he dejado entrever que un poco de dinero no me vendría mal en estos momentos. La excusa que he dado para tamaña insensatez es la de que desearía comprar un barco más grande para poder transportar mayor cantidad de mercancía; como por descuido, he aludido a la ilusión que tenía en comprar el “Shark”, aquella hermosa embarcación que debía seguir amarrada en Panamá, puesto que, tanto William como Leila, saben lo mucho que, hace algún tiempo, me gustaba aquella nave y, no sería nada extraño que, viendo la facilidad para disponer del dinero necesario, todavía quisiera echarle la mano encima.

Si todo funciona como lo pienso, muy pronto William dará señales de vida de nuevo para encargarme otro trabajo. A él le interesa que yo me vaya metiendo más en el “negocio”, de esa manera me tiene mucho más atado, más dispuesto a seguir sus indicaciones, y a mí, supuestamente, el dinero me está haciendo perder la cabeza ya que, según le mentí a William, estoy dispuesto a comprar un barco más grande para ampliar la capacidad de transporte de cocaína por el Caribe, lo que, en teoría, me mantendría más sometido a sus órdenes.

Espero, por mi bien, que la salvaje intuición de William, su maldad intrínseca, no le ponga sobre aviso ni le haga dudar de mis intenciones.

Es muy cierto que mi vida ha dado un vuelco brutal y, a pesar de todo lo malo que me está ocurriendo, todavía sigo encontrando algún rastro de paz en el escenario natural que me rodea; la belleza del mar en calma encerrado en la bahía, los majestuosos atardeceres que parecen pintados sobre la playa de Barlovento y la idílica imagen de los pescadores volviendo de faenar, logran desacelerar mi pulso.

Eso sucede fuera de la vivienda, pero una vez que entro en la casa, las cosas cambian; el ambiente lóbrego que le da a lo que nunca ha sido un verdadero hogar la penumbra en la que mantengo todas las estancias, la ausencia total de música y el silencio casi sepulcral en el que me muevo a diario, aún a sabiendas de que no me favorece en absoluto, alimentan mi depresión haciendo que me sienta a gusto revolcándome en la mierda que anega mi espíritu.

Lo mejor para mí, lo más sano en estos momentos, sería marcharme de aquí, abandonar la casa por un tiempo y tratar de distraer mis pensamientos; poner tierra de por medio para ver si mis obsesiones se quedan encerradas entre estas cuatro paredes, podría ser una buena decisión. Debo superar esta amargura que me está envenenando y arrastrar mi cuerpo al sol para que, como los reptiles, mi sangre helada adquiera la temperatura adecuada que me permita volver a realizar una actividad que logre distraerme de mis obsesiones.

Desde hace días estoy anunciando al “Capi”, una visita que sirva de excusa para charlar y tomar unas copas en compañía; pero no termino de disponerme para hacer el corto viaje porque, en el fondo, aprecio la soledad de la que he conseguido rodearme a base de ir renunciando paulatinamente a mi forma de vida anterior.

Decir ahora que, en el fondo, es una soledad buscada sería mentir con descaro puesto que siempre, desde mi niñez, he necesitado de la compañía de otras personas para sentirme cómodo en la vida; ahora, desde que la vida se ha empeñado en mostrarme su cara más desagradable, encuentro en la soledad el estado anímico preciso para amargarme con lo que podía haber sido y nunca fue.

Es cierto, creo que sólo por hacerme daño o por mantener abierta una herida que, de por sí, no quiere cerrarse, que imagino a veces cómo sería mi vida actualmente con Leila si su primo no hubiese incidido en nuestra plácida existencia, o si ella no hubiese hecho lo posible por ocupar la cama de William, cosa que todavía tengo que descubrir.

Siempre que dedico algún tiempo a tan estúpida ocupación, la rabia termina por corroer mis venas cuando me pongo a inventar escenarios idílicos que nunca se harán realidad y me ataca los nervios pensar que los verdaderos culpables de todo esto, se estarán acariciando sin prisas mientras se burlan de mi credulidad y mi estupidez.

Por el contrario, en otras ocasiones, pienso que yo también debo cargar con parte de la culpa que les atribuyo por haberme cegado en la consecución de dinero fácil, sin pensar que, en la vida, cuando todo va bien es que algo malo se está preparando para llamar a la puerta.

También es muy cierto que, sabiendo como sé la falsedad del secuestro de Leila, podía dejarlo todo como está y cambiar de país, de costumbres, incluso de ocupación, ya que William no tiene ya con qué presionarme; pero el deseo de venganza que siento en lo más profundo de mi ser, es mucho mayor que mi seguridad personal, que mi vida, e infinitamente más importante que la posibilidad de caer en prisión.

Esta fuerza desconocida, exagerada, furibunda a veces, me empuja a seguir, con todas las consecuencias, en este camino de flagrante ilegalidad con la esperanza de que, algún día, pueda ver a los dos amantes a mis pies, bien sea muertos o bien humillados suplicando un perdón que no merecen.

Sé que estoy jugando con un fuego que puede acabar por abrasarme; pero ni la amenaza del ígneo rescoldo recocado de mil infiernos dominados por un millón de diablos sicópatas sería capaz de apartarme del camino que me he trazado: voy a terminar con los dos traidores.

Aún no sé cómo lograrlo, pero estoy seguro de que algún día lo conseguiré.

Muchos dicen que el camino se hace al andar y el dicho no se aleja mucho de la verdad, sobre todo para quien transita por sendas desconocidas como es mi caso actual. Desde que inicié la tarea que, supuestamente, me llevará a conseguir la venganza sobre los dos primos, casi no me ha quedado tiempo libre para mí; por esa razón no he tenido la oportunidad de escribir en el cuaderno todo cuanto sucedía aunque, si lo pienso con detenimiento, tampoco es que tuviera demasiada necesidad de hacerlo.

La ejecución de mi venganza absorbe todos y cada uno de los minutos de mi vida deformando, a veces por completo, mi desmejorado raciocinio y, quizás por eso cometí un error que estuvo a punto de costarme muy caro.

Tantas vueltas le estaba dando a la cabeza, tanto me estaba estrujando el cerebro que, una madrugada decidí forzar las cosas, dar un giro más de tuerca al asunto y, en ese duermevela estúpida de los amaneceres que siguen al insomnio en los que todo parece posible, resolví que podía ir a Bogotá para enfrentarme cara a cara con William y solucionar, de una vez por todas el problema que me está volviendo loco. Ahora me doy cuenta de lo estúpido que fui y del error que cometí al viajar hasta Colombia desafiando a William.

En el fondo sabía que estaba consumando una tontería pero seguí adelante con esa locura porque no estaba en condi-

ciones de pensar con frialdad; el dolor que sentía al saberme engañado por Leila, William quedaba desde hacía algún tiempo en segundo plano, era mucho más fuerte que la sensatez. Una vez en el avión, cuando ya estaba muy cerca del objetivo, me asaltaron todas las dudas que habían permanecido escondidas en mi cerebro. Mientras miraba las nubes que parecían un colchón de lana sucia bajo el avión, empecé a pensar que no estaba obrando correctamente y, a ratos, estuve tentado de tomar un avión de vuelta en cuanto llegara al aeropuerto; pero el hombre dolido es estúpido por naturaleza y yo no supe evaluar la situación por lo que, de manera idiota, seguí con el absurdo plan inicial que había ideado.

Lo primero que me llamó la atención cuando pisé tierra colombiana, una vez fuera del aeropuerto, fue que el paisaje no tenía la misma luz ni la belleza del día de mi llegada a Sudamérica; alguien le había robado el encanto, la magia, mientras yo estaba en mi nido venezolano.

Tampoco la ciudad era tan imponente ni los monumentos tan bellos como recordaba y la gente, que en su día me había parecido encantadora, mostraba su peor cara revelándose como seres agrios, secos y cortantes; cabía la posibilidad de que fuera yo el que apreciaba las cosas de ese modo, que el distinto era yo mismo, o que todo se confabulaba para darle a mi existencia un tinte oscuro y deprimente.

Tenía tantas ganas de que las cosas terminasen que ni siquiera había reservado una habitación de hotel para pasar la noche, por lo que, sentado frente a una mesa del restaurante

“La Mansión”, me dediqué a pensar cuál sería mi próximo paso.

Mi primera intención era la de llamar a William y decirle que lo sabía todo y que se fuera a tomar por culo; pero aquello no me pareció una buena solución puesto que estando en Bogotá, podía ser blanco fácil para sus sicarios. Otra de las cosas que podía hacer era presentarme en su chalet y, una vez en la puerta, algo se me ocurriría; pero, gracias a las explicaciones del “Araguato” sabía muy bien cómo reaccionaban todos los componentes del Cártel ante situaciones extremas, como para ofrecer un blanco tan fácil.

Al final, tras devanarme los sesos en un largo proceso de eliminación, me quedaban dos opciones. La primera de ellas era llamarle y decirle que iba a viajar a Bogotá y, para aprovechar el desplazamiento podíamos hablar los dos; la segunda era decirle sin rodeos que estaba en la ciudad y que deseaba ver a Leila y hablar con ella.

Después de mucho pensar creí que lo más conveniente sería decirle que estaba en Bogotá y quería hablar con él, descartando la primera opción puesto que podía haberse dado la circunstancia de que él me hubiese llamado a San Juan de las Galdonas.

Armado tan sólo de un valor inconsciente e irreflexivo, llamé a William desde una cabina telefónica para decirle que estaba en Colombia y quería hablarle; pero al tercer pitido que oí por el auricular, me arrepentí y colgué sin esperar res-

puesta. Había cometido un error y, lo único que me quedaba por hacer en esos momentos era volver a Venezuela fingiendo que nada había sucedido.

Mil veces, en el viaje de vuelta, me acusé de estupidez, de imbecilidad profunda por haber puesto en marcha una actuación que, de haber tenido algún resultado, no hubiera sido bueno para mi salud; antes de llegar a San Juan de las Galdonas, celebramos, en compañía del “Capi y César el “Araguato”, una pequeña reunión en la que les conté, para su desesperación lo que acababa de hacer y, si no solucionó nada en sí misma, al menos tuvo la virtud de despejar mi mente y relajarme un poco después de la tensión a la que yo mismo me había sometido innecesariamente, en mi deseo imbécil de vengar la traición que me habían hecho.

Nada más llegar a San Juan de las Galdonas, con el ánimo sombrío y la voluntad de encerrarme otra vez en la umbría casa, sin otro futuro posible que el de seguir torturándome diseñando planes que nunca llevaría a cabo, sucedió una cosa que ha cambiado por completo mi percepción de la vida.

Al pasar por una de las empinadas calles que iban de la playa al pueblo, unos niños, metidos en una enorme caja de cartón, jugaban a ser pescadores y lanzaban su imaginaria atarraya en el mar de cemento que era la acera. Cerca de ellos, una mujer joven, con un bebé en brazos, los miraba con una sonrisa en los labios mientras que su marido la enlazaba por la cintura observándola con cariño.

Aquella hermosa imagen, ese grupo escultórico que duró la centésima parte de un segundo, se clavó en mi alma con la violencia de un rayo; esa especie de composición artística en el claroscuro de la mañana me demostró que, a pesar de todos los problemas económicos que debían capear muchas familias casi sin recursos económicos, vivían disfrutando de los pequeños detalles amables que la existencia ofrece de vez en cuando, como el beso inesperado de una mujer hermosa, sin cuestionarse demasiado el pasado ni el mañana. La evidencia de que, a pesar de todo, la vida sigue su curso, hizo que mi mente diese un vuelco brutal.

Cuando llegué a casa, abrí todas las ventanas y, tras semanas de oscuridad, la luz del día tomó posesión de todos los rincones poniendo de manifiesto el descuido en el que había caído. Sin deshacer el poco equipaje que había llevado conmigo, me dediqué a limpiar la casa con un brío digno de mejores causas, poniendo especial cuidado en desmontar el altar que había dispuesto en su día para cuando volviese Leila.

Tras terminar el trabajo de limpieza, me senté para contemplar la casa que resplandecía bajo la luz cruel de un sol desatado. Lo primero que me vino a la mente es que, en aquella vivienda que Leila nunca había ocupado, faltaban muchas cosas; su risa por los rincones, su mirada brillante en los atardeceres o la flexibilidad de su caminar ondulante al ritmo de una música que sólo ella podía oír.

A pesar de esas carencias, llené algunas cajas con todo lo que me sobraba en la casa y las amontoné fuera de mi vista para

no tener que topar con ellas a cada rato; aquella especie de menaje total, de baldeo exhaustivo al que sometí la casa, dio sus frutos antes de lo que esperaba dejándome el alma en paz, como si la misma limpieza general de la vivienda la hubiese hecho en mi propia conciencia.

Me encontraba mucho mejor.

Si la vida te da limones, haz zumo con ellos, decía un refrán; pero yo estaba dispuesto, en aquellos momentos no sólo a preparar jugo sino a plantar las semillas para conseguir más árboles. Aquella nueva disposición que había descubierto tras la breve contemplación de una escena cariñosa, puso en mi espíritu un pequeño germen que, con el paso de las horas parecía ir creciendo hasta llenarme por completo de la vitalidad que creía perdida sin remedio; por vez primera en mucho tiempo, me sentía reconciliado con la existencia y con mi propia vida.

Como no todo podía ser perfecto, al anochecer, recibí una llamada de William para preguntarme qué tal me iban las cosas. En décimas de segundo pensé que, por algún extraño conducto, se había enterado de mi viaje a Bogotá, y deseaba sorprenderme en un fallo; pero adelantándome a esa posibilidad, le dije que todo iba bien, que había viajado esos días a Colombia para conseguir un nuevo visado de turista y que todo estaba arreglado por el momento.

El silencio que siguió a esta confesión, me produjo mala impresión; luego William, con la voz un poco más opaca que

de costumbre, me preguntó por qué no le había llamado y dónde había estado.

No quise que descubriese una mentira que le hiciese sospechar, no era imposible que pudiese comprobar lo que yo le dijera, y le comenté que una vez en Bogotá, me había ido al restaurante “La Mansión”, en donde había esperado la salida de mi vuelo de vuelta y que, seguidamente había regresado a Venezuela; pero William insistió en saber por qué razón no le había llamado.

Por un momento pensé en someterme y, desde la sumisión, decirle que no me había atrevido a molestarle sin avisar con anticipación; inmediatamente comprendí que aquella no sería una respuesta apropiada para un hombre dolido y, alzando un poco la voz le dije que no creía tener nada que hablar con él hasta que Leila no recuperase la libertad. El cambio de tono en la voz de William me confirmó que había acertado en mis apreciaciones y que él había quedado conforme con mi respuesta. Después, cambió de tema para decirme que, en pocos días habría que realizar un transporte y que me llamaría al día siguiente para darme las instrucciones necesarias.

Mientras el “Cormorán I”, con sus potentes motores recién instalados, se balancea suavemente fondeado en la bahía, escribo estas líneas en el puente de mando para asustar el insomnio que, a tenor de los ronquidos que escucho, no hace mella ni en el “Capi”, ni en “Mandrake” y, mucho menos, en el “Araguato”.

¡Que me maten de una vez si este trabajo no ha sido el más excitante que he tenido hasta hoy! A pesar de que el peligro me puso buitres en el estómago en algún momento de la tarea, la aventura vivida de manera consciente, me ha hecho disfrutar como nunca, tanto de la travesía de ida como la de vuelta ¡Esto sí se parece a todo cuanto había soñado de niño! Lástima que tenga que vivir estas emociones en un sucio tráfico de drogas; pero la vida viene, no como queremos nosotros, sino como ella decide y en el momento que el destino considera oportuno.

Es la segunda vez que hacemos una entrega en la isla de San José, en la Guayana francesa y, al menos esta vez, lo he podido saborear. El trayecto hasta la costa colombiana, debíamos recoger la mercancía en la península de la Guajira, fue especial para todos puesto que, según las expertas opiniones del “Capi” y la tripulación, nunca en su vida habían visto tantos delfines juntos acompañando a una embarcación.

Decenas de esos simpáticos mamíferos marinos nos acompañaron durante algunas millas ejecutando una frenética danza que, a veces, nos ponía los pelos de punta. Durante algunas horas se entretuvieron, por grupos, en lanzarse a toda velocidad contra el casco del “Cormorán I” para, en el último momento, sumergirse antes de chocar con nosotros y aparecer después al otro lado ejecutando saltos de gran altura y elegantes cabriolas que nos mantuvieron apoyados en la borda contemplando el espectáculo.

Era noche cerrada cuando llegamos al lugar previsto para la entrega, algunas millas al norte del Cabo de la Vela y, tras ponernos de acuerdo por medio del walkie-talkie, se acostó a nuestro casco una lancha desde la que se hizo la carga y la correspondiente estiba de la misma. Poco más tarde salíamos con dirección este, hacia la costa venezolana para entregar parte de la mercancía en una pequeña bahía cercana a un lugar llamado Puerto Cumarebo.

Durante esta parte del trayecto, “Mandrake” aseguró con mucha seriedad que por aquella zona habían aparecido barcos fantasmas tripulados por espíritus. A partir de aquel momento, el “Capi” secundado por el “Araguato”, se dedicaron a mofarse del pobre “Mandrake”; señalando con el dedo por la borda, empezaron a descubrir aparecidos y, todos los animales que se cruzaban con nosotros, se convertían en la lengua ácida del “Araguato” en fantasmas.

Así nos rebasaron un grupo de delfines fantasmagóricos seguidos por albatros aparecidos y algunos peces venidos del más allá; lo peor no era que señalaran su presencia con grandes gritos de terror sino que César contaba las historias de todos y cada uno de los grupos, inventándolas prolijamente de principio a fin para desesperación de “Mandrake que, enfadado y con cara que avisaba de su malestar, bajó en cuatro zancadas a su camarote mientras nosotros nos agarrábamos los costados de tanto reírnos.

Mientras “Mandrake” rumiaba su mal humor, seguramente maldiciendo la verborrea y las ocurrencias del “Araguato”,

éste, en cubierta, empezó a mofarse de las supersticiones y de todas las creencias en aparecidos, con la misma desenvoltura con la que se hubiese burlado de sus primeros pañales. Nos contó una historia enredadísima en la que eran protagonistas todos los mitos de la panoplia esotérica venezolana. No pude memorizar todos los pormenores de aquella astracanada pero, tras múltiples aventuras, “La Llorona” terminaba en un burdel regentado por el “Negro Felipe” mientras “El Silbón” se dedicaba a tocar las maracas en el grupo de Reynaldo Armas.

Cuando hicimos la primera parte de la entrega frente al Cabo de la Vela, aún nos duraba el talante bromista, sobre todo después de la historia relatada por el “Araguato” y, quienes recibieron la mercancía, debieron suponer que estábamos muy acostumbrados a realizar aquel trabajo porque, mientras ellos se mantenían alerta para no ser descubiertos, nosotros reíamos por cualquier cosa; esos hombres estaban muy lejos de saber que nuestra hilaridad provenía de que, llegando al punto de reunión, cuando el “Araguato” vio la lancha que se acercaba, dio un grito de terror y, señalando la embarcación que venía hacia nosotros exclamó: ¡Mirad! ¡Narcos fantasmas! Aquella voz de “alarma” hizo que, cuando la enorme lancha llegó a nuestro lado, estuviésemos riendo como poseídos.

Seguimos nuestro trayecto hasta la isla de San José sin que “Mandrake”, verdaderamente ofendido por cuanto de jocoso había sucedido durante el viaje, nos dirigiese la palabra.

Una vez en la isla, después de entregar la mercancía, el “Capi” nos dijo que pensaba continuar la “mamadera de gallo” con “Mandrake” diciéndole que por ahí aparecían los espíritus de los presos; pero, entre César y yo, le convencimos de que aquello no sería prudente pues el hombre andaba con el genio muy alterado.

Ya nos preparábamos para dormir un poco antes de zarpar cuando vimos que “Mandrake” iba caminando muy despacio mientras miraba atentamente la arena de la playa. El “Capi”, verdaderamente interesado por lo que el marinero hacía, se acercó hasta él para preguntarle y, cuando escuchó que andaba buscando algo que hubiesen podido dejar los antiguos presidiarios, que por lo que le habían contado tenían bastante dinero y oro, vino a contárnoslo corriendo.

En menos de un minuto la mente fértil del “Araguato” había urdido un plan para seguir con el “chalequeo”.

César sabía que en mi cartera conservaba algunas monedas de un franco, que llevaba como un recuerdo de mi vida pasada en Francia, y me propuso enterrarlas en la arena sin que “Mandrake se diera cuenta, para que las encontrase.

Puestos de acuerdo los tres, saqué de mi cartera las cuatro monedas que tenía, las limpiamos con ayuda de una pasta que hizo el “Capi” con bicarbonato, sacado del botiquín de primeros auxilios, mezclado con agua dulce y, seguidamente las forramos parcialmente con barro que secamos con ayuda de una candileja que teníamos en la bodega para casos de necesidad.

En un descuido fatal de “Mandrake”, el “Araguato” sepultó las monedas en la arena y, pasado un tiempo prudencial, fui el encargado de acompañar al buscador de tesoros para conducirlo al lugar en el que estaban los francos enterrados; en menos de quince minutos, “Mandrake” nos mostraba ufano, desafiante, las brillantes monedas que había encontrado mientras nosotros hacíamos lo imposible por retener las carcajadas que se nos escapaban.

El resultado de esta historia es que, mientras nosotros dormíamos a pierna suelta, “Mandrake” pasó la noche buscando más monedas con ayuda de una de las linternas que llevábamos en el “Cormorán I”; tengo que decir que, aunque parezca mentira, a la mañana siguiente fue necesario obligar al buscador de tesoros a subir a bordo, amenazando con dejarlo tirado en la playa, puesto que deseaba seguir buscando monedas que, a buen seguro, estarían enterradas en la arena.

Ni que decir tiene que durante todo el trayecto hasta Puerto la Cruz, las conversaciones del “Araguato”, cuyas palabras sonaban a ratos sensatas y hasta respetuosas, se remitieron a la cantidad de tesoros abandonados por piratas y presos huidos que podían encontrarse en las playas caribeñas; escuchándole hablar cualquiera hubiera dicho que se trataba de un experto en aquellas materias.

A pesar de que “Mandrake” miraba de reojo a su compañero para calibrar la seriedad de sus afirmaciones; cuando se convenció de que el “Araguato” sabía de lo que estaba hablando, cometió el error de llamarle aparte para que le dijera qué

opinaba él sobre las monedas que había encontrado en la playa de la Isla San José.

César, con una formalidad increíble, miró las monedas una por una, las examinó con detenimiento y luego, tras entregarle las monedas a “Mandrake”, bajó a la bodega pidiéndonos encarecidamente que no le molestásemos durante un tiempo. Para nuestra sorpresa, apareció en cubierta al cabo de una hora con una especie de microscopio toscamente fabricado con ayuda de unos prismáticos, cinta aislante y unas llaves inglesas con el que se puso a examinar las monedas que le había pedido a “Mandrake” otra vez.

No sé ni cómo pudimos aguantar las carcajadas que pugnaban por salir de nuestras gargantas cuando el “Araguato”, con voz de catedrático, anunció que aquellas monedas eran de “cuando los españoles” y que tenían un gran valor. No contento con aquella disparatada afirmación, pontificó a lo largo del viaje de vuelta sobre la suerte que tenían algunos al encontrar un tesoro donde tantos otros habían pasado sin verlo. “Mandrake” estaba tan convencido de las razones esgrimidas por su compañero que, allí mismo, nos confesó que había decidido pedir prestada una barca y volver a la isla de San José para desenterrar todo el tesoro.

Por si todo esto hubiese sido poco, para acabar el viaje, de camino hacia el restaurante en el que solíamos celebrar los éxitos de las entregas, sucedió algo que puso la guinda final. Óbamos por la carretera en el coche que acababa de comprarse el “Capi”, cuando el “Araguato”, que había bebido unas

copas antes de salir, pidió que parase en una cuneta puesto que debía hacer “del cuerpo” según sus propias palabras.

El “Capi”, muy serio, afirmó que allí no podía detenerse puesto que le habían avisado de la presencia de piratas de carretera que acechaban para robar coches. Ante la insistencia de César, que decía no poder aguantar más, el “Capi” paró a un lado de la carretera, cerca de unos arbustos y, cuando calculó que César se encontraba en plena faena, sacó la pistola por la ventanilla y, apuntando al cielo, hizo varios disparos al tiempo que gritaba al “Araguato” que estábamos siendo atacados.

La imagen de César saliendo de entre los arbustos con los pantalones por las rodillas, era tan sorprendentemente cómica que nos impidió incluso reír. Cuando el “Capi” arrancó el coche como si realmente nos atacaran pudimos constatar que el “Araguato”, en su prisa por alcanzar el vehículo, había terminado la “faena” en los mismos pantalones por lo que, el olor a mierda en el interior del coche era insufrible.

Tras parar al lado de una charca para que pudiera lavarse, llegamos al restaurante e hicimos una entrada triunfal que sorprendió a los pocos clientes que ocupaban mesa: Mientras “Mandrake”, el “Capi” y yo abríamos el extraño cortejo con el rostro congestionado de tanto reír, el “Araguato” cerraba la marcha, caminando con la elegancia de un rey que desdeñase desde su majestad a quienes le contemplaban, con los pantalones chorreando agua.

La vida tendría que ser siempre así.

Parece ser que mi tranquilidad estaba durando demasiado. Estas semanas de paz, de conciliación con la vida, han resultado ser una pequeña tregua entre dos grandes guerras que he debido afrontar. Si estrené la semana con un lunes cargado de malos presagios, de intranquilidad injustificada, el martes llegó teñido de gris monotonía y el miércoles, sin aviso, se destapó como un día nefasto para mí; la anunciada visita del “Araguato” para pasar unas horas conmigo, auguraba un lapso de tiempo feliz, o al menos un rato entretenido con las ocurrencias de César y terminó convirtiéndose en una jornada aciaga que acabó con mi equilibrio interior.

Tras las libaciones de rigor que le dieron la bienvenida como era nuestra costumbre, César, que había llegado solo, de manera excepcional, en la barca del “Capi”, carraspeó como cada vez que debía abordar un tema incómodo para su interlocutor; desde luego, lo que relató a continuación, empleando para ello un par de horas largas, logró meterme la intranquilidad en el cuerpo al tiempo que se me erizaban los vellos en la piel del alma y me ponía el frío en las venas.

Al parecer, según los rumores que corrían por los cafetines del puerto y por las informaciones que habían llegado a oídos del “Araguato”, las autoridades de Surinam habían detenido en Paramaribo a uno de los hombres que había recogido nuestro último embarque en la isla de San José y, éste, bajo la enorme presión ejercida por los miembros de la DEA, había

contado cuanto sabía que, dando gracias a las precauciones que siempre tomábamos, no era gran cosa; pero sí era preocupante que el detenido, hubiera hecho alusión a que un barco proveniente de Venezuela, fuera el encargado de llevar la mercancía desde Colombia hasta la isla y entregarla.

Cuando César me contó aquello, me puse en pie, no podía sujetar los nervios de ninguna manera, y durante unos minutos estuve asomado a la terraza que daba al Caribe tratando de poner en orden mis ideas para afrontar el resto de la historia que el “Araguato” tenía que contarme.

Una vez que ocupé de nuevo mi lugar en el sillón, me apresté a escuchar atentamente aparentando una tranquilidad que no tenía; pero si ya estaba nervioso con lo que había escuchado hasta ese momento, lo que César me dijo después, me llevó al borde de la desesperación más emponzoñada.

La primera noticia que podía afectarnos era que las autoridades venezolanas, por consejo de la DEA, estarían buscando un barco que se ajustase a la descripción del soplón por lo que, como primera medida, habría que llevar el barco a la costa y pintar su casco de otro color además de añadirle algunos detalles externos para evitar su identificación.

En aquel momento no pude sino bendecir la previsión del “Capi” que se había empeñado en colocar en el casco del “Cormorán I”, sobre el nombre del barco que podía leerse por las dos amuras, un gran adhesivo que lo ocultaba a los ojos de quienes recibían la mercancía.

Pero aquella era la buena noticia; la mala era que en los bajos fondos se corría en voz baja la confidencia que el barco buscado estaba fondeado en Puerto la Cruz o en sus alrededores y, si lo sabían los delincuentes que el “Araguato” conocía de sus tiempos delictivos, pronto llegaría a oídos de las autoridades que, aún siendo normalmente permisivas con los malhechores de baja estofa, se mostraban inflexibles con los narcotraficantes, a no ser que estos desembolsaran una gran cantidad de dinero, lo que obligaba a repetir estos pagos cada cierto tiempo, a quien lo hiciera una vez.

Cuando César se hubo ido, aprovechando la marea de la tarde que le era favorable, me quedé solo en casa y, realmente preocupado por todo cuanto acababa de oír de labios de mi compañero, me senté frente al mar para tratar de solucionar este problema inesperado antes de que se produjera realmente y nos pusiese en peligro a todos.

Lo primero de todo era poner en conocimiento de William lo que sabía del asunto para que, al menos, él no creyera que yo tenía que ver con aquellos rumores si se enteraba de algo; seguidamente, como había acordado con César, repintar el barco y disimular su silueta de lo que se encargarían el “Capi” y el “Araguato” desde aquella misma noche.

William, como era su costumbre, no demostró si le afectaba la noticia que le estaba dando en esos momentos y, después de un largo silencio que también era habitual en nuestras conversaciones, decidió que no debíamos preocuparnos por aquel pequeño detalle.

Según su opinión, era improbable que pudieran detectarnos partiendo de la descripción de un soplón que había visto la embarcación, sólo una vez, de noche; pero cuando colgué el teléfono algo en mi interior me decía que no debía confiar en aquel individuo que tantos problemas me había causado.

Muy temprano, en la mañana siguiente, me puse en marcha hacia Puerto la Cruz para comprobar que mis compañeros habían empezado las tareas previstas; cuando llegué al taller en el que debía estar el barco, sólo encontré al “Capi” esperándome en su coche. Sorprendido por aquello, subí en el asiento del copiloto y el “Capi” me explicó que habían cambiado el lugar en el que el “Cormorán I” iba a ser repintado y modificado porque les parecía que, cuanto menos gente fuese testigo de la transformación de la embarcación, era mucho mejor.

En la nave a la que me llevó el “Capi”, situada frente a una pequeña cala desde la que se podía arrastrar el barco con ayuda de un g, inche de gran potencia que allí estaba instalado, sólo “Mandrake” y el “Araguato” se dedicaban a trabajar sobre el “Cormorán I”.

Su blanco casco, ahora impecablemente lavado, se estaba convirtiendo en verde con unas franjas que recordaban su antiguo color. Por otra parte, algunas cajas que contenían piezas plásticas, parabólicas, antenas fijas y piezas metálicas, esperaban a que el casco estuviese seco para ser colocadas sobre la cabina de mando, sobre las bordas y en cubierta para dar una nueva apariencia a la embarcación. Como siempre, el trabajo de mis compañeros, era impecable.

Esta tarde han venido a visitarme César y el “Capi”, para contarme las últimas noticias que se oyen por la calle y para decirme que el “Cormorán I” cambiada su apariencia, se encuentra flotando en la bahía de Cochaima y que nadie ha notado las diferencias.

En principio les regañé duramente por haber llevado la embarcación hasta un fondeadero en el que era muy conocida; después de aguantar el chaparrón de mis excitadas palabras, el “Capi” me explicó pacientemente que era el mejor lugar del mundo para esconderlo porque, según sus propias palabras” donde menos huele el perro es bajo su nariz y, cuando le dije que cómo pensaban ellos que los marineros y pescadores de Santa Fe no iban a notar los cambios, el “Araguato” contestó que eso sería normal si teníamos en cuenta que hacía mucho tiempo que el barco no había pasado por ahí y que nadie recordaba con exactitud qué arreglos habíamos hecho y de qué color lo pintamos después del incendio.

Por otra parte César, tan pragmático como siempre, dijo que una de las razones por las que el “Cormorán I” debía estar anclado en la bahía de Cochaima era que era mejor tener que llegar a un acuerdo con las autoridades de Santa Fe que con otros agentes venidos de fuera.

Su razonamiento era muy válido. En caso de que hubiese riesgo real de que la embarcación fuese reconocida, sería mucho más fácil sobornar a los policías del pueblo, y por supuesto mucho más barato, que intentarlo con unos desconocidos a tratar con narcotraficantes.

La medida adoptada por mis compañeros de fatigas, fue aprobada por consenso después de que pude entender las ventajas que nos ofrecía la nueva ubicación del “Cormorán I”, justo bajo la nariz del perro.

Pero hay una cosa que me preocupa porque César, más acostumbrado que nosotros a esta ocupación, ha comentado que, en alguna ocasión, los capos del Cártel, cuando una embarcación se quemaba, es decir, cuando un barco corría el riesgo de ser descubierto, lo utilizaban para pasar una pequeña cantidad de cocaína, que siempre era incautada por las autoridades, logrando así sacarlo de la circulación.

La pregunta que me hago es si William no estará tentado de hacer lo mismo con el “Cormorán I” haciéndome caer en una trampa tejida por él en lo que, por lo menos hasta el momento actual, se ha mostrado muy hábil.

He de reconocer que, en un principio he pensado que no se atrevería a intentar algo así puesto que yo podía decir que me había obligado secuestrando a Leila; pero en el mismo instante he caído en la cuenta de que, en caso de que yo fuese detenido y contase todo cuanto me había sucedido con William y la forma en la que me vi obligado a formar parte de los narcotraficantes, Leila lo negaría todo dejándome en una situación mucho más complicada que la tengo.

Durante algún tiempo he rumiado en silencio todas estas cosas dándoles mil vueltas en el cerebro y buscando solu-

ciones hasta que, aburridos de estar allí sin decir nada, mis compañeros se han despedido dejándome solo.

Cuando se han ido y he podido pensar con más tranquilidad, me he dado cuenta de que la cosa no pinta bien para nosotros; en todos los juegos peligrosos suele perder quien menos tiene para apostar y, en este caso en particular, nosotros no tenemos absolutamente nada.

Es muy posible que William intente algo, en el sentido de hacerme caer en una celada, porque no tiene conciencia ni conoce más dios que su propio beneficio; él sabe perfectamente que, aunque yo me atreva a delatarle si soy detenido, se encuentra protegido por la complicada trama de sobornos que lo mantiene alejado de prisión desde hace algunos años.

Su capacidad económica está muy por encima de la mía y, por ese lado no tengo nada que hacer contra él. Por otra parte, esta es una buena oportunidad para, si me detienen por averiguaciones a propósito del “Cormorán I”, pactar con la DEA para acabar con William y llevar a cabo mi venganza contra los dos amantes que tanto daño me han hecho.

Sí, sería una buena ocasión; pero ¿cuánto tiempo seguiría vivo después de contar a las autoridades todo cuanto sé?

20

Las cosas están volviendo a su cauce porque hoy he sabido que las autoridades de Venezuela, una vez que la DEA aflojó la presión de los primeros días, ha vuelto a sus ocupaciones habituales sin prestar mucha más atención al asunto. Al parecer, revisaron varios barcos en la bahía de Cochaima pero, al “Cormorán I”, ni lo abordaron ya que todos los pescadores coincidieron en que el barco tenía esa apariencia desde que sufriera un incendio provocado hacía ya algunos meses.

(Aquí falta una hoja completa del diario que ha sido arrancada)

(Sigue) por lo que, sin protestar demasiado, acepté lo que William me decía. Estoy seguro de que esta llamada para saber si todo anda correctamente tiene una segunda intención, una razón que me oculta; pero no voy a ser tan estúpido ahora como para descubrirle mis pensamientos y mis intenciones a un individuo que, estoy seguro desde ya hace algún tiempo, me está buscando las espaldas, está esperando un descuido para arruinarme por completo.

Lo que tengo claro es la voluntad de seguir adelante hasta que pueda escapar de las garras del Cártel, de William y de su puta madre, para volver a Europa sin la carga de un amor desdichado que me ha roto por dentro, libre como las nubes y con algo de dinero que me permita empezar una nueva vida sin apuros económicos.

Estoy seguro de que, en algún lugar de Europa, hay una mujer que me está esperando, sin conocerme todavía, para enjuagar con sus besos todas las lágrimas que no he vertido por causa de Leila y mudar con sus caricias mis muecas de dolor en sonrisas.

Cuando pienso en el regreso, de manera automática, vienen a mi mente las calles de Marsella, los acantilados de Cassis sur Mer y el puerto de la Joliette; pero no puedo volver allí puesto que, si logro fugarme de aquí con vida, Leila le diría a William dónde encontrarme y, desde el momento en que lo supiera, mis días estarían contados.

Para instalarme, debo buscar un lugar del que nunca haya hablado con Leila; quizás el país de mi padre, España, sea un buen lugar. Para ello debería reclamar la nacionalidad española que legalmente me pertenece y, de ese modo, todo sería más fácil.

Estudiando esta posibilidad, me he dado cuenta de que no sería tan difícil puesto que, ni en Venezuela, ni en Francia y todavía mucho menos en España, tengo antecedentes penales que pongan trabas a mi nacionalización como ciudadano español.

Es cierto que tendría que llenar un montón de papeles para lograrlo pero ¿qué suponen los impedimentos de los burocratas si consigo la libertad plena y una nueva vida? Es un esfuerzo que merece la pena hacer.

Por momentos siento cómo los acontecimientos se aceleran progresivamente y los hechos se van sucediendo sin apenas

darme tiempo a pensar con tranquilidad. Parece mentira que una llamada de William haya desatado en mi interior esta tormenta de reflexiones; es posible que me esté convirtiendo en un neurótico que ve enemigos en todas las esquinas pero, si algo me han enseñado estos últimos tiempos, sobre todo Restrepo y su querida, es a no fiarme de nada y estar preparado para cualquier cosa.

Si la vida da vueltas, no cabe duda de que, ahora, estoy en el lado oscuro.

Ahora que las cosas están empezando a salir como yo deseaba, no siento ni siquiera alegría; quizás esperaba mucho más de este momento tan especial que estoy viviendo y la frialdad con la que acogí la noticia, la indiferencia con la que asumí que mi hora por fin había llegado me ha dado mucho en qué pensar.

El caso es que cuando colgué el aparato telefónico, después de hablar con William, respiré profundamente y sentí una satisfacción que me hizo temblar de excitación pero, pasado apenas un segundo, se borró la sonrisa de mi rostro y supe que había llegado la hora de reflexionar.

La llamada, a pesar de que la estaba esperando, me tomó por sorpresa haciéndome saltar del sillón. Nada más descolgar el aparato, el tono de voz con el que William me saludó, tenía esa extraña vibración de las grandes noticias; justo entonces supe que, a partir de aquel momento, empezaría a transportar cargamentos más grandes, de mayor responsabilidad.

Restrepo, después de una corta introducción, dijo que me creía lo suficientemente preparado para acometer encargos de mayor compromiso y que, si yo era inteligente, en un par de trabajos, podría recuperar la libertad de Leila y, si había sido comedido en mis gastos, podía rehacer mi vida, en cualquier lugar del mundo, con una buena cantidad de dólares en mi poder. Una vez terminada la breve conversación, anun-

ciadora de un inmediato transporte, me senté en la terraza mirando al Caribe, como hacía siempre que debía reflexionar, y me puse a pensar en la conveniencia de utilizar el próximo embarque para llevar a cabo mi plan y hundir de manera definitiva a los dos amantes traicioneros para hacerles pagar parte del daño que ambos me habían hecho.

Alguien me dijo una vez que el peor enemigo lo llevamos sobre los hombros y que la derrota, al lado de la victoria, anidan juntas en nuestro pecho; sólo depende de cada cual echar mano de la que desee con más fervor. Escribo esto porque, recién recibida la noticia que me había dado William, mi cabeza se convirtió en un hervidero de sensaciones, de pensamientos y planes, encaminados a desquitarme de una vez para siempre del perjuicio recibido; si en principio todo parecía favorable a mis intenciones, nada lo era si intentaba adivinar las reacciones del colombiano.

El hecho de no ser realmente un narcotraficante, me ponía en desventaja. La verdad era que, a poco que lo pensara, no sabía cómo reaccionaban, cómo vivían y de qué manera cavilaban quienes se dedicaban al tráfico de la muerte en polvo.

Suponía, como todo el mundo, que eran gente extraña, sin sentimientos, excepcionalmente dura, asesinos fríos que no dudaban en quitar de su camino cualquier obstáculo que les dificultase el paso; pero aquellas suposiciones, elaboradas a partir de lo que nos transmitían los medios de comunicación y las películas, podían estar equivocadas o tergiversadas por intereses creados. Debía conocer perfectamente por

qué código secreto se regían para poder, desde dentro, hacer lo que tanto anhelaba, sin correr el riesgo inútil de perder la vida o, lo que sería peor para mí, la libertad para siempre

Me costó algunas horas expulsar de mi cerebro los prejuicios que llegaban a mí en bandadas y, tratando de ser lo más exacto que fuera posible, inicié la ingente tarea de adivinar los más escondidos pensamientos de un narcotraficante, utilizando para ello lo único que poseía: mi experiencia personal adquirida durante mis conversaciones con William.

Basándome en las veces que había hablado con él, frente a frente, William era un hombre de mirada fija, penetrante, que vigilaba cada una de las reacciones de su interlocutor para adelantarse a lo que el otro pensaba, con tiempo suficiente para preparar la defensa, o el ataque, según le conviniera en cada momento.

Parco en gestos ampulosos, se diría sobrio en su lenguaje gestual, solía escuchar con atención y, cuando hablaba, miraba fijamente a los ojos. Todos aquellos detalles decían bien a las claras que William Restrepo era un hombre inflexible, frío, calculador y, sobre todo, que no daba un paso sin haberlo pensado mucho.

Por otra parte, el trato personal del colombiano fuera de los negocios como había visto alguna vez, era correcto, de una educación refinada y sabía utilizar una sonrisa plagada de blancos dientes, como un arma arrojadiza, o de seducción, que encandilaba a quien cometía el error de confiar

en su expresión facial: Un verdadero encantador de serpientes salvajes.

No creía haberme equivocado en mis apreciaciones y, si acaso albergaba alguna duda, su comportamiento para conmigo, hablaba por sí solo. Con el enésimo cigarrillo de aquella tarde llegaron las conclusiones.

Si descartaba la parte de culpabilidad achacable a Leila, que no era la más pequeña por cierto, la actuación de William había sido la de un perfecto manipulador. Debía tener en cuenta que los primos amantes, los mismos que me han cornificado sin asomo de piedad, podían estar de acuerdo aún antes de que yo llegase a Colombia. Una de las preguntas que me hice fue si Leila no había actuado como correo de William y llegó a Europa en busca de una víctima; pero la pregunta era tonta puesto que, para que aquel plan funcionase, debían concurrir dos cosas: Primero había que tener muchas mujeres buscando para escoger al candidato oportuno y, en segundo lugar, muchos incautos como yo mismo que cayeran en la red.

Lo más probable era, dejando las fantasías que tanto me gustaban a un lado, que Leila y William hubiesen tenido un cierto roce familiar en su adolescencia, en el caso de que en realidad fuesen primos, y tras verse de nuevo en Bogotá, cuando ella y yo llegamos desde Francia, fuesen intimando más; todo eso, unido a las repetidas ocasiones en que se vieron a solas cuando Leila viajaba a Colombia para entregar las cuentas del asador-restaurant, pudo convertir una relación familiar en una irrefrenable atracción personal.

Como explicación, estaba bien, aunque todo aquello no aclaraba en absoluto el por qué hicieron de mí un objetivo. Lo podía entender por parte de William. Un tipo que se dedicaba al narcotráfico, con una cierta posición en el Cártel, no llega hasta su nivel desaprovechando las oportunidades que se le presentan. Me vio sin mucho dinero, y se ocupó de mí hasta conducirme al transporte de cocaína en ladrillos; pero no creo que lo tuviera todo planificado desde el principio sino que, al ser muy listo, no digo inteligente sino muy listo, fue creando el plan de acción a medida que se desarrollaban los acontecimientos y supo llevarme hasta donde quería.

Mientras repasaba lo que había escrito a propósito de William, una verdad que no admite discusión se ha hecho evidente para mí: estos individuos, los narcotraficantes, viven de explotar las debilidades de los demás. Debo reconocer que, si me hubiese comportado de otro modo, las cosas no hubiesen llegado tan lejos. He sido un cabezaloca, a veces un poco imbécil, y me he dejado llevar por el facilismo.

El hecho de creerme un as en el negocio del asador, así como en el del turismo con el “Cormorán I”, me cegó de tal manera que fui incapaz de mirar un poco más allá de mis narices.

Concentrado en la borra de mi propio ombligo achaqué a mi inteligencia, a mi habilidad, unos éxitos que, probablemente, sólo estaban hechos de la materia con la que se manufactura el triunfo: dedicación y horas de trabajo. Por lo tanto, siendo fiel a la verdad, nunca he sido un gran negociante sino un hom-

bre trabajador que se entrega en cuerpo y alma a la tarea que le adjudican ¡Ahora lo veo claro! William me aduló durante semanas, meses diría yo, hasta que perdí por completo la perspectiva de mi lugar real en el mundo. Me hizo creer que era un fuera de serie y yo, en mi credulidad de pardillo recién llegado al país del “rebusque”, caí como un tonto en las dulces redes de la autoadmiración más narcisista.

Quizás ayudó el hecho de que, por primera vez en mi vida, no tenía que contar el dinero para pagar mis gastos y los de Leila, que no eran pocos, y si, alguna vez hacía corto de efectivo, no tenía sino que levantar el teléfono y pedir porque, al otro lado, siempre estaba el primo William para sacarme del apuro; no puedo entrar ahora en el asunto de incendiar el barco ni de ordenar a los piratas que nos asaltaran porque, si se piensa bien, sólo hizo lo que más convenía a su negocio.

El caso de Leila merecía una reflexión por sí mismo, extrapolándolo del de su primo porque, ella, tuvo que ser parte activa en la trampa que me tendieron y, para eso, todavía no encuentro la explicación; una mujer que vive con su pareja, por muy intenso que sea el amor que surja por otro hombre, no le hace pasar por el calvario de un supuesto secuestro para favorecer a su nuevo enamorado.

Es cierto que Leila era una mujer que derrochaba todo cuanto le llegaba a las manos sin tener en cuenta el día de mañana. Esta forma de vivir al día, que en Francia me parecía fruto de la inexperiencia, la he visto a menudo en muchas familias de Sudamérica. Unas veces es debido a los pocos in-

gresos que tienen; pero en gran parte, esta forma de pensar, es un efecto secundario que nace de la educación recibida y del “mañana será otro día”.

Es muy posible que la bondad del clima, la fertilidad de la tierra y la eterna disposición de los amigos a echar una mano, contribuya a ello; el que no haga falta mucha ropa para abrigarse, la cantidad de fruta que se produce, o crece sin cuidado alguno y lo barata que está la vida, termina de cerrar este círculo vicioso en el que, el ahorro, no siempre es una virtud reconocida por los demás.

Leila gastaba demasiado, sí; pero yo tampoco le puse freno a la situación cuando aún estaba a tiempo, quizás porque, estando enamorado de ella como un colegial, todo me parecía bien al principio de compartir vida en pareja.

Posiblemente, de seguir viviendo en Marsella, ella hubiera terminado por acostumbrarse a llevar de manera correcta la administración de la casa; pero con la cantidad de dinero que nos llegaba desde el asador, en un principio, y las importantes sumas, en dólares, que yo le daba en la época más productiva de la empresa del transporte de turistas, nunca tuvo que hacer cuentas para llegar a final de mes y, su desprendimiento hacia el dinero, se fue agravando con el paso del tiempo hasta llegar a ser un pozo sin fondo.

A tenor de los hechos no puedo sino reconocer que también he sido culpable, al menos en parte, de todo cuanto me sucede. En el caso de William por haber cedido a la adulación

y al facilismo; en el caso de Leila, por no haber sabido poner coto a sus desmanes desde el primer día que empezó a sobrepasar nuestra capacidad adquisitiva; pero una vez reconocida mi cuota de culpa, sólo me resta pasar página, por muy duro que eso sea y empezar mi nueva vida, la que vendrá después de salir de este enredo, con unas miras totalmente diferentes a las que, hasta hoy, he tenido.

Rectificar, dicen, es cosa de sabios.

La mañana de hoy tiene un aroma especial. Intuyo que me estoy acercando al punto más difícil de mi vida y, quizás por esa razón, el aire caribeño viene cargado de olor a cayenas y salitre para darme ánimos; también es probable que todos los días hayan sido así y no me haya dado cuenta hasta hoy.

La intranquilidad de estos meses ha dado paso a una paz interna que no disfrutaba desde hacía mucho tiempo y, al menos hoy en día, soy capaz de levantarme de la cama con ánimo para afrontar la jornada pertrechado con un capital de optimismo y esperanza del que antes carecía.

La llamada de William, que recibí la semana pasada, no me afectó en absoluto a pesar de que en ella me anunciaba que, el trabajo previsto, se iba a realizar en la próxima quincena y deseaba verme para darme las instrucciones en persona. Por primera vez desde el día en que Restrepo me mintió diciéndome que Leila estaba secuestrada, nos íbamos a ver las caras.

William demostró desde el primer momento que no se fiaba de mí. El grandísimo hijueputa llegó al restaurante flanqueado por dos sicarios que, ostensiblemente, tomaron asiento en la mesa que tenía a mis espaldas mientras él lo hacía, de manera aparentemente confiada, frente a mí.

Sin tenderme la mano, que por otra parte yo no estaba dispuesto a estrechar, pidió un zumo de fruta y, una vez que le

hubieron servido, fue directamente al grano; como no había hecho alusión a Leila, me creí en la obligación de interesarme por el estado de salud de aquella borde, como lo hubiera hecho un marido realmente preocupado, recibiendo una espartana, lacónica respuesta: “No te preocupes por ella que está bien y pronto la verás”.

Una bola de bilis me subió a la garganta y tuve que tragarme todo el odio que sentía hacia aquella pareja de hijueputas para no descubrir que estaba al corriente de todo. Con la voz entrecortada a causa de la rabia, que dio la impresión de sonar emocionada, le pedí que le diera un abrazo muy fuerte de mi parte; ¡como si yo no supiera que se los daba mil veces al día por su propia cuenta!

La tarea que me encomendó era la de recibir, transportar y entregar, media tonelada de cocaína. Aunque la cantidad de droga podía parecerme muy grande en un primer momento, para lo que ellos movían, era una mínima parte.

Traté de aparentar naturalidad en todo momento y, sin embargo, me perdí parte de sus palabras porque, mirándole a los ojos sentía que el cuerpo me pedía a gritos que le quebrara el bautismo a ese cabrón sin alma; el ejercicio de autodominio que hice para reprimir mis instintos, me sirvió al menos para darme cuenta de que me estaba convirtiendo poco a poco en un hombre fuerte de espíritu.

Una vez que terminamos, hablando en voz muy baja, de poner a punto el plan de recepción y entrega de la mercan-

cía, dio por terminada la conversación, llamó con un gesto imperioso, chasqueando los dedos, al camarero que nos atendió, le pagó la cuenta, me dio la espalda y, como si se le hubiese olvidado algo sin importancia, giró hacia mí, echó mano al bolsillo interior de su chaqueta y me alargó un sobre cerrado diciéndome que Leila se lo había dado para mí; el temblor de mis manos al coger el sobre pudo ser atribuido a la enorme emoción que podía sentir al recibir una carta de mi mujer, pero en realidad era la ira que me salía por la punta de los dedos.

A pesar de que me comía la curiosidad de saber qué mentiras contenía aquella carta, decidí leerla con tranquilidad en la paz de la casa cuando me encontrase con ánimos suficientes como para encarar la sarta de disparates que, sin lugar a dudas, Leila había escrito para seguir engañándome un poco más de tiempo; en el viaje de vuelta a San Juan de las Galdoñas, la carta me quemaba en el bolsillo de la cazadora latiendo como si estuviera dotada de vida propia.

(En el cuaderno, la carta de Leila que se reproduce literalmente a continuación, aparece pegada a las hojas)

Mi amor:

No sabes que alegría me da el podeme poner en contacto contigo aunque sea por medio de una carta y haserte saber de mi vida.

Me encuentro bien por aora y no me tratan mal pero te hecho mucho de menos porque te amo mucho mi amor. Has caso a lo que te diga mi primo Willian porque es mejor para nosotros que pronto estaremos juntos en la casa.

La cosa cambiara muy pronto porque te amo y te deceo con toda mi alma y mi corason mi amorsito lindo. Hasme saber de ti cuando puedas que espero que estes bien y no te hagas preocupaciones por mi que te amo y estoy bien.

Te decea y te echa de menos tu amorsito

Leila.

(A partir de aquí sigue la escritura de Bertrand)

Hasta este momento no me había dado cuenta de que estaba viviendo con una persona que apenas sabe expresarse por escrito; también es cierto que nunca había sido necesario que se comunicara conmigo por carta. Leyendo estas líneas dirigidas a mí, no sé si pensar que Leila no tiene facilidad de expresión por escrito, o que no tiene nada que decirme.

Por un momento he imaginado que William le había obligado a escribir la carta y he tenido una visión de Leila trazando las

letras con desgana, indolentemente apoyada sobre un codo; pero un minuto después la he visto escribiendo con esfuerzo, lo mejor que sabía, los pocos párrafos que componen esta breve carta que, por otra parte, lo único que ha conseguido es ponerme de mal humor.

Lo único que puedo sacar en claro de todo esto es que, la semana próxima, debo ponerme en camino para transportar la droga hasta el punto que me ha indicado William y, una vez en camino, decidiré si llevo a cabo, o no, la venganza que tanto tiempo hace que espero. No cabe duda que, en el caso de que intente hacerle un relance a Restrepo, me estaré jugando la vida y el futuro; pero de cualquier manera me han robado la vida que me pertenecía por lo que, si la pierdo ahora, no se habrá traspapelado nada importante en el archivo de dios: sólo el descalabro de un hombre que no supo evaluar correctamente las circunstancias.

Lo que más me sorprende de esta rocambolesca situación, cuando me miro al espejo, es que aparentemente no ha cambiado nada en mi aspecto exterior. A pesar del giro que le he dado a mis pensamientos, me veo como siempre; aunque las cicatrices que llevo en el alma no sean visibles para los demás, siento a veces cómo me queman, cómo gritan en la oscuridad de mis pasiones, como queriendo recordarme que todavía siguen con vida y no puedo hacer nada.

¿Alguien dijo que el amor no crea impotencia?

Los acontecimientos se han desarrollado de una manera tan veloz que no sé todavía cómo puedo seguir con vida; todo ha girado a mi alrededor como un tiovivo sin frenos, desbocado, haciendo de mi vida, en estas últimas semanas, una vorágine tempestuosa que me ha obligado a replantear el futuro que me espera a la vuelta de la esquina.

Cuando uno se enfrenta a la vida sin tener en cuenta el alcance de sus propios actos, corre el peligro de que el destino de un golpe de timón a la existencia para poner las cosas en su lugar exacto; eso es, poco más o menos, lo que me acaba de suceder: la vida me ha colocado sin miramientos en el sitio que me corresponde y que, durante algún tiempo, me negaba a reconocer como propio.

Estas líneas las escribo en casa de Freddy, en Puerto Inírida, hasta donde he llegado para tomar un pequeño respiro en todo este embrollo en el que me hallo metido hasta el santísimo cuello; a partir de ahora, sólo queda recomponer los trozos dispersos de esta historia y, haciendo con ellos una especie de collage, seguir con la andadura que inicié el día que abrí los ojos en Cassis sur Mer.

Los preparativos que hicimos para llevar a cabo la entrega no tuvieron ninguna dificultad, sobre todo porque tanto el “Capi” como el “Araguato” y “Mandrake” habían colaborado como nunca para que todo rodase con facilidad, y lo mismo se puede decir de la recogida de los ladrillos de coca

y el transporte por mar hasta el punto en el que debía entregar la peligrosa mercancía que dormía, letalmente silenciosa, en la bodega del “Cormorán I”; pero a la hora de la verdad, en el punto de reunión, las cosas comenzaron a torcerse de tal modo que, por momentos, creí adivinar la intromisión de una mano peluda manejando el guión de aquella especie de película que protagonizaba a la fuerza.

Entramos con el barco a poca velocidad para efectuar la entrega cerca de Punta Pescador, en la boca del Caño Arawao, dentro del Golfo de Paria; algunos asentamientos indígenas, situados ligeramente al este de nuestra posición, aparecían casi camuflados por la exuberante vegetación que los rodeaba en esas horas del atardecer. Cuando llegó la hora de la entrega, pudimos ver las señales luminosas que nos hacían desde la costa y preparamos la zodiac para ir a tierra.

No sé qué pasó exactamente por mi cerebro pero, el extraño presentimiento que tuve, me produjo un escalofrío desagradable que me sacudió por completo cuando el “Capi”, en la popa de la pequeña lancha neumática, ponía en marcha el motor y arrancábamos en dirección a la playa.

Ya se distinguían las siluetas de las dos personas que nos estaban esperando cuando el motor ralentizó y, como en sueños, le dije al “Capi” que, si en algún momento le decía que volviese al barco, zarparan inmediatamente sin esperarme.

El “Capi” me miró con extrañeza pero su único comentario fue que, donde hay patrón, nunca manda marinero.

Desembarqué yo solo, dejando al “Capi” con el motor en marcha y la proa de la zodiac apuntando hacia nuestro barco; la mano del tipo que me saludaba, estaba fría, babosa, cuando la estreché y, aquel detalle, terminó por alertar todos mis sentidos. Estábamos hablando sobre la entrega de la mercancía y, al enterarme de que no habían traído ninguna embarcación para efectuar el transporte hasta la costa, me hizo sospechar que algo no andaba bien.

Por si todo aquel extraño escenario, a veces irreal debido a la bruma que empezaba a tomar posesión de los manglares, no me hiciera sentir incómodo, un movimiento extraño que capté entre la tupida vegetación y un ruido metálico, terminaron por convencerme de que nos estaban tendiendo una trampa en la que, a poco que nos descuidásemos, íbamos a caer del mismo modo que animales sorprendidos.

Parece mentira la cantidad de cosas que pueden pasar por el cerebro de un hombre cuando se enfrenta a un peligro cierto. Hay personas que relatan historias de gente que, en una situación de riesgo, se bloquean quedando inmóviles, incapaces de mover un músculo, inútiles para reaccionar; en mi caso particular, en aquellos momentos de amenaza, mi mente se aclaró de golpe permitiéndome pensar.

Durante décimas de segundo reflexioné a una velocidad increíble, como nunca antes había sido capaz de hacer. En primera instancia pensé que, si quienes acechaban en la sombra eran ladrones, no debía preocuparme por nada porque, desde ese instante, podía contarme en la lista de los muer-

tos, de los asesinados y enterrados en cualquier lugar ignoto; pero, en el caso de que fueran ladrones, ya nos hubieran amenazado o, en el mejor de los casos, hubieran traído su embarcación para traspasar los ladrillos del “Cormorán I” y llevarlos a la playa: No eran ladrones; de eso estaba seguro.

Si no eran forajidos, no podían ser más que policías, agentes de la Guardia Nacional, o de la DEA; si fuese así, aquella era la ocasión que estaba esperando para meter a William en un lío que podía costarle la vida. Era suficiente con llevar la droga hasta la costa, levantar las manos en señal de rendición, dejarme atrapar por las autoridades y pactar mi libertad con ellos a cambio de entregar a William.

También cabía la posibilidad de huir, con la excusa de volver al barco para buscar la droga, y tirar los ladrillos al mar dando por perdida la carga; en ese caso, el narcotraficante que estaba por encima de William, su jefe personal, no dudaría en darle un escarmiento ejemplar.

El “Araguato”, que sabía cómo funcionaba interiormente un Cártel, me había contado cómo reaccionaban los jefes y, en el caso de perder la mercancía, el primo de Leila, se vería en un buen aprieto; entonces me di cuenta de que, el futuro de William, estaba en mis manos. Por fin ese cabrón sabría quién era Bertrand; el gran William Restrepo iba a cagar de golpe todo cuanto me había hecho pasar.

¿De dónde vienen los pensamientos estúpidos que a veces tenemos los hombres? ¿En qué lugar nacen las reflexiones y

pensamientos idiotas que nos cambian la vida y nos meten en problemas cuando tenemos la oportunidad de evitarlos? Es algo que quizás nadie, nunca, sea capaz de responder. Cuando todo estaba a mi favor para acabar con la situación que me ahorcaba la libertad desde hacía meses, la reacción que tuve me sorprendió incluso a mí mismo.

Un rastro de dignidad, una traza de orgullo, quizás totalmente equivocado, me hizo encarar la situación desde un punto de vista que, hacía tan sólo un segundo, era impensable ¿Acaso aquellos buenos para nada iban a ser más listos, más rápidos o más inteligentes que yo? ¿Me dejaría quitar la mercancía como un imbécil sin demostrar que podía con ellos? En ese momento, William, Leila, el narcotráfico y el posible peligro que pudiese correr, quedaban a millones de millas de aquella playa; eran ellos, quienes querían arrestarme por un lado, y yo, que les iba a poner las cosas muy difíciles, en el otro extremo del ring.

Los oficiales que pretendían detenerme, ya sabía que eran ellos porque había entrevistado un uniforme con insignias brillantes, habían desafiado mi inteligencia, me habían retado y, si hay algo que nunca he podido soportar, si una cosa hace que me supere y luche contra todo cuanto se me oponga, es un reto. En una playa apartada en el Golfo de Paria, a la luz de una luna vacilante, la partida había comenzado.

Con una frialdad total, en posesión de una tranquilidad que desafiaba a todo cuanto había conocido, o estaba por conocer, giré sobre mis talones, ordené al “Capi” que fuese

hasta el barco a prepararlo todo, al tiempo que le hacía el gesto de que zarparan de inmediato, y, mientras la zodiac se encaminaba hacia el barco, pretexté una necesidad perentoria y me dirigí hacia la maleza bajo la mirada recelosa de los dos hombres.

Sin esperar a que los acontecimientos se desencadenaran, traté de caminar sin hacer ruido por una parte de la playa que estaba escondida a los ojos de los agentes, me dirigí marcando bien mis huellas en la arena en dirección al agua y luego, poniendo mucho cuidado en volver a caminar marcha atrás sobre mis pasos, volví al refugio que la selva me brindaba; cuando estaba alcanzando la seguridad de los matorrales, pude oír cómo los motores del “Cormorán I” arrancaban en tromba empujando el barco hacia aguas más seguras.

Simultáneamente se oyeron gritos, algunos disparos y me dispuse a iniciar mi huída, internándome en el pantanal, para aprovechar la confusión de quienes sin duda me perseguirían con más saña. Mientras trataba de eludir el cerco, oí que alguien se dirigía a un teniente diciéndole que seguramente yo me había echado al mar, porque mis huellas estaban claras en la arena; mi estrategia había resultado bien y, reprimiendo una sonrisa, me dispuse a ganar territorio seguro a través de la maleza.

Mi primera intención era ganar selva a través alguna vivienda de pescadores para que me trasladaran en barca a cualquier punto de la costa, desde donde pudiese llegar a un pueblo en

el alquilar un taxi, gracias a unos billetes de cien dólares que llevaba en el bolsillo. Sin pensarlo más, me puse en camino.

Tenía toda la vida por delante para llegar a mi destino.

He debido tomarme un pequeño respiro antes de continuar escribiendo porque, era tal la maraña de pensamientos, de sentimientos que se agolpaban en mi mente, que me vi obligado a frenar un poco para tomar impulso y escribir de una sola vez, el resto de esta parte de mi historia personal. Sigo en casa de Freddy, que me brinda alojamiento previo pago y amistad gratuita, al tiempo que nos hacemos compañía porque su hermano Richard, acababa de marchar a Venezuela para hacerse con una finca en la que, más adelante, trabajarán ambos.

He releído lo que había estado escribiendo anteayer y, la verdad, todavía me asusta la frialdad con la que pude actuar ante aquella situación inesperada; el ser humano, estoy convencido, suele ser del mismo tamaño del problema que debe resolver. Pero, volviendo a esos días duros, debo seguir escribiendo para recordarlo todo el día de mañana aunque, casi estoy seguro de ello, cuando relea estas páginas, no me reconoceré a mí mismo, ni me acordaré del por qué de las cosas.

Cuando pude dar esquinazo a mis perseguidores, los oía a lo lejos ladrar órdenes y gritos al tiempo que me buscaban, seguí caminando tratando de mantenerme cerca del mar para no desorientarme. El terreno encharcado del manglar apesaba mis pies a cada paso dificultando el avance; pero una voluntad férrea de seguir adelante, junto con la convic-

ción de que triunfaría sobre ellos, me empujó sin dejar que el desaliento hiciese presa en mi mente.

Todo lo que había aprendido durante el tiempo que milité en las filas de los paracaidistas y el duro entrenamiento al que había sido sometido por aquel entonces, me sirvieron para encontrar fuerzas dentro del agotamiento y seguir, paso tras paso, al tiempo que mantenía una dura lucha con el único enemigo que podía derrotarme: mi cerebro.

Ya no existía en el mundo nadie que me persiguiera, todo se había difuminado alrededor y, el entorno, sólo servía para poner ante mí las dificultades que yo iba sorteando; si el reto de no dejarme apresar me había metido en aquella aventura, otro desafío más fuerte se me había presentado: el de vencer la fatiga, el hambre y el sueño que, por el momento, eran los únicos que me perseguían con saña.

Amaneció mientras seguía caminando con gran tenacidad, ignorando mis acalambradas piernas y los fuertes gruñidos del estómago. La voluntad de superarme a mí mismo, era más enérgica que todo. Mi aspecto personal era deleznable; cubierto de barro, con la ropa desgarrada por las ramas, despeinado y demacrado por la fatiga, supongo que daría la impresión, si alguien pudiese verme, de un fugitivo de los que aparecen en las películas de Hollywood.

Hacia el medio día dormí un par de horas en un trozo de terreno seco que encontré al abrigo de posibles miradas inquisidoras, y me desperté fuerte, seguro de mí y feliz por

estar superando aquella prueba que muy pocos lograrían pasar. Al anochecer de ese mismo día, creí oír música y mis nervios se tensaron como cuerdas de piano. Me acerqué con sigilo y, por entre las plantas que me ocultaban, pude ver a un pescador que se calentaba en una hoguera junto a su barca, mientras escuchaba una emisora de radio.

No era extraño que algunos pescadores, si se alejaban mucho de su pueblo siguiendo un cardumen, durmiesen en cualquier playa para seguir sus faenas temprano; de cualquier manera debía esperar un poco para averiguar si estaba solo o había alguien que le acompañaba.

Cuando pasó más de una hora sin que nadie apareciese, saqué mi encendedor “Zippo” del bolsillo del pantalón y, levantando su tapa lo abrí y cerré dos veces seguidas, procurando hacer bastante ruido para que el sonido del encendedor en la noche se pudiese confundir con el de un arma al ser montada, al tiempo que ordenaba al pescador que levantase los brazos sin hacer gestos extraños.

El hombre obedeció asustado mientras miraba de reojo para tratar de ver quién le amenazaba. Le ordené que se diera la vuelta para que me diese la espalda y, cuando el pescador me dijo, con voz temblorosa, que no le hiciese daño porque no tenía nada de valor, me di cuenta de que, aquel pobre hombre, era una buena persona; pero en aquellos momentos no podía fiarme de nadie así que, con sumo cuidado, me acerqué hasta él y le dije que debería ayudarme.

El pescador, casi lloriqueando, volvió a rogarme que no le hiciese daño; fue entonces cuando comprendí que me estaba comportando como lo hubiese hecho William. Di unos pasos hacia atrás y le dije que podía darse la vuelta. La cara del hombre, a la incierta luz de la hoguera, mostraba el rictus de quien tiene el pánico anclado en el alma; su miedo era tal, que ni se dio cuenta de que yo no estaba armado.

Le prometí que, si seguía mis instrucciones, no le pasaría nada; me desarmó por completo cuando me preguntó si tenía hambre. Me ofreció una arepa rellena de pescado frito que devoré en un instante y, tras un trago de ron que me abrasó la garganta, me encontraba en condiciones de dar la vuelta al mundo a pie. Le pregunté si podía llevarme a una población y me dijo que, como tenía cuatro pimpinas de combustible, si podía pagarlo, me llevaría a donde yo quisiese; pero debíamos esperar a la mañana siguiente porque, según dijo, levantaríamos menos sospechas.

El hombre no era tonto, tampoco era necesario ser ingeniero para saber que yo estaba escapando, y obró como lo hacen las personas de buen corazón: ayudando al que huye. Las gentes humildes, en esta parte del planeta, saben demasiado de injusticias y persecuciones infundadas como para no socorrer a quien está defendiendo su libertad y su vida.

Me senté cerca de la hoguera con la espalda apoyada en un fardo, fumamos un “Belmont” que me ofreció, ya que mis cigarrillos se habían echado a perder con el agua, y, sin saber cómo, me quedé dormido. Cuando la luz del sol me des-

pertó, supe que estaba vivo, a pesar de haber estado indefenso, y tenía miedo de abrir los ojos porque, seguramente, el pescador se habría hecho a la mar; pero aquel hombre estaba allí en pie, ofreciéndome un café recién hecho y una arepa, demostrándome que, a pesar de la maldad de muchos, hay personas que ayudan a otros por simple sentido de la bondad literalmente aplicado.

Nos hicimos a la mar y le pregunté si podríamos llegar hasta Santa Fe, en la bahía de Cochaima, a lo que respondió afirmativamente con un gesto diciéndome que llegaríamos al anochecer. Después del desayuno, me alargó un pantalón y una camisa para que pudiese cambiarme y, protegiéndome del sol con una gorra sucia, zarpamos hacia el destino que le había indicado.

Durante todo el viaje, no cruzamos más allá de tres o cuatro frases seguidas porque, ni él quería saber nada de lo que me había sucedido, ni yo tenía demasiado interés en relatarle mi vida. Llegamos a la bahía de Cochaima al anochecer, como el hombre había predicho y, tras acercar la embarcación a la playa, se acercó al Café del Mar, como yo le había pedido, para llamar a Matthias.

Cinco minutos más tarde, la esbelta silueta del alemán, se acercaba por la playa. Antes de que el pescador volviera a la mar, le regalé un billete de cien dólares en pago de su molestias; cien dólares que, con los cien que me robó mientras dormía como descubrí después al contar el dinero que me quedaba, le proporcionarían un buen salario.

Matthias tampoco quiso saber nada de lo que me sucedía, pero me prestó su teléfono para hacer una llamada. Cuando pude oír la voz del “Capi” al otro lado de la línea, respiré tranquilo y le pedí que, sin hacer ninguna pregunta, tiempo habría para hablar, viniese a recogerme donde siempre lo hacía cuando venía a buscarme a Santa Fe. Después de agradecer a Matthias su ayuda, me despedí de él y, amparado por las sombras de la noche, empecé a trepar el cerro que me separaba de la carretera en donde, una hora más tarde, me recogía el “Capi” que llevaba al “Araguato” como copiloto.

Llegamos a casa del “Araguato”, en donde pude darme una ducha y cambiarme de ropa puesto que habían recogido la bolsa que yo siempre llevaba con efectos personales en el “Cormorán I”. Mientras cenaba un sabroso pabellón criollo, tras contarles mi odisea personal, el “Capi” me contó todo cuanto había sucedido desde que salieron huyendo.

Del primer tirón, a toda máquina, pasaron frente a San Juan de Unare y, tras dejar San Juan de las Galdonas a babor, doblaron el cabo de Mala Pascua y llegaron al puerto de amarre de Río Caribe, siguiendo en dirección este hasta llegar a la cala en la que solíamos fondear el barco, frente a la nave que habían utilizado para repintarlo. Una vez allí, con ayuda del g.inche, y los fuerte brazos de “Mandrake, sacaron del agua al “Cormorán I” y lo dejaron encerrado bajo llave en la nave en la que se encontraba en ese momento esperando que yo dijese qué debíamos hacer.

Tras algún tiempo de farragosa conversación, en el que los tres barajamos diferentes propuestas para salir del problema, acordamos que, antes de nada, había que poner en conocimiento de William que la mercancía estaba en nuestro poder, que no la habíamos perdido. Así que, mientras el “Capi” y el “Araguato” vigilaban, llamé a William desde una cabina pública.

La voz del colombiano sonó mucho más relajada después de contarle lo sucedido que cuando cogió el teléfono, sobre todo al saber que la coca estaba en mi poder; en ese momento supe que me había ganado la confianza de William Restrepo y que, a partir de allí, su trato conmigo sería diferente.

Seguramente pensaba que, teniendo a mi mujer secuestrada, podía muy bien haber tirado la mercancía al mar para no ser detenido y, a pesar de ello, la guardé a buen recaudo.

William me aconsejó que desapareciera por un tiempo de mi casa en San Juan de las Galdonas y, aunque yo creía que era contraproducente, me convenció de que, al menos mientras él se enteraba de cómo estaba todo, lo mejor sería que me “durmiese” en un lugar de confianza.

Lo primero de todo era recuperar la mercancía por lo que, según me anunció el colombiano, al día siguiente llegarían dos hombres para llevársela en una embarcación. Lo segundo, era repintar el barco, quitarle los adornos que le habíamos puesto y, los hombres encargados de llevarse los ladrillos de coca, me darían un nombre y una matrícula para identificar al barco que vendrían a buscar sus nuevos propietarios en dos días.

Al día siguiente, como estaba previsto, llegaron los hombres de William, cargamos la droga y, me entregaron un abultado sobre. Cuando se fueron con rumbo desconocido, abrí el sobre, conté el dinero y pagué su parte a los hombres y, utilizando unas plantillas recortadas en papel autoadhesivo plástico, el “Cormorán I” se reencarnó en un hermano gemelo idéntico llamado “Colombia Bella”.

No sin cierta nostalgia, vi partir la que había sido mi embarcación, mi compañera de fatigas y testigo de mi llanto durante tanto tiempo; si pensaba que el barniz del cariño había sido arrancado por William, la emoción que sentía cuando el barco se perdía en el horizonte, me decía que nunca, por mucho que se vaya el barniz del afecto, se pierde por completo el amor que se ha tenido hacia alguien o hacia algo.

Echándole valor a la vida, tomé un autobús hasta Caracas y, tras pasar una noche en un hotel en el que no me exigían la documentación si pagaba de antemano, saqué un billete de avión a Bogotá, para desde allí, dirigirme a Puerto Inírida en donde, según la opinión de William, podía pasar un tiempo tranquilo mientras se desenredaba todo aquel embrollo.

En tanto salía mi vuelo con dirección a Puerto Inírida, la mañana crecía entre las nubes, tan desordenada como el trajín viajero que parecía contagiar a quienes cruzaban presurosos frente a los grandes ventanales del aeropuerto Eldorado de Bogotá, completamente ajenos a los complejos pensamientos que me corroían el alma mientras fumaba, aparentemente absorto en las volutas de humo que dibujaban graciosas es-

pirales en el aire. Tras depositar la colilla en un cenicero, desplegué un ejemplar de *Le Figaro* para matar el rato pero, al no poder concentrarme en la lectura, lo dejé a un lado, encendí otro cigarrillo y volví a la contemplación del humo que se empeñaba en huir hacia el techo de la sala de espera.

Mientras esperaba subir al avión que iba a llevarme de vuelta a un lugar perdido en la profundidad de la selva, pensaba que por delante no sólo tenía unas horas de espera sino toda una vida con la que no sabía muy bien qué hacer. Si por un lado estaba feliz por todo lo que me esperaba por estrenar en esa especie de resurrección, esa segunda oportunidad que me había concedido el destino, por otro lado me dolía todo cuanto de bueno, y de malo, había conocido durante esos años tan difíciles que habían pasado veloces, como si hubiese sido uno solo, dejando en mi alma un rastro ruidoso, caliente y brutal como el que deja un coche de fórmula uno al terminar la recta de tribunas.

Observé que, mientras algunos viajeros mostraban orgulloosamente su bronceado tropical, o jugaban a los exploradores tras haber pisado una orilla de la jungla hablando en voz alta sobre todo lo que habían descubierto durante sus vacaciones y pontificaban como expertos en Sudamérica, tras una breve estancia que de seguro no llegaba a las tres semanas, otros se aferraban a sus equipajes de mano con la mirada perdida en sus recuerdos.

Los turistas disfrutaban de antemano con todo cuanto iban a contar en sus lugares de trabajo o lo que iban a deslumbrar

a sus vecinos, sin mirar siquiera a esos otros viajeros, los emigrantes, que abrazados a sus maletines lloraban prematuramente, sin lágrimas, la ausencia próxima de sus seres queridos, añoraban su forma de vida y las costumbres que iban a mudar, al tiempo que intentaban convencerse a sí mismos de que, a partir de su llegada a Europa, todo cambiaría para mejor. Aquella esperanza en un futuro más cómodo, que yo mismo había experimentado en algún punto del pasado, se rompería en nueve de cada diez casos, estaba seguro de ello, obligándoles al retorno desilusionado, vencido, de vuelta al país que abandonaban.

Por pasar un poco el rato me puse a examinar los rostros de quienes compartirían vuelo conmigo jugando a identificar sus profesiones. Aquel juego empezaba a cansarme cuando, en una esquina de la sala de espera, localicé a una pareja de viajeros cuyos ojos vigilaban obsesivamente la puerta de acceso a la estancia al tiempo que consultaban compulsivamente la esfera del reloj que colgaba de la pared y comparaban la hora con la que marcaban sus relojes de pulsera. Aquel comportamiento lo había visto con anterioridad; reconocí los ojos nerviosos, el ligero sudor que perlaba sus rostros y, a pesar de la distancia que me separaba de ellos, pude distinguir entre muchos olores distintos, el del miedo que emanaba de aquella pareja.

Mi atención se centró en ellos y, durante unos minutos traté de corroborar la teoría que se estaba formando en mi mente; al poco tiempo estaba completamente seguro: aquella pareja, o al menos uno de ellos, estaba iniciando un viaje como mula del narcotráfico. No podía equivocarme en la

apreciación puesto que tengo el dudoso honor de ser uno de los pocos europeos que han trabajado para el Cártel en la zona del mar Caribe.

De pronto, ante el conjuro de aquella idea, mi pasado, mi presente y mi futuro se presentaron descaradamente en la sala de espera, tomaron asiento a mi lado y, al tiempo que me obligaban a encender un cigarrillo, con manos temblorosas, comenzaban a susurrarme al oído trozos de mi leyenda personal, cuyo pormenorizado relato continuó todo el tiempo que duró mi viaje hasta Inírida.

Ahora, sentado en el pequeño patio trasero de la casa de Freddy, mientras él ha ido a buscar una botella de ron y unas cervezas, pagadas por mí como de costumbre, pienso en qué sucederá mañana cuando William llame por teléfono, como me prometió hace algunos días, para decirme al fin cuáles son sus intenciones para conmigo.

Supongo que, si ha pasado toda la polvareda levantada por el intento fallido de arrestarnos, Restrepo me encargará algún nuevo trabajo para que transporte la mercancía letal que el Cártel produce en ingentes cantidades; de lo que estoy seguro es que, después de haber puesto a buen recaudo su carga en lugar de permitir que los agentes de la Ley decomisasen el envío, me he ganado su confianza, cuando no su respeto.

Sin importar cómo funcione la relación entre William y yo después de lo sucedido con la última carga, lo que no ha cam-

biado en absoluto es el ansia de venganza que, en ocasiones, se me encarama al pensamiento impidiéndome pensar con total imparcialidad; tarde o temprano me vengaré de ellos.

Algunas noches, pensando en el momento de la venganza me imagino cómo será el minuto cumbre de mi desquite, cómo será la mirada de William frente a la muerte y, la sensación es tan vívida que llego a notar el peso de un arma en mis manos.

A veces se me pierde la mirada en la tupida selva que parece cercar la población que me acoge temporalmente y, echando la vista atrás, pienso que la vida ha sido, en lo que cabe, muy generosa conmigo. Me ha permitido, en muy poco tiempo, ser un niño libre, un soldado de élite y, después me ha dado a probar la dulce miel del amor correspondido y la amarga hiel del peor desengaño. Me ha convertido en patrón de barco y después me ha llevado a ser narcotraficante.

Dicen que la vida misma se ocupa siempre de entrenarnos, de prepararnos a conciencia para que estemos capacitados y podamos enfrentarnos a los verdaderos problemas cuando estos se presenten.

Si esto es cierto, y en tan poco tiempo, he tenido tantas experiencias y tan crueles, me pregunto: ¿Qué complicaciones me tendrá preparadas el destino para que la vida se haya empecinado en entrenarme de una manera tan completa?

NOTA FINAL DEL AUTOR

Nada más terminar la presentación del libro, sucedió algo que terminaría por cambiar todos los planes que tan cuidadosamente había fraguado para un próximo futuro. El gesto que tuvo Bertrand, y el aplomo con el que me alargó un pequeño paquete, un regalo supuse, me dejó frío y, al mismo tiempo, abrió ante mí una puerta a lo desconocido que, nada más franquearla, me inquietó como nada, hasta ese momento, había logrado impresionarme; pero es justo que explique todo tal y como sucedió.

Había llegado la fecha señalada para la presentación del libro en el Ámbito Cultural de “El Corte Inglés” de Zaragoza. El 27 de Octubre de 2008, con la resaca de las fiestas del Pilar a cuestas todavía, llegamos a la sala que, sin estar llena, ofrecía una buena asistencia. Entre los presentes, además del propio “Bertrand”, algunos amigos; Rosendo Tello, premio de las Letras Aragonesas en 2005, Rogelio Ayala, presidente de la Asociación de Migrantes en Aragón, Mariana Alfaro, Soraya Torrealba, Laura Barrena, Anne, Miguel Ángel, Carmen Pinilla, Antonio Royo, José Rabassó y Teresa, su esposa, y una larga lista que, por su extensión debo obviar.

En la mesa, frente al público, Sioly Monsalve, la editora de este libro, moderaba sus nervios como podía; Pepe Toledo, invitado especial a la presentación como testigo de las conversaciones que se llevaron a cabo en el “María Morena” entre Bertrand y Pepe Vela, y un servidor afrontando el miedo escénico de presentar un nuevo libro sin saber cómo sería acogido por el público.

Sioly, publicista venezolana responsable de esta aventura editorial, disertó sobre la dificultad técnica que había planteado esta obra y la ilusión con la que muchas personas, aún ajenas al proyecto, habían colaborado para que el libro estuviese, por fin, a la venta. Pepe Toledo, el cocinero de las manos de oro, les contó a los asistentes, desde el privilegiado punto de vista de quien fue testigo de toda la historia desde el principio, cómo se habían desarrollado los hechos; por mi parte, les relaté mi versión, les mostré el diario, comenté, hice chistes, o sea, lo normal para tratar de encandilar al público presente.

Antes de la presentación, sabía que el tema del narcotráfico, visto desde la rara perspectiva de quien lo ha practicado, no es muy agradable para algunas personas; esta primera impresión fue confirmada por alguno de los asistentes al acto, sobre todo un señor de edad avanzada, chaqueta gris a juego con su cabello y mirada penetrante, que me observaba fijamente como acusándome por justificar a un narcotraficante. El gran problema de acusar sin escuchar es que se pierde el hilo del razonamiento y se tiende a conservar el prejuicio.

Mucho antes de que los aplausos del público dieran por finalizado el acto vi que “Bertrand” me hacía una discreta señal desde el fondo de la sala para que me reuniese con él. Una vez fuera de allí, mientras Sioly y Pepe trataban de capear mi extraña actitud al abandonar la sala, me reuní con “Bertrand” en el rellano de los ascensores. Allí, después de agradecer nuestro esfuerzo para hacer pública su historia, me alargó un paquete envuelto en papel manila y me instó a que lo abriera y le echara una mirada.

En principio pensé que era un regalo y lo agradecí con una sonrisa sincera; pero cuando abrí el envoltorio, me encontré con un cuaderno, muy parecido al diario que yo había traído desde Puerto Inírida y, ante la mirada inquisitiva que clavé en sus ojos, “Bertrand” me dijo que, mientras yo escribía “Seis años con el diablo”, en aquellas páginas había recopilado lo que había sucedido desde que el diario terminaba hasta su vuelta a España.

La expresión de mi rostro debió ser tan estúpida que “Bertrand”, con una sonrisa, me dijo que le echara una ojeada; los párrafos que pude leer hojeando las páginas de aquel nuevo cuaderno me impactaron de tal manera que las manos comenzaron a temblar. Por lo poco que pude leer, aquellas páginas contenían el relato detallado, con un ritmo trepidante, de una tortura psicológica que muy pocas personas pueden soportar; los párrafos, desgarrados, sinceros, expresaban en lenguaje llano el arduo camino de un hombre que, obligado a descender hasta el mismo infierno, encuentra fuerzas suficientes para escapar al abrazo del diablo y, tras una lucha titánica, reinsertarse en una sociedad que no había hecho nada para ayudarlo.

Todavía pasmado por aquel giro imprevisto que tomaba la historia, le pregunté a “Bertrand” qué podía hacer con aquel cuaderno que me entregaba, qué era lo que pretendía que hiciésemos nosotros con aquella bomba de relojería; su lacónica respuesta puso fuego en mis venas: **¿Os atrevéis a publicarlo?**

Sin darme tiempo a responder, “Bertrand” giró en redondo, encaró las escaleras y se perdió camino al estacionamiento

dejándome con el cuaderno entre las manos. Sin ninguna pérdida de tiempo, me dirigí a la sala donde se encontraban los invitados, sin pérdida de tiempo, y sin contar todavía con la aprobación de la Editorial Aqua, me dirigí a uno de los micrófonos para comunicarle a la gente que obraba en mi poder, desde hacía muy pocos minutos, la segunda parte del diario de “Bertrand” y que, en pocos meses, si Dios me daba salud, sería publicada; la expresión en los rostros de quienes escucharon aquel anuncio, y los murmullos que se oían en la sala, eran clara expresión de la expectación que había despertado entre los asistentes la aparición de la segunda parte de una historia que no merece otro adjetivo que el de impactante.

A partir de allí, cuando salimos de de la sala, después de cambiar impresiones con Sioly, se puso en marcha un nuevo proyecto; pero, antes de nada, había que cambiar portadas, rediseñar, maquetar e incluir estos párrafos en el libro. Al día siguiente, con los ojos preñados de insomnio, el cuerpo roto y el cerebro en plena efervescencia tras haber leído la segunda entrega del diario, hablé con Pepe Vela quien, tras recordar de mala manera a todos mis antepasados, vivos y muertos, acordó la publicación de un segundo libro.

Para no perder la impresión de los ejemplares, nos vimos en la obligación de proceder a desmontar los libros y volver a encuadernarlos con la nueva portada que Juan Cañadas, con habilidad extraordinaria, pudo componer a paso de carga. Por fin, con varios días de retraso, los ejemplares fueron entregados al distribuidor para que llegaran al mercado.

Cuando ustedes lean estas páginas, estaré seguramente frente al ordenador, tecleando sin descanso, las frases que darán vida al segundo diario de “Bertrand”; pero creo poder adelantar que, si el primero era interesante, la segunda parte, ese cuaderno redactado mientras yo escribía “Seis años con el diablo”, además de tener la inmejorable perspectiva de la reflexión por el tiempo transcurrido desde que sucedieron los hechos, posee un raro encanto que, dentro de la increíble rapidez con la que se desarrollan las vivencias de este hombre, permite conocer una forma de vida que, para el común de las personas que vivimos en sociedades sin más sobresaltos que la hipoteca, las facturas y algún atentado terrorista, es toda una revelación escondida hasta el día de hoy.

Antes de leer el segundo libro, sólo puedo darles un consejo: Abróchense los cinturones porque van a iniciar un viaje en el que, el peligro, es sólo una pequeña parte del decorado en el que se mueve la vida de “Bertrand”.

José Manuel Mójica Legarre

DOCUMENTOS

San Fernando de Apure

REPUBLICA DE VENEZUELA
 MINISTERIO DE RELACIONES INTERIORES
 DIEX

COMPROBANTE DE SOLICITUD

Nº 25

FECHA [REDACTED]

SOLICITUD DE: PRORROGA DE TURISTA

APELLIDOS: MOJICA LEGARRE

NOMBRES: JOSE MANUEL

CEDULA N°: S*CEDULA

Nº PASAPORTE: [REDACTED]

FECHA DE VENCIMIENTO DE LA SOLICITUD: 30 días

San Fernando de Apure

Prórroga de la visa de turista a mi nombre.

REPUBLICA DE VENEZUELA



CONSULADO:
Pta. INIRIDA - COLOMBIA

No. 0350295

PERMISO FRONTERIZO

Que conforme al Estatuto de Régimen Fronterizo con la República de Colombia, de fecha 05 de agosto de 1.942, y el instrumento de Reafirmación de Amistad Colombo-Venezolana, del 06 de noviembre de 1.968, se expide por término de 030 días al ciudadano:

JOSÉ MANUEL MOJICA LEGARRE, XX PASAPORTE No. [REDACTED],
C.C. [REDACTED]
nacido el 10 DE SEPTIEMBRE DE 1955, en CASTILISCAR ZARAGOZA
de nacionalidad ESPAÑOLA, de estado civil SOLTERO
de profesión PERIODISTA, y residenciado en INIRIDA
para dirigirse a TABAPO-PTO. AYACUCHO, por vía AEREAXXXXXXXXXXXX
a objeto de ASUNTOS PERSONALES, acompañado de XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Puerto Inírida, [REDACTED]

El Cónsul

[REDACTED]
Cónsul

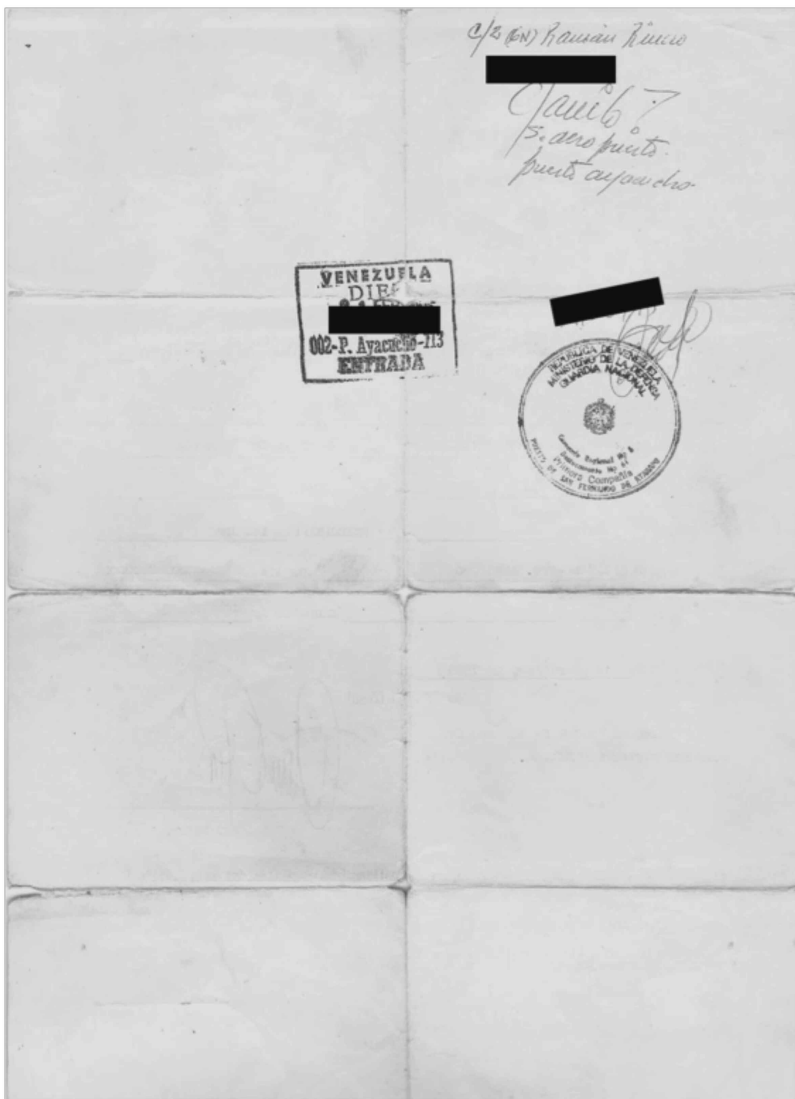
ESTE PERMISO SE EXPIDE DE ACUERDO CON EL
CONVENIO HISPANVENEZOLANO.

El-titular del presente permiso se compromete a no realizar labores remuneradas en el territorio nacional; cruzar la frontera por San Fernando de Ayacucho (Vía aérea) o por puerto Sanariapo (Vía Fluvial); presentarse a la DIEX si va a permanecer en Puerto Ayacucho; así mismo, devolver el presente permiso, debidamente selladas las entradas y las salidas, para la obtención de uno nuevo.

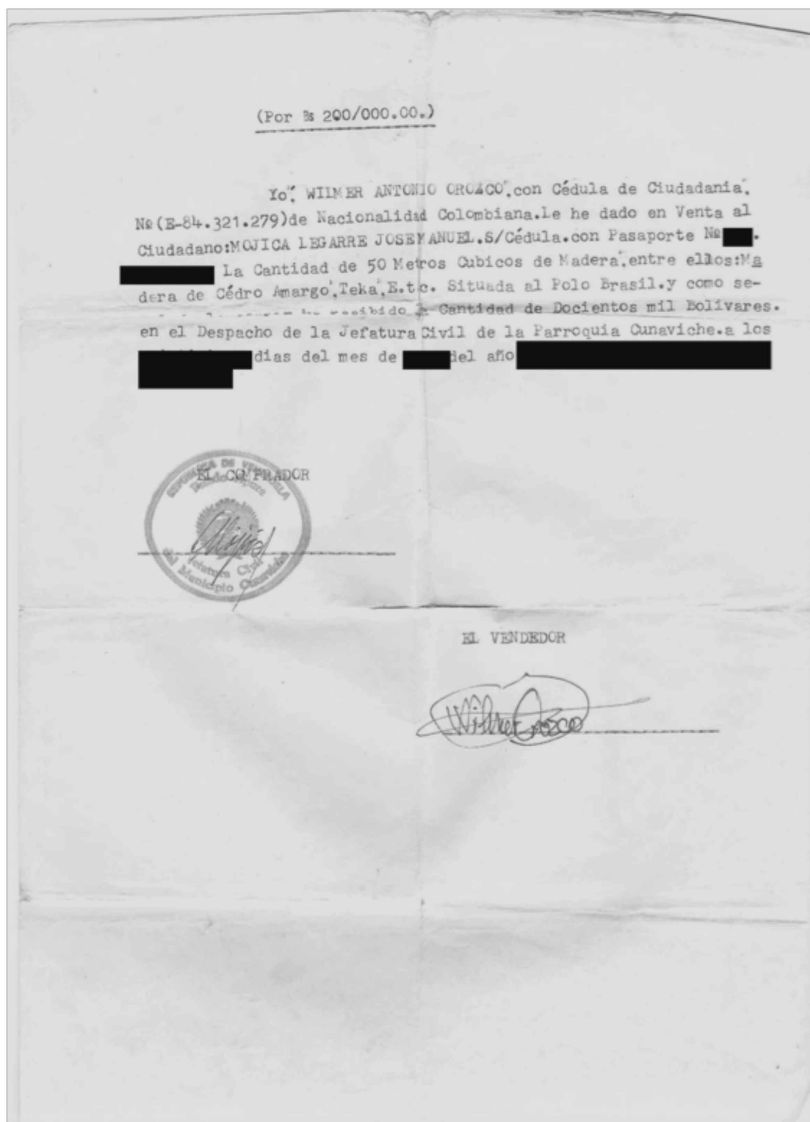
El presente permiso caduca a los siete días de su expedición si no es utilizado; su validez comienza desde la fecha de entrada al territorio nacional; y podrá ser prorrogado a criterio de la DIEX.

El solicitante
[REDACTED]

Anverso del permiso extendido a mi nombre en Puerto Inírida.



Reverso del documento con los sellos de entrada en Puerto Ayacucho.



Recibo por la compra de madera a Wilmer

Por (60.000,00 Bs)

Yo Pablo Estrada, con C.I. N° 8.155.508 natural y domiciliado en esta Parroquia, he recibido del Señor Manuel Mojica Legarre Con Pasaporte N° [REDACTED] la cantidad de sesenta mil (60.000,00) Bolívares, por concepto de pago de un Caballo sains el cual he dado en venta. marcado con el siguiente hierro

" 51 "

COMPRADOR

VENDEDOR

Mojica

Pablo Estrada

Recibo por la compra del caballo

REPUBLICA DE VENEZUELA
ESTADO APURE

MUNICIPIO CUNAVICHE
Nº S/Nº

PERMISO PARA PORTE DE ARMA BLANCA, (Daga o Puñal)

El Suscrito Primera Autoridad Civil de la Parroquia Cunaviche, Municipio Autónomo Pedro Camejo del Estado Apure; por medio de la Presente, se le concede PERMISO DE PORTE DE ARMA BLANCA (Daga o Puñal) al Ciudadano: MOLICA LEONAR JOSE MANUEL, S/ Cédula Turista, con Pasaporte Nº ([REDACTED]) de la Finca "Los Cocos" de Esta Jurisdicción.

NOTA: Se le Agradece, a las Autoridades Civiles y Militares Prestarle la colaboración Posible si el caso lo Requiere.

El Siguiete Permiso Se expide a solicitud de la Parte Interesada en San Miguel de Cunaviche, a los veinticinco dias del mes de [REDACTED]

La Cértifica.

La Primera Autoridad Civil de la Parroquia Cunaviche

por: [Signature]
Julio Vidal [Signature] Cadeño.-

Primera Autoridad Civil del Municipio Cunaviche

Permiso de porte de arma blanca

Escribo en este momento porque sólo una hoja de papel es capaz de aguantar el dolor que estoy sintiendo en mi interior. Si las paginas de este cuaderno adoptasen por su mismo el mismo color de animo de quien las escribe, serian negras, muy negras, no por la ausencia de color, sino por la oscuridad que reina en mi memoria, al menos la poca que me resta. Si me quedara algo de fuerza en el alma me caparían en la ciudad que parió a William Restrepo y en los mil padres que contribuyeron a su desarrollo, pero hoy a sólo un día para olvidar, en todos los sentidos, aunque dudo mucho que causega capote de mi muerte todo cuanto ha sucedido en las ultimas horas.

Podría gritar "¡traición!" a los cuatro puntos cardinales, pero sería tan inútil como escupir contra el viento porque me han ganado la partida mas importante de mi vida, me han robado la cartera de la existencia y, ademas, se han gastado el poco capital que quedaba, frente a mí, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. William Restrepo, el primo William, el hombre que me había sacado hasta ahora de todos los problemas, el ángel guardián siempre prohibido de nosotros, el personaje que en todo momento me tenía la mano cubriendo el punto que de caer a un paso para ahogarme, se ha quitado la máscara mostrando ante mí su verdadero rostro: el de un tipo de puta redomado que ha jugado con Leita y conmigo hasta conseguir lo que estaba buscando desde el principio! Imposible sea el día en que conocí a tan siniestro personaje!

El caso es que podía haber sorpendido justo desde el primer momento que me era visible tanta dedicación y apoyo, pero creo que nadie tiene una mente tan penetrante como para pensar que alguien

es tan malo, tan traidor, tan manipulado en resumen. Todo este tiempo, bajo la apariencia de ser una persona dispuesta de ayudar, Williams ha manipulado los hilos de la situación hasta conseguir que estuviésemos a su merced y, esto ahora, no me queda sino el desahogo de escribir lo que siento y obedecer al primo de Leila por lo que él quiere. Maldita sea mi suerte y el momento en que conocí a este suegro del infierno!

Todo ha comenzado esta mañana cuando estaba tomando unas cervezas en la terraza del Café del Mar hablando sin prisa con Matthias. En la conversación que manteníamos me dedicaba a especular con la posibilidad de que detrás del incendio que sufrió el "Cormorán I", así como a la sombra del asalto de los piratas, estuviere la mano peluda de algún promotor turístico que dinara acabar con una competencia tan dura como la que suponía nuestra embarcación; pero el alemán era de la opinión que habría sido sólo mala suerte, que esas cosas sucedían a veces. Estaba a punto de repetir aquella opinión cuando levanté la cabeza y me sorprendí tal vez que caminando por la playa, con las zapatillas en la mano y seguido de dos hombres corridos, se acercaba Williams con gesto inusualmente serio.

Me puse en pie para saludarle efectivamente, como era mi costumbre, y enseguida noté que algo raro estaba sucediendo, puesto que el californiano, haciendo caso omiso a la mano que le tendía, me indicaba con un gesto autoritario que le siguiera. Así pues, confundido, enmarcado por los dos acompañantes de Williams, le seguí hasta la reja de la casa que comparto con Leila y, tras abrirta, les cedí el paso. Se acomodaron sin ceremonia en los asientos del ~~porche~~ porche, en silencio, hasta que a mi vez

Mi amor:

No sabes que alegría me da poderme en contacto contigo aunque sea por medio de una carta y hacerme saber de tu vida.

Me encuentras bien por ahora y no me tratan mal pero te hecho mucho de menos porque te amo mucho mi amor. Haz caso a lo que te diga tu primo William porque es mejor para nosotros que pronto estaremos juntos en la casa.

La cosa cambiara muy pronto porque te amo y te deseo con toda mi alma y mi corazón mi amorcito lindo. Hastie saber de ti cuando puedas que espero que estes bien y no te hagas preocupaciones por mi que te amo y estoy bien

Te deseo y te echo de menos tu amorcito
Leila

Carta de Leila a Bertrand

me senté en un extremo del penillo de madera.
 Sin saber muy bien que debía hacer en una
 situación tan crítica, no se me ocurrió nada
 mejor que ofrecerles algo para beber; Williams
 habló por dos tres rebuznando un oferta y, sin
 darme tiempo a nada, el cabrón me dejó que,
 a partir de entonces, me encontraba en los muros
 y si quería continuar disfrutando de mi estancia
 no tenía más remedio que seguir al pie de la
 letra las instrucciones que me daría cuando
 llegase el momento oportuno

Detalle de la escritura de Bertrand en el diario

